

Confrontación

DE IDEAS PARA UNA NUEVA SOCIEDAD

4

CRISIS

SEMANA SANTA

PODER POPULAR

Sumario

Confrontación de ideas para una nueva sociedad

Publicación trimestral.

Año I N° 4 AGOSTO 1987

Director responsable: Julián LEMOINE

Consejo Editorial

	<i>Carlos Abalo</i>
	<i>Beba Balvé</i>
	<i>Jorge Beinstein</i>
	<i>Carlos A. González Gartland</i>
	<i>Julián Lemoine</i>
	<i>Felix Marcos</i>
	<i>Néstor Vicente</i>
	<i>Ernesto Villanueva</i>
	<i>Alberto Wiñazky</i>

Redacción y administración: Tucumán 1438 - 1° P - 2do. cpo. of. 110
(1050) CAPITAL FEDERAL - Argentina - Teléfono 40-5246

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en trámite
I.S.B.N.

Suscripciones:

Precio 5 australes

Argentina (4 números)

20 australes

Exterior (4 números)

20 dólares

Giros y cheques a la orden de Carlos A. González Gartland.

Sumario

NOTA EDITORIAL

Beba Balvé <i>Acerca de la relación legalidad-legitimidad. La crisis de abril</i>	7
Jorge Beinstein <i>Esbozo de un escenario de colapso</i>	18
Manuel Justo Gaggero <i>Democracia y liberación ¿términos contradictorios?</i>	28
Carlos A. González Gartland <i>La crisis en la crisis</i>	35
Julián Lemoine <i>Agenda abierta sobre cinco cuestiones</i>	42
Félix Marcos <i>Los caminos de salida a la crisis argentina</i>	59
Marcelo Gómez y Ernesto Villanueva <i>Democracia y poder popular: una disminución teórica e ideológica</i>	68
Alberto Wiñazky <i>La crisis de un modelo de sociedad</i>	78

7	Beba Balvé	Acercas de la relación legitimidad-legitimidad. La crisis de abril
18	Jorge Beinstein	Espazo de un escenario de colapso
28	Manuel Justo Gaggero	Democracia y liberación, términos contradictorios?
32	Carlos A. González Gartland	La crisis en la crisis
42	Juliana Lemoine	Agenda abierta sobre cinco cuestiones
29	Félix Marcos	Los caminos de salida a la crisis argentina
68	Marcelo Gómez y Ernesto Villanueva	Democracia y poder popular: una disminución teórica e ideológica
78	Alberto Winarsky	La crisis de un modelo de sociedad

Acerca de la relación

En este número de CONFRONTACION es probablemente el más polémico de los que han salido en nuestra revista por los temas que aborda y las posiciones vertidas. Tres son las problemáticas tratadas: la crisis del capitalismo, el levantamiento de Semana Santa y el Poder Popular, y distintos son los enfoques con que se analizan los dos primeros problemas, en particular el de Semana Santa. A un año de nuestro primer número, esa diversidad de análisis no es motivo de angustia, sino que por el contrario es una alegría ya que es señal de que el campo popular debate sin prejuicio alguno entre sí. Y así, CONFRONTACION va plasmando su razón de ser: confrontar ideas dentro del campo popular, en forma pluralista, y bajo un mismo marco orgánico como es la revista.

En este camino, el trabajo de Beba Balvé analiza las relaciones golpe de mano-golpe de estado y legalidad-legitimidad en el marco del proceso de dominio de la burguesía y su relación con el ámbito institucional. La autora señala que los golpes de mano como los de Semana Santa "son ajustes al interior de la alianza política del bloque en el poder".

Jorge Beinstein centra su análisis en lo que denomina como una "combinación explosiva entre derrumbe económico y crisis militar", expresando que "Alfonsín empezó su gobierno eludiendo las contradicciones, tres años y medio después, comienza a ser devorado por ellas". Como parámetros, Beinstein toma lo que define como lumpen-capitalismo y lumpensociedad.

¿Cuáles son los límites de esta democracia? se pregunta Manuel Gaggero, quien señala el deterioro de las instituciones de la "democracia formal". En su trabajo, Gaggero puntualiza la ruptura de grandes sectores populares con los partidos y la dirigencia política, en tanto que Semana Santa terminó por "convertir al poder civil en un apéndice del poder militar".

La relación gobierno-fuerzas armadas en el radicalismo, es analizada por Carlos González Gartland a la luz de un Estado que, en parte condensa las relaciones de fuerza dentro de la lucha de clases en el plano nacional, y que en buena medida, es el "nexo de la formación nacional con el mercado mundial". Bajo esta óptica y partiendo de que los Conflictos de Baja Intensidad son la respuesta estratégica contrarrevolucionaria de los Esta-

dos Unidos, el autor enmarca las sucesivas concesiones del gobierno radical a las presiones militares, como forma de apertura a la "santificación de la democracia limitada".

Félix Marcos en su trabajo, enmarca la cuestión de la democracia, dentro de una enumeración de las medidas socioeconómicas del gobierno y sus propuestas políticas. Marcos hace especial hincapié en la necesidad de separar "la forma de la democracia actual y su contenido", planteando la necesidad de romper con ese contenido "no transformador" al ubicar las formas que reviste el Estado como categorías de momentos históricos específicos.

En su trabajo, Alberto Wiñazky destaca lo inestable de la actual situación en el país, expresando que "la crisis de las Fuerzas Armadas no se ha cerrado y es posible que una nueva fase de ella reaparezca en cualquier momento". Para Wiñazky "la fortaleza de un régimen depende, en primer lugar, de la relación que se establece entre sus instituciones fundamentales" y "las secundarias" hoy alteradas.

Quien esto escribe, reflexiona en "agenda abierta" sobre la profundización de las contradicciones interimperialistas e interburguesas como marco de una próxima crisis, inscribiendo en esa dinámica, la militarización de la sociedad civil latinoamericana, la Iglesia y los sucesos de abril de 1987.

Marcelo Gómez y Ernesto Villanueva abordan un problema muy poco tratado en el país, como es el del poder popular y su relación con la democracia. Así, la cuestión de la soberanía popular y de la temática saber-poder es analizada en la dialéctica existente entre masas-partido, consejos obreros y poder-poder popular, como una búsqueda hacia un punto de anclaje que rearticule superadoramente todos estos problemas en la ruta del Poder.

Este es el aporte que hacemos hoy en CONFRONTACION a la unidad del campo popular.

Agosto de 1987

EL DIRECTOR

Acerca de la relación legalidad-legitimidad

La crisis de abril

BEBA BALVE

Socióloga. Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO)

Presentamos a continuación, un ejercicio de aproximación a la realidad y, con ello, intentaremos establecer ciertos parámetros que permitan iniciar una confrontación entre lo que inmediatamente sucede -imágenes-, lo que creemos que sucede -fenómeno- y lo que objetivamente sucede.

Entrando en tema.

¿Cómo abordar la crisis de abril? ¿Desde que perspectiva? ¿A qué campo de problemas refiere? Crisis que se desarrolló durante las festividades de semana santa, a lo largo de cuatro días no laborables y en donde la mayoría de la población se encontraba desperdigada en sus viviendas.

Consideramos en principio que refiere a un acontecimiento que forma parte de un proceso más general. Acontecimiento que se inicia el día 16 y culmina el domingo 19, lapso de tiempo en que se suceden una serie de movimientos en sus distintos momentos alrededor de los cuales se intenta nominar el suceso.

Se habla de golpe de estado; de sublevación militar; de subversión militar; de delito contra la democracia; del poder del pueblo movilizado; de la función cum-

plida por los medios de comunicación en defensa de la democracia...en fin, se habla mucho de todo y de nada.

A primera vista, la imagen que se nos representa es la de un tribunal, donde intervienen con funciones diferenciadas las fuerzas armadas, el presidente y la ciudadanía, en tanto espectadora ésta de un juicio ventilado a puertas abiertas.

Pero, lo que concretamente se lleva a cabo es una sublevación militar parcial, estando ésta localizado y focalizada en el ámbito institucional la que, por la forma como se desenvuelven los acontecimientos, conlleva a un conflicto dentro de la esfera de poder conferido a la figura presidencial, en tanto uno de sus atributos: comandante de las fuerzas armadas.

En síntesis, un conflicto circunscripto a la institución que hace a la fuerza armada del estado.

Ahora bien. Aquello que desde nuestra perspectiva, otorga una particular significación a este acontecimiento, refiere al hecho del desplazamiento de población, organizado, incentivado, sugerido -lo que no quiere decir que no haya habido quienes espontáneamente se hayan hecho presente- desde instancias del poder y en donde

se instrumentó desde el punto de vista ideológico la antinomia "dictadura-democracia", la que operó como argamasa para el desplazamiento humano desde una formación ideológica que intenta imponerse como dominante.

Así nos aparece la razón de estado.

Pero, ¿quién es esta deidad que tiene una cara de democracia y otra de estado? La fuerza armada estatal. ¿Cuál es su corporeidad? Las fuerzas armadas. Esa institución que contiene la personificación de la fuerza material armada del estado. La institución que establece la mediación entre el estado-nación.

En defensa de la soberanía de esta burguesía en relación a burguesías de otras nacionalidades -nación-, y en defensa de la hegemonía política y social de un bloque de poder que domina al interior del estado. En esencia, el brazo armado de la burguesía como clase política.

Así es como, localizadas las fuerzas armadas en esta posición y función, los golpes de estado adquieren significado.

Los golpes de estado, en tanto mecanismo de poder, refieren a los procesos de formación -adecuación dentro del sistema político mundial-, desarrollo y consolidación del sistema institucional-político, de sus partidos políticos y, por consiguiente de la burguesía como clase política en cada momento. Refieren al proceso de formación y desarrollo del régimen mismo; a los problemas derivados del poder de la burguesía como clase política.

El hecho de que en una determinada formación social se hayan producido más o menos golpes de estado a lo largo del tiempo, sólo advierte acerca del particular proceso por el que transita esa formación social en relación a la cadena imperial a la que pertenece-sistema-, y, a su vez, los grados de violencia material y física implementados por los gobiernos del estado en cada momento, refieren a los grados de resistencia establecidos hacia

las nuevas condiciones sociales generales que se intentan imponer y, todo ello expresa el momento por el que transita el desarrollo de la lucha de clases y la lucha de clase del proletariado.

Todo golpe de estado desplaza del poder a un determinado bloque de poder, y, con ello, altera el sistema de alianzas políticas entre las que se encuentra organizada la población en tanto ciudadanía, establecidas e institucionalizadas a lo largo del tiempo.

Pero hay un punto donde podemos coincidir. Todos ellos tienen no por razón pero sí como problema a resolver, la resistencia de ciertos sectores sociales y en particular de la clase obrera, a las nuevas condiciones económico-sociales que se intentan imponer e implementar, las que guardan relación con las nuevas condiciones en que se desenvuelve la división del trabajo social a escala internacional de las que los golpes de estado son una manifestación, en determinados momentos del desarrollo de una formación social, políticamente dependiente.

Por tanto, los golpes de estado son un mecanismo de poder de la burguesía. Refieren a una lucha al interior de esa clase y son la expresión de la fase por la que transita en su proceso de formación y realización como clase social. Es en la relación golpes de estado-gobierno electoral parlamentario, como establece los grados de unidad de sus cuadros en su proceso de formación como clase social. Así es como en cada golpe de estado se produce algún grado de unidad de sus cuadros militares y los gobiernos electorales-parlamentarios refieren a los grados de unidad alcanzado por sus cuadros político-corporativos y detrás, en la base, los grados de unidad de sus cuadros económico-corporativos y, en relación a todo este proceso general, la formación de los nuevos intelectuales orgánicos.

En este proceso de rupturas y recomposiciones sobre nuevas condiciones, se for-

man y desarrollan sus cuadros en las distintas instancias en que se hace efectiva como clase social siendo, el sistema institucional político, el campo de maniobras en el proceso de realización como clase social, como clase política.

De allí los recurrentes golpes de estado y la alternancia de cuadros políticos y militares en el uso de lo orgánico mismo.

En cuanto a la clase obrera y al pueblo en sentido estricto, éstos sólo padecen las consecuencias no sólo de los golpes de estado sino del desarrollo del capitalismo en general del que los golpes de estado son una manifestación, aprovechando, eso sí, cuanta fisura se produzca en las alturas para barrer los obstáculos que se le crean a su paso.

Es sobre este telón de fondo en donde las contradicciones inherentes al sistema electoral-parlamentario se resuelven ó por la fuerza de la ley ó por la fuerza de las armas.

Por tanto, todo golpe de estado es expresión de una fractura en el seno de la burguesía y, toda recomposición institucional vía electoral parlamentaria expresa una tregua en esa lucha y, a su vez, algún término de unidad alcanzada en el proceso de formación y desarrollo del nuevo bloque de poder, que se refleja en sus expresiones políticas, jurídicas, ideológicas, culturales, en fin, en todo el sistema normativo.

Así es como en ese tránsito hacia la recomposición de los mecanismos electorales-parlamentarios, cada fracción de burguesía en lucha -de la que se compone el bloque- conmociona toda la estructura social, incorporando distintas fracciones sociales al territorio de su lucha conformándose alianzas políticas que toman forma de fuerzas políticas, librando el enfrentamiento electoral y creando un ciclo ascendente en cuanto a las alianzas con iniciativa burguesa. Ciclo que forma parte hoy día y en nuestro país de un período de la lucha de clases caracterizado por el momento descendente del de-

sarrollo de la lucha de clases.

Una vez que una de ellas obtiene la mayoría en términos de cantidad de votos alcanzados, asciende a posiciones de gobierno cumpliendo la función de administrador de los negocios del estado. Allí es cuando deja de pesar la cantidad de votos y comienza a pesar en la balanza del poder, el valor.

Pero sucede que el desarrollo de todo este movimiento de la estructura económico-social a lo largo del tiempo, tiene sus efectos sobre la superestructura político-jurídico-ideológica. Si observamos todo este proceso desde los enfrentamientos sociales que produce y hace efectivo el desarrollo de la lucha de clases y en donde éstos son mediación entre las relaciones infraestructurales y las superestructurales, todo este movimiento general refiere al proceso de formación, desarrollo y realización de las dos clases sociales fundamentales en el capitalismo: burguesía y proletariado, tanto en el en sí como en el para sí, en cuanto a sus intereses específicos refiere, como ser social específico, con su historia y sus metas.

Y, a lo largo de todo este proceso, cuando el antagonismo inherente a las clases sociales fundamentales alcanza cierto nivel, desarrollo y envergadura, la burguesía sólo encuentra tras de sí, al proletariado.

Alcanzado este momento del desarrollo de la lucha de clases y del proceso de formación del proletariado, las expresiones políticas del nuevo bloque de poder que logran alcanzar posiciones de gobierno, para garantizar su dominio y el centralismo burocrático inherente al sistema institucional mismo, requieren necesariamente aplicar como técnica de poder, golpes de mano, a los fines de homogeneizar la fuerza estatal, violentando a ciertos sectores sociales de la alianza política que hizo posible el ascenso de esa fuerza política en función de gobierno del estado.

Los golpes de mano son indicador del momento descendente en las luchas democráticas y consisten en una técnica para forzar situaciones. Para convertir en favorables situaciones que son desfavorables ya sea como realidad o como tendencia.

Ahora bien. Esta técnica convertida en práctica política, es el indicador de que lo que se intenta es revertir el ciclo inicial ascendente -campana electoral- a los fines de que el momento general -descendente- sea congruente con la situación en que se encuentra la sociedad, en su etapa regresiva. Así es como la expresión política del bloque de poder se sacude, desprende, expulsa de su seno, según las políticas que implemente o las cooptaciones que realice, a fracciones sociales contenidas inicialmente en esa alianza pero ya contradictorias para un proceso de restauración del poder efectivo de dominio. El concepto **golpe de estado-golpe de mano**, se aplica siguiendo el sentido y las sugerencias que brinda Marx en: "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte".

De esta manera encontramos una articulación en el tiempo y el espacio social, entre los golpes de estado y los golpes de mano y con ella, logramos percibir la especificidad existente entre la relación estado-nación y ciudadanía-soberanía. Es decir, nos aproximamos al proceso de construcción y perfeccionamiento de la relación soldado-ciudadano.

Los golpes de estado refieren a los problemas de la nación y los golpes de mano son ajustes al interior de la alianza política del bloque en el poder, involucrando, afectando, por lógica consecuencia, a la alianza política sobre la que se asienta dicho bloque de poder, cambiando así el contenido social, el sentido y la orientación de esa fuerza política.

Los que inicialmente aparecían como subordinados en esa alianza, alcanzan posiciones, ascienden, quedando subordina-

das y/o desplazadas fracciones sociales, intereses e ilusiones de los que inicialmente creían poder imponer sus intereses y concepciones.

De resulta de todo lo expuesto, avalado por los hechos y confirmado por declaraciones oficiales donde se afirma que no hubo siquiera la intención de llevar a cabo un golpe de estado, la crisis dentro del gobierno y el estado desarrollada durante abril, no se encontraba en una situación que hiciera posible un golpe de estado.

Cabe preguntarse; ¿por qué se creó una atmósfera general de golpe de estado? Porque lo que se estaba haciendo efectivo era un golpe de mano, dentro de un ciclo que recorre distintos ámbitos de la realidad: el económico, el político, el jurídico.

Golpe de mano hecho efectivo dentro de una secuencia en donde el de abril tiene su especificidad. Es el indicador del intento por mantener recreando, el momento descendente en las luchas a los fines de frenar, obstaculizar, desarticular y aniquilar si es preciso, la tendencia hacia el desarrollo de las luchas democráticas con iniciativa proletaria, llegando -esta forma de implementar el poder- a profundizar la crisis de la fórmula democrática misma, es decir, la fórmula que dió forma política propia de dominio y sustento a la burguesía como clase política.

Este es el estado de cosas. El cuadro de situación. La alianza política que logra imponerse electoralmente, ejecuta medidas de gobierno las que, por sus efectos, expulsan al aliado ahora molesto, cambiando la tendencia inicial en un intento restaurador del poder efectivo de dominio.

Así es como el ejemplo cunde y toda la burguesía aplica en cada fuerza política de carácter policlasista en la que es dominante -aunque nó en el mismo grado- este mecanismo de poder, renovándose desde las cúspides, desalojando fracciones otrora aliadas y ya no necesarias, homo-



geneizando socialmente la fuerza y, como tendencia, desalojando al proletariado del espacio político-institucional, vía la expulsión de sus aliados reales, hipotéticos, tendenciales.

¿Cómo se llega a una situación de esta naturaleza? Cabe suponer que en el transcurso del desarrollo del sistema capitalista mundial y en ciertas formaciones sociales antes que en otras, conjuntamente con el desarrollo del sistema institucional-político, se han ido desarrollando y conformado las dos grandes clases sociales fundamentales y, con ellas, el antagonismo inherente a la relación de clase social, y, de resulta de todo ello, la relación de fuerzas establecida se encuentra en relación directa entre burguesía y proletariado. No queda detrás de la burguesía, ningún sector social que medie en las alianzas, sólo se encuentra directamente con el proletariado. Cada paso que dá, choca inmediatamente con el proletariado, no quedando desde su iniciativa, tiempo ni espacio para la profundización democrática del estado y la sociedad, tarea que, por otra parte, siempre estuvo y está en

manos del proletariado, ahora, en tiempos en los que predomina la relación economía-guerra.

No cabe duda que lo que estamos presenciando es todo este proceso, dentro de un momento descendente, en medio de un ciclo descendente de ese momento y dentro de una situación regresiva.

Entonces, cuando abordamos la crisis de abril, ¿alrededor de qué campos de problemas se sitúa la insubordinación, sublevación, subversión o como se le quiera llamar? ¿En el marco de cuál estrategia de poder? En el de la lucha antisubversiva. problema que involucra directamente al poder ejecutivo, al parlamento, al poder judicial, a los partidos políticos y a todos ellos en relación a la fuerza armada estatal, personificada en las fuerzas armadas y de seguridad.

Es una lucha al interior del régimen mismo, y dentro de éste a las instituciones que conforman el gobierno del estado del poder entre las clases.

¿Que es lo que se discute? La continuidad del espíritu estatal y los mecanismos que hagan posible establecer esa con-

tinuidad en forma congruente con los intereses dominantes.

Pero, el desarrollo y desenvolvimiento de la crisis brinda elementos de observación que otorgan significado a la crisis misma.

Podríamos afirmar que pascuas se aproxima a Malvinas, concentrada en el tiempo. Tuvo su 2 de abril y su 14 de junio, todo durante el día 19. Hubo un 19 de abril de plaza de mayo y un 19 de abril de Campo de mayo, mostrándonos las tendencias en las luchas.

Con Malvinas y desde el estado, se produce un desplazamiento del enemigo principal en donde el enemigo externo subordina al interno. Con la capitulación del 14 de junio de 1982, se establecen los términos y las condiciones de la salida electoral, siendo en ese entonces el tema y problema principal de los partidos que asisten a la reunión con el Gral. Bignone y que conforman la multipartidaria, la del enemigo subversivo. Y así retornamos al enemigo interno ahora, como forma de articulación política al interior del estado político y dentro de los mecanismos electorales.

En aquel entonces recibimos al Santo Padre con un enemigo externo y lo despedimos con el enemigo interno, reinstalado como protagonista principal. Durante Pascuas lo recibimos en medio de una propuesta de reconciliación de los argentinos y lo despedimos con un curso de ciencia política dictado por televisión respecto a los golpes de estado, en donde todos son iguales, simplemente se suceden en el tiempo: el del '30; el del '43; el del '55; el del '66, como manera de desdibujar el del '76.

El desembarco de abril de 1982 y el desembarco de abril de 1987 guardan relación con el mismo campo de problemas: las cuestiones de la legalidad de la lucha antisubversiva en relación a los grados de legitimidad política y social alcanzada por dicha lucha. Se trata de un conflicto y

una contradicción en el ámbito político mismo, el que refiere a la relación régimen-pueblo, en un momento en que la fracción hegemónica de la burguesía argentina, su aristocracia financiera, se encuentra en disposición de guerra (*).

Y así es como nos encontramos sumergidos dentro de una contradicción burguesa; el reinado de la aristocracia financiera es contradictorio con las formas políticas democráticas y es esta contradicción la que mantiene, ahora, como bloque histórico, al enemigo interno, único término de unidad política burguesa, impidiendo el pasaje al momento democrático, ascendente, progresivo en la sociedad, en las luchas, en la vida política y social, en el estado.

Así planteado el problema se podría afirmar que esta clase capitalista logró convertirse en hegemónica e imponer sus condiciones de dominio, explotación y apropiación para el conjunto de la burguesía que incluye una buena parte de la pequeña burguesía, pero no ha logrado establecer su hegemonía política y social sobre el conjunto social, sobre el vasto

(*) *"¿vos conocés el régimen de huelgas que rige en Alemania Federal? La huelga debe ser decidida por dos tercios de los afiliados. La huelga de solidaridad está prohibida. Y si una huelga paraliza producción de otro sector, el sindicato huelguista debe pagar los salarios caídos de los obreros impedidos de producir por falta de insumos. Y Alemania Federal no tiene un sistema político precisamente reaccionario, no?"* *Diálogos en la City, diario La Nación, Bs. As. 5 de Julio de 1987, sección 5ta. pág. 5.*
Sobre estas cuestiones conversan los profesionales ilustrados de la Argentina moderna, esos que sueñan con una sociedad a su medida y de confección exclusiva.

campo del pueblo y, aquí emerge el problema real, aquel que refiere al antagonismo alcanzado entre las dos clases sociales fundamentales.

El obstáculo a este propósito se encuentra en el movimiento obrero y popular en tanto realidad y existencia mediata, concreta, objetiva y en la clase obrera como programa y como meta.

El dilema a resolver, dentro de una formación social cuya forma política de dominio se basa en el sistema electoral-parlamentario, se asienta sobre el problema del enemigo interno, cuando este adquiere carácter de clase.

No cabe duda que hoy día la iniciativa en el ámbito de la lucha política de la lucha de clases, se encuentra en manos de la burguesía por ello, todo enfrentamiento se encuentra teñido de carácter interburgués lo que no implica, necesariamente, que la burguesía haya recompuesto su hegemonía política y social. Para saber si esto es así, si ha constituido su hegemonía, deberíamos determinar cómo se desenvuelve la lucha de clase del proletariado, en qué estadio de su desarrollo se encuentra y en qué momento y, todo ello, en relación al sistema institucional político, a la crisis de dominación política de la burguesía y al desarrollo de la crisis parlamentaria en la que viene desenvolviéndose esta sociedad a partir de 1955 y en donde su punto de inflexión es 1969.

Si ponemos en relación los dos campos en los que se desarrolla la lucha de clases -la interburguesa y la del proletariado- es cuando los sucesos de abril logran especificidad, habida cuenta de la ausencia de la clase obrera, tanto en lo que a su iniciativa en los hechos refiere, a la posición que cumple en las alianzas políticas, a los intereses representados en esos hechos, a la composición de la fuerza movilizadora y, sobre todo, a la forma de lucha implementada.

Algunos dirán que fue el instinto de

clase lo que la orientó y hay quienes afirman que hubo obreros. Y aquí se nos plantea un problema a resolver. La presencia de obreros implica necesariamente presencia de clase obrera? Su presencia y existencia social, refiere a un problema de cantidad? ó, el campo de problemas alrededor del cual se establece el enfrentamiento, el ámbito en que se realiza, la fuerza que se enfrenta, la iniciativa en el movimiento más general y las formas de lucha implementadas serían los indicadores que nos permitirían medir su presencia y existencia social?

Volviendo al hecho, objeto de nuestras reflexiones. De todo el desarrollo de los acontecimientos, sus resultados y efectos, se desprende que de lo que trata la crisis de abril es acerca de las cuestiones de la legalidad en la lucha antisubversiva y los problemas derivados por el intento de alcanzar la suficiente legitimación política y social de la lucha librada, cuestiones éstas que involucran directamente al estado en su conjunto, es decir, al parlamento, a los partidos políticos, al gobierno, al poder judicial, a la iglesia, en fin, a la burguesía argentina como clase política en relación de fuerzas con una parte sustantiva del pueblo y la clase obrera.

Así planteado el problema y visto en conjunto la crisis de abril y su resolución, se desprendería que la fuerza material estatal ganó en legalidad y el gobierno, el parlamento, los partidos políticos, el poder judicial y las fuerzas armadas perdieron en la misma progresión, legitimidad política y social.

Finalmente, así como la guerra de Malvinas se inicia con un desembarco el 2 de abril y culmina con otro desembarco de distinto signo el 15 de junio, habiendo distintos momentos dentro de ese ciclo que inicia un nuevo período hacia nuestros días, la crisis de abril también tiene su desembarco y sus momentos, constituyéndose finalmente en un simple viraje dentro de una situación regresiva

y dentro de un tiempo de un momento descendente en el desarrollo de la lucha de clases.

Cada desembarco tiene su convocatoria y produce un particular desplazamiento de población. Y si la crisis de abril forma parte de un proceso que se inicia en Malvinas, el mecanismo, la forma de organización social del desplazamiento humano, en particular el domingo 19, se aproxima temerariamente a Ezeiza, el 20 de junio de 1973. Allí también se produjo un enfrentamiento en relación y al interior de la alianza política del bloque en el poder en donde, la población movilizada quedó inerme y desamparada produciéndose como efecto un desarme moral del campo popular.

Durante abril, para resolver una disputa dentro del bloque en el poder, no fué necesario el uso de las armas. El problema estaba acotado, circunscripto, casi una mera cuestión burocrática. Sólo bastaron unas maniobras de distracción para dejar satisfecha a la ciudadanía. En cuanto al pueblo, si bien es cierto no se involucró directamente en esa lucha, aprovechó el intersticio producido para crear, construir, los escenarios de las luchas, dejando traslucir las tendencias: la plaza y el campo.

Extraordinario movimiento el de abril, que tiene la capacidad de articular Ezeiza y Malvinas, enlazándolas hacia el presente, marcando las tendencias.

Y aquí cabe una digresión. Debería precisarse sobre qué descansa esa enunciación general que refiere al "poder del pueblo movilizado", habida cuenta que existe una distancia que media una movilización de la noción de masas y esa distancia la establece el espacio de la lucha en donde lo que se disputa es un territorio entre dos fuerzas sociales enfrentadas, de distinto signo y naturaleza.

Entonces, ¿qué fué lo que produjo el "poder del pueblo movilizado"? Se dice que impidió que se haga efectivo un

golpe de estado. Cabría suponer entonces que la fuerza o el poder del pueblo movilizado actúa por la negativa, impide que... aunque finalmente, de resultados de todo el movimiento, lo que se logró fue una nueva legislación acerca de la lucha anti-subversiva y mayor margen de legalidad para esa lucha. Entonces, el poder del pueblo movilizado se asienta, sobre qué estrategia de poder?

Si analizamos la movilización del día 19, observada desde sus efectos, al final del movimiento se produjo un desarme moral de ciertas fracciones de pequeña burguesía que formaban parte de ese movimiento. ¿Era esa la meta del movimiento general, observado en conjunto y en recíproca relación?

Retomando el tema en cuestión, finalmente, ¿de qué trata la crisis de abril? De un simple viraje dentro de una situación determinada por el momento en que transcurre el desarrollo de la lucha de clases -en su momento descendente- dentro de un estadio involutivo desde el punto de vista de la organización social de los hombres en sociedad y en donde la política dominante consiste en mantener la tendencia a expulsar progresivamente al proletariado de las distintas instancias del sistema institucional político, como manera de ganar el tiempo suficiente para resolver los efectos de la lucha antisubversiva en el seno de ciertas fracciones de burguesía y pequeña burguesía y, con ello, lograr la legitimación política y social necesaria en el conceito internacional y nacional.

Cuando de lo que se trata es de restaurar la hegemonía política y social de la burguesía en su conjunto y del nuevo bloque de poder emergente, alterada ésta a partir de 1969 por la acción de la alianza de clases organizada en fuerza social con iniciativa de la clase obrera, los sectores políticamente dominantes se sacuden, expulsan, ciertas y determinadas fracciones de pequeña burguesía

que inicialmente forman parte de esa alianza política y, esto es posible, porque a partir de 1976 la naturaleza de las alianzas políticas implica, desde el momento mismo en que se organizan como fuerzas político-electoral, el aislamiento político de la clase obrera, consistente con el momento descendente, observando este desde el ámbito de la lucha política de carácter corporativo, y congruente con la sociedad en esta etapa.

¿Cuál fué el sector social ideológicamente más conmocionado durante la crisis de abril? Ciertas y distintas fracciones de burguesía y pequeña burguesía.

Observado este movimiento general desde el estado, no cabe duda que se lograron porciones de legalidad en la lucha anti-subversiva desde lo institucional y en relación a ciertas instituciones del aparato estatal. A partir de aquí, se intentará alcanzar el mayor grado de legitimidad política y social del poder del estado en su conjunto, ahora en condiciones de una nueva conmoción ideológica en ciertas fracciones sociales, fundamentalmente de burguesía y pequeña burguesía. Se conmociona su dependencia ideológica por las formas políticas que asume el nuevo bloque de poder, fortaleciéndose a su vez, aquellas fracciones y sectores sociales que tienen como objetivo mantener un freno a la recuperación de espacios perdidos por la clase obrera a partir de 1976.

Con la crisis de abril, el sistema en su conjunto resuelve un problema de legalidad. A partir de aquí intentará alcanzar el grado de legitimidad suficiente para recomponer el espíritu estatal otorgando continuidad al sistema institucional-político y social.

Hasta aquí, hemos establecido una mirada en relación al ámbito institucional político.

Ahora bien. ¿Cuál es la relación de fuerzas establecidas entre la corporación del gobierno del estado y el pueblo, en los

tres campos de la realidad en los que se desenvuelve y hace efectiva la lucha de clases?. Habida cuenta de que es alrededor de esta relación sobre la que gira toda la problemática política y social de la Argentina actual.

Visto como se desenvuelven los acontecimientos, no queda duda que la burguesía ha retomado la iniciativa en el ámbito de la lucha política corporativa, -que había perdido nítidamente en el proceso que media 1969 a 1976- por ello, todo acontecimiento, enfrentamiento político o conflicto se encuentra teñido bajo las formas de lucha interburguesa y observado y analizado desde ese prisma ideológico. Este carácter que asumen las luchas el ámbito de la lucha política de la lucha de clases, y su formación ideológica resultante, encubre, oscurece las luchas que se van desarrollando en el ámbito de la lucha económica de la lucha de clases, la que refiere a la relación burguesía-proletariado, impidiendo, obstaculizando la percepción del momento por el que transcurre el desarrollo de la estrategia proletaria, centrada en una tenaz resistencia hacia las nuevas condiciones de vida que se intentan imponer al conjunto del mundo obrero -los asalariados, sus familias y allegados- tanto en su inmediatez como a lo que a su reproducción como clase social refiere. Resistencia que implica una forma de lucha cuyo objetivo se centra en impedir, frenar, la pérdida de espacios sociales, prerequisite para iniciar el momento de la recuperación de los espacios sociales expropiados por la fuerza del estado, a partir de 1976.

Es este momento de la estrategia proletaria basada en la resistencia pura, lo que explica que aún rija la legislación y las condiciones impuestas a la clase obrera por el gobierno militar y esto muestra al desnudo las condiciones en que se desenvuelve esta sociedad, observada, desde la legislación en relación a una parte sustantiva de esa sociedad. Pareciera que

se quiere instaurar una diferencia de trato entre aquellos hombres que se encuentran organizados en relaciones mercantiles -democracia- y aquellos que se encuentran organizados en relaciones industriales -salariales- para los que reina el despotismo del capital.

Y aquí nos encontramos con el problema real, la verdadera cuestión a resolver, el problema que se intenta soslayar, el que refiere al papel, función y lugar que ocupan en esta sociedad, hoy día, los obreros, los asalariados, sus hijos, el conjunto obrero y, por extensión la clase obrera como conjunto simbólico y como meta a realizar en tanto clase social.

En realidad, la crisis de abril se centra en este campo de problemas. Es la forma en que se intentan resolver las cuestiones al interior del estado; es la forma como se libran los enfrentamientos en la lucha por la conducción de las masas y del período en relación de enfrentamiento con la clase obrera en su totalidad histórica, con su práctica política, con sus formas de lucha implementadas, con su desarrollo a nivel de la conciencia en relación a lo posible, realizable, en sus distintos momentos y en relación de oposición política con la burguesía en su conjunto.

Es así como de la relación de lucha y enfrentamiento entre los tres campos de la realidad que constituyen los tres ámbitos en los que se desenvuelve la lucha de clases -el político, el económico y el teórico por la conducción de las masas y del período- se nos hace comprensible la situación actual.

Es de esta relación de enfrentamiento que se conforman fuerzas sociales las que expresan las clases sociales en su antagonismo. Fuerzas sociales las que en su desarrollo, producen y realizan, según los momentos, su fuerza moral y material y en donde las cuestiones acerca de la legalidad y legitimidad alcanzada por sus luchas, permiten medir el nivel, la envergadura alcanzada por el antagonismo entre

las clases dentro de un proceso general, y, todo ello, y en cierta etapa, en relación a la lucha por democratizar la fuerza material estatal.

Son entonces, las luchas del proletariado las que en su desarrollo, constituyen el momento democrático, democratizando la fuerza social, el estado y la sociedad.

Cuando por el desarrollo de la lucha de clases, el proceso de formación de las dos clases sociales fundamentales ha alcanzado cierto desarrollo, el antagonismo entre las clases es tal que se altera desde el estado la fórmula democrática misma, en donde la legislación es el mejor indicador del momento y del carácter que asumen los enfrentamientos como realidad y como tendencia.

A partir de ese momento, la política institucional se desarrolla dentro de una relación pacto-tregua, en donde los golpes de mano adquieren significado. Son movimientos bruscos de ajuste, en donde se tuerce por la fuerza, tendencias que pueden llegar a ser desfavorables en cuanto a las condiciones sociales generales que se intentan imponer y sobre las que se asienta la continuidad del sistema en conjunto.

Finalmente. La crisis interestatal de abril fué una medición de fuerzas y una forma de ganar posiciones y porciones de legalidad dentro de una disputa entre gobierno y fuerzas armadas. Disputa alrededor de como resolver el problema de la lucha antisubversiva y sus efectos.

Ahora bien. El enfrentamiento ¿contra quien se libra? ¿Donde está, quien es ése alrededor del cual se plantean los problemas de la legalidad, la legitimación política y social, en fin, la hegemonía? Disputa que conduce a una crisis que tuvo su duración precisa, aquella que impide se prolongue a punto tal que el problema pase a otras manos, bajo otra iniciativa?

La clase obrera. Esa clase que se encuentra proscripta política y socialmente, pero atenta ante cualquier fisura en las

alturas que le permita barrer los obstáculos al desplazamiento de un movimiento social con su iniciativa.

Esto es lo que intenta encubrir el discurso ideológico basado en la antinomia "dictadura-democracia" teorizando sobre golpes de estado como manera de obstaculizar la percepción del problema real, social, de la Argentina actual.

Sabido es que las clases sociales son una totalidad histórica. Arrastran su historia, sus comportamientos, sus alineamientos sociales, sus enfrentamientos político-sociales. Allí no hay ruptura. Hay momentos en los que se recupera una práctica social y momentos en que se supera pero todo dentro de un proceso en donde no existe la posibilidad del análisis a-histórico.

El proceso de formación del proletariado como clase social en relación de enfrentamiento con la burguesía desarrolla el momento de la guerra civil en tanto manifestación del desarrollo de la lucha de clases.

En estas condiciones se vino desenvolviendo el estado y la sociedad y bajo estas condiciones la clase obrera perdió grados de legalidad en sus luchas y su existencia social como clase perdió legitimidad política y social, en relación a la sociedad. De allí que se encuentre proscripta política y socialmente.

En estas nuevas condiciones, su estrategia de poder se centra en ganar la mayor legitimación política y social para sus luchas, como manera de democratizar la fuerza estatal dentro de un movimiento social en donde las alianzas de clases devengan de su iniciativa o, al menos, pueda constituirse en clase dirigente.

¿En que se basa toda la lucha política e ideológica en la Argentina actual? En la lucha por la conducción de las masas y del período. ¿Entre quienes se establece esta lucha? Entre la clase obrera y la burguesía. Esta es la cuestión.

Beba Balve
julio de 1987

Esbozo de un escenario de colapso

JORGE BEINSTEIN

Economista

1.- Crisis económica y militarización

Dos fenómenos mayores han reducido drásticamente el margen de maniobras del gobierno: la agravación de la situación económica y la ofensiva política de las Fuerzas Armadas.

La combinación de ambos hechos ha dejado al desnudo la fragilidad de un régimen profundamente conservador.

Su comportamiento (que fué algunas veces atribuido al desarrollo de estrategias elaboradas por equipos de alto nivel) se apoyó por lo general en ideas simples, mas bien superficiales, practicadas por un conjunto heterogeneo de políticos y técnicos que ocupó imprevisamente el vacío de Poder dejado por la catástrofe militarista.

La crisis, la desarticulación social, le permitió en un comienzo moverse con relativa facilidad.

En 1983 las Fuerzas Armadas estaban en retirada, vivían la mas profunda crisis de toda su historia, su dictadura había fracasado, en Malvinas habían sufrido su primera derrota militar, una corrupción sin precedentes reinaba en sus filas, la población las detestaba.

El movimiento obrero se encontraba muy debilitado debido no solamente a la represión sino también al Proceso de desindustrialización que habían reducido el número y el nivel de ingresos de los asalariados y aumentado la masa de desocupados.

Ligado a ello se presentaba un peronismo depurado de la mayor parte de sus cuadros progresistas, muy penetrado por los Servicios de Informaciones. Esto había posibilitado su copamiento superestructural por parte de camarillas de derecha y extrema derecha (dicha manipulación neutralizaba posibles brotes de izquierdización popular) lo cual sumado a un proceso mas amplio de agotamiento (envejecimiento) sumergía al movimiento en el caos.

La izquierda acababa de ser sometida a una verdadera masacre; no era desde ese sector de donde podía surgir una alternativa política significativa.

Además, en Argentina se había producido una gran contrarrevolución cultural sesgada por el autoritarismo, el miedo, la ruptura de lazos de solidaridad social.

En fin, la economía vivía en la crisis iniciada en 1980 con una hecatombe

financiera. Un grupo de grandes especuladores se había convertido en el polo dominante del capitalismo argentino, pero se trataba de un poder asentado sobre bases muy frágiles.

Fué este país, entre encanallecido y aterrorizado, el que votó mayoritariamente por Alfonsín.

El grueso de la población manifestaba un profundo deseo de libertad pero estaba abrumada por el deterioro de la situación económica y la memoria fresca del terror fascista.

Los militares querían salir del paso, rehacer su sistema, con el menor costo posible.

Los grupos sociales privilegiados buscaban conservar lo conquistado.

En cuanto a los Estados Unidos, sus aliados e instituciones anexas (FMI, etc.), no pretendían otra cosa que la permanencia de nuestro país dentro de la esfera de dominación occidental con sus consecuencias políticas, económicas, etc.

La victoria alfonsinista pareció durante un cierto tiempo conformarlos a todos.

Las masas populares, la izquierda, las bases peronistas, podían gozar de libertades democráticas. Los militares, pese a ciertas "molestias", conservaban en lo fundamental su aparato.

La oligarquía financiera y el conjunto de clases altas no veían afectada su ubicación social, sus privilegios eran respetados.

Argentina seguía dentro del área de influencia occidental, las recomendaciones del FMI eran aceptadas luego de algunos titubeos iniciales.

La decisión de no revertir el proceso de concentración de ingresos y de preservar el aparato represivo constituían focos potenciales de descontento popular ... aunque eso no aparecía como un problema de corto plazo...

La solución alfonsinista tenía una apariencia milagrosa. La fórmula no era muy complicada, se trataba en síntesis

de eludir los problemas, respetar los factores de poder existentes, no introducir reformas económicas significativas o realizar "depuraciones" cuya magnitud pudiera provocar la insurrección de la derecha fascista.

Un discurso democrático fuertemente marcado por la superficialidad, por recursos a una "ética" que no pasaba de la enunciación del concepto, servía como velo que tapaba todo.

Era evidente que la tregua no sería eterna, que a mediano plazo las múltiples contradicciones no resueltas terminarían por expresarse.

La agravación del desorden económico fué temporariamente contenida por medio de un drástico giro hacia la derecha (sobre la base de la aceptación del programa del FMI). La inflación fué frenada a partir de mediados del 85 pero a costa de una fuerte recesión, del empobrecimiento de las clases bajas.

Ningún problema estructural fué solucionado, la decadencia continuó su curso, la deuda externa siguió creciendo...

El antimilitarismo popular también creció en la medida en que la vigencia de libertades democráticas permitía conocer con todo detalle la magnitud del genocidio de la dictadura.

Consecuente con ello, una creciente frustración se extendió en las franjas más democráticas de la sociedad civil frente a la impunidad del grueso de los cuadros militares, las maniobras del gobierno tendientes a bloquear enjuiciamientos.

Por otra parte la derecha militar también se irritó ya que, aunque conservaba la integridad de su poder real, se consideró "agredida por la opinión pública", algunos de sus miembros fueron llevados a los tribunales civiles y condenados...

En fin, la oligarquía financiera, si bien estaba en lo fundamental de acuerdo con la política económica seguida, veía que la misma tal como se aplicaba no aseguraba su estabilidad ni satisfacía su voracidad

creciente.

La primera crisis fuerte (económica) hacia mediados del 85 fué provisoriamente superada por medio de una derechización (plan austral); la segunda crisis (político-militar) en abril del 87 fué también solucionada de manera similar, aceptándose el grueso de las exigencias de los militares amotinados.

El Plan Austral y la Ley de Obediencia Debida deterioraron la imagen del gobierno.

Lo primero, luego de cierta euforia inicial, gracias al shock antinflacionario, pasó a ser visualizado como un programa de estancamiento productivo y de empobrecimiento del pueblo.

La Ley de Obediencia Debida ha desmoralizado a vastos sectores del alfonsinismo empujando hacia la oposición a buena parte de las clases medias democráticas.

Pero esta derechización no le permitió a Alfonsín consolidar una alianza con la derecha; muy por el contrario, ésta, asegurada de la debilidad del poder, de su desprestigio creciente, se precipitó contra el mismo en un rápido movimiento de conquista de posiciones.

La oligarquía financiera y sus aliados externos exigen ahora un reajuste económico aún mas duro, con mas privatizaciones, con mayor concentración de ingresos...

Los militares ya no se conforman con no ser juzgados, ahora quieren que se "reconozca" su guerra antisubversiva y que en cierto sentido sea "continuada" (vuelta a la caza de brujas, reinstalación del anticomunismo y del autoritarismo cultural...); en su seno han reaparecido tendencias golpistas.

Los trabajadores y el conjunto de las clases inferiores manifiestan un creciente descontento por el deterioro de su nivel de vida.

Alfonsín empezó su gobierno eludiendo las contradicciones, tres años y medio

después comienza a ser devorado por ellas.

2.- De una crisis a otra.

La experiencia alfonsinista debe ser incluida dentro de un período mas amplio signado por la desarticulación creciente, la decadencia abierta de la sociedad argentina. A lo largo del mismo se sucedieron las crisis agudas (cada vez más devastadoras y durables) y los períodos de "control" (cada vez mas breves y frágiles).

Tomando el lapso que va entre fines de 1974 y mediados de 1987 podríamos diferenciar cuatro etapas.

a) Primera etapa (crisis) de alrededor de un año y medio de duración (último trimestre del 74 -comienzos del segundo trimestre del 76), estuvo marcada por la "explosión" del sistema económico (hiperinflación, irrupción desenfrenada de la especulación financiera, etc), la parálisis del aparato del estado, la anarquía política...

b) Segunda etapa (control); duró casi cuatro años, desde el golpe de estado de marzo del 76 hasta la crisis financiera de comienzos del 80.

Durante la misma el conjunto de la sociedad fué sometida a un rígido control marcado por el terrorismo de estado.

A nivel económico esto significó reemplazar el caos anterior por una política de predominio total de la élite financiera.

Dicho predominio se afirmó sobre la base de una fuerte contracción de la demanda de los sectores de bajos ingresos, la crisis industrial consiguiente, una política de tasas de interés altas, la liberalización total de las actividades financieras y de las importaciones.

Por otra parte, la coincidencia con un

momento de grandes disponibilidades de capitales a nivel internacional (segundo quinquenio de los 70) impulsó al régimen a sobrevalorar la moneda local con respecto del dolar lo que combinado con la política de tasas de interés nacionales altas ya mencionada facilitó el endeudamiento externo.

Como resultado de esto el sector industrial redujo su actividad (atenazado por la contracción de la demanda global y la invasión de productos importados), las capas bajas de la sociedad se empobrecieron, la especulación (principalmente financiera) y la deuda externa crecieron de manera espectacular.

El sistema entró en crisis cuando la brecha entre el sector productivo (en declinación) y el sector financiero (en expansión) llegó a un nivel tal que el primero era incapaz, de sostener el desarrollo del segundo.

Ello fué agravado por el hecho de que el volumen de la deuda externa había llegado a un nivel tal que era imposible continuar con la tasa de endeudamiento existente.

En síntesis, el sector financiero crecía parasitando sobre la crisis del sector productivo, absorbiendo los capitales que no encontraban oportunidades de inversión en este último. A partir de allí estos excedentes eran prestados a tasas reales muy altas a las empresas en dificultades (pero también a otras que simplemente jugaban a la inflación). Luego, la acumulación de impagos, el crecimiento de las quiebras en el sector productivo, terminó por hacer estallar al propio sector financiero lo que llevó al caos, al descontrol, del sistema económico general.

c) La tercera etapa se extendió desde los inicios de 1980 hasta mediados de 1985.

El desorden económico y el endeudamiento externo crecientes no pudieron

ser frenados por los intentos de ajuste recesivo que provocaron la caída de las importaciones, de las inversiones productivas y del consumo de masas.

La economía productiva se siguió achicando, lo que siguió dejando a la especulación como principal vía de escape para los excedentes de capital.

Fué en ese marco de crisis que Alfonsín asumió el gobierno y luego de un año y medio de indecisión, de "dejar hacer", optó finalmente por aceptar la receta del FMI.

d) La cuarta etapa fué la del "Plan Austral, que consiguió reducir la inflación sobre la base de un golpe recesivo y de un gran consenso inicial favorable al control de precios.

La oligarquía financiera no fué por supuesto tocada, por el contrario el conjunto de medidas adoptadas tendieron a aumentar aun más su poder.

Las inversiones productivas, el consumo de los sectores pobres y las importaciones se mantuvieron a un nivel muy bajo.

La especulación financiera, en un mercado globalmente deprimido, siguió siendo el negocio mas rentable.

Si el primer intento de "control" (militar) llevó a un fuerte deterioro de las actividades productivas (principalmente la industria y las economías del interior), el segundo intento (civil) no fué menos catastrófico.

Así es como los primeros tres años de gobierno constitucional han sido marcados por la mas baja tasa de inversiones de este siglo (ver los cuadros 1 y 2).

Importantes áreas de las actividades agropecuarias e industriales han entrado abiertamente en un proceso de desinversión.



**Participación de la Inversión
Bruta Interna Fija en el
Producto Bruto Interno (a Precios de
mercado).**

Período (*)	IBF/PBI en %
1900/04	25,9
1905/09	48,2
1910/14	42,2
1915/19	13,0
1920/24	26,4
1925/29	33,3
1930/34	22,2
1935/39	23,7
1940/44	18,2
1945/49	23,5
1950/54	20,9
1955/59	20,8
1960/64	24,7
1965/70	18,9
1970/74	21,3
1975/79	22,0
1980	23,6
1981	19,4
1982	16,3
1983	14,3

1984	12,4
1985	10,5
1986	11,8

(*) Promedio del Período.
Fuente: OECEI, 1973, pag. 162 y Banco Central 1987 y 1986.

**Inversión Bruta Interna Total
(en australes a Precios de 1970)
1981: 100**

Período	IBI total
1971/75(*)	99,5
1976/80(*)	118,8
1981	100,0
1982	80,2
1983	72,0
1984	64,1
1985	51,7
1986	61,8

(*) Promedio del Período.
Fuente: Banco Central, 1986.

Esta última tentativa de control de la crisis fué mucho menos durable que la anterior.

El sistema económico estaba mucho mas deteriorado que en 1976, la sociedad mucho mas desarticulada, el aparato del estado mas descompuesto.

A ello se sumó la prosecución de la tendencia a la caída de los precios internacionales de las exportaciones agropecuarias y, aunque las importaciones se mantuvieron a un nivel bajo, el saldo comercial se redujo (1)... en consecuencia el país aumentó su endeudamiento con el fin de seguir pagando la deuda externa...

Resultado: la deuda externa aumentó, las inversiones productivas cayeron, el nivel de vida de la mayoría de la población se deterioró velozmente.

El desorden del lumpencapitalismo terminó por reaparecer.

Un nuevo período de caos económico se abrió hacia mediados de 1987.

(1) El saldo del comercio exterior argentino pasó de casi 4600 millones de dolares en 1985 a unos 2100 millones en 1986 y muy probablemente a menos de 1800 millones en 1987...

3.- Constantes.

Entre 1971 y 1987 mas allá de la sucesión de crisis agudas y estabilizaciones de distinta duración, de cambios políticos, etc, un conjunto de tendencias fuertes, irresistibles, atravesaron todo el período considerado.

Primero: el crecimiento de las actividades financieras como eje de un sistema de especulación mas vasto que se ha ido nutriendo del agotamiento del conjunto de las actividades productivas. Dicho sistema se ha convertido en el núcleo dominante de la economía nacional.

Segundo: paralelo a la declinación del aparato productivo el conjunto de

clases "formales" se fué desestructurando, derritiendo, rodeado por una masa social inorgánica en expansión.

La sociedad capitalista periférica "normal" va siendo sustituida por una suerte de lumpensociedad que parasita sobre una base económica cada día más estrecha.

No se trata de un fenómeno sorpresivo; diversos síntomas se han ido produciendo durante un extenso período hasta que se hizo evidente que nos encontrábamos frente a un proceso irresistible que va abarcando zonas cada vez mas extensas de la población.

Tampoco es un hecho aislado, latinoamericana, sin ir mas lejos, es hoy escenario de un vasto movimiento de desarticulación, empobrecimiento, caída de la dinámica productiva global, desorden generalizado...

Tercero: la decadencia productiva, el ascenso del lumpen, se correspondió con una progresiva caotización del aparato estatal, la Administración Pública, las grandes empresas estatales...se han ido convirtiendo en sistemas en descomposición, atacados de parálisis progresiva (el proceso de putrefacción se extendió a las Fuerzas Armadas)...

Estos tres fenómenos se desarrollaron aprovechando tanto las situaciones de caos como las tentativas de estabilización o reordenamiento.

Como si nada pudiera detenerlos... como si todo los favoreciera...

4.- El corte de Semana Santa.

Tal vez lo que mas ha caracterizado al régimen actual ha sido su subestimación, su ignorancia de la magnitud de la crisis.

El personaje-tipo del alfonsinismo fué el pequeño-burgués-moderado con pretensiones de equidistancia de los "extremos", buscando alejarse de los grandes conflictos, ilusionado por el mito de una "democracia" política socialmente conserva-

dora en un país como Argentina, en plena catástrofe estructural.

Para este personaje los sucesos de Semana Santa y la arremetida militarista posterior han constringido un cruel despertar a la realidad.

La bestia militar, pese a su crisis interior, no podía ser aplacada con discursos sino controlada, doblegada, con la movilización de las masas.

Por eso era lanzarse a una aventura incierta, renunciar al conservadorismo social, establecer una dinámica popular sumamente "peligrosa".

El fantasma de la "subversión" aparentemente conjurado ("excesos" de la represión mediante) asomaba su rostro de nuevo a través de los millones de argentinos que en esos días salieron a las calles para defender la libertad.

No cabía duda, Raúl Alfonsín y su círculo optaron por doblegarse ante los militares, la preservación de la sociedad burguesa (incluso podrida, lumpen, decadente) estaba por encima de todo.

Pero esta crisis no llegó sola, ella fué atravesada por la creciente desorganización económica, por el fracaso del Plan Austral. Su aplicación no solamente redujo la base social del gobierno sino que, al ser las izquierdas aun débiles y el peronismo incapaz de ofrecer una alternativa superadora, se han ido creando las condiciones de una gigantesca desmoralización popular, de un pesimismo generalizado, que, de confirmarse, constituiría el terreno fértil, el océano de indiferencia, que eventualmente podría ser atravesado sin dificultades por los militares en marcha hacia el poder.

De ese modo el "realismo" superficial de la politiquería aparece como un opio que adormece, destruye la conciencia democrática, pretendiendo hacer creer que a los fascistas se los calma claudicando ante ellos (así se trate de los militares o de la lumpenburguesía).

En síntesis, las crisis político-militar

y económica se alimentan una a otra, mas aun, ellas forman parte de una totalidad superior: la crisis global de la sociedad argentina, que no admite tratamientos parciales (como aman ciertos cultores de "lo político" que suponen que es posible preservar las libertades democráticas haciendo la política económica de la derecha).

Esto es así porque la elitización y decadencia del capitalismo argentino es tal que las posibilidades de integración mas o menos durable de las clases inferiores son mínimas.

Visto desde otro angulo, la reproducción del consumismo de las clases superiores, dada la declinación de las fuerzas productivas, está estrechamente ligado a la reproducción del autoritarismo. Esto no es una consideración válida para un largo plazo nebuloso, muy lejano, por el contrario es una cuestión absolutamente actual.

5.— Crisis, decadencia, colapso.

Las ideas de crisis, decadencia y colapso se encadenan logicamente. La crisis aparece como enfermedad del sistema, como perturbación de su funcionamiento y también como transición hacia distintos horizontes posibles. "Todas las transiciones son crisis; y una crisis, ¿no es una enfermedad?" indicaba Goethe (Stamm, R, 1979, p 17).

Pero si la enfermedad se prolonga, si no aparecen síntomas de recuperación del sistema y el deterioro se extiende, se profundiza, entonces resulta inevitable pensar en términos de decadencia, de pérdida progresiva de vitalidad.

La decadencia huele a irreversible (aunque no siempre lo es)...de allí a la idea de colapso no hay mas que un paso.

La "transición" aparece así como una variedad de caminos hacia una multiplicidad de imágenes del futuro, varias de las cuales van mas allá de los límites del sistema actual.

¿Cuando empezó la decadencia de la sociedad burguesa argentina?. A primera vista aparece el período de Isabel (alrededor de 1975) cuando el Estado, el tejido productivo, la subcultura local...se desarticulan, comienzan a involucionar rápidamente. Luego vendrán los años de la dictadura hasta llegar al momento actual.

Sin embargo es posible retroceder hasta 1962 (fin de la experiencia frondizista) o hasta 1955.

Aunque cierta reflexión mas audaz podría trasladarse hacia el agotamiento del modelo agroexportador, hacia la primera guerra mundial, proceso que nunca fué realmente superado.

En ese último caso, la industrialización de los años 30 y 40 y su consecuencia política, el peronismo, aparecen como intentos frustrados de recuperación (ni la industrialización local ni el peronismo tenían lugar en el mundo capitalista surgido de la segunda guerra mundial, pero como no pretendían romper con esa cultura fueron sus víctimas).

Como sabemos, nuestro sistema económico (en especial la industria) nunca dejó de depender para su funcionamiento de las divisas que le proporcionan las exportaciones de un número reducido de productos agropecuarios.

El producto agropecuario per capita actual no es muy distinto en términos reales del existente hace 70 años.

Esto se agrava ahora por el hecho de que dichos productos se venden con cada vez mayor dificultad en un mercado internacional dominado por las superpotencias agrícolas (en primer lugar los Estados Unidos)...los precios del trigo, el maíz... caen irremediabilmente...

Nuestro sistema industrial, nunca fué muy creativo, desde el punto de vista tecnológico (si lo medimos a escala internacional) y por consiguiente no ha sido capaz de reemplazar las exportaciones de la Pampa Húmeda. Actualmente se encuentra en franca decadencia.

Incapaz de expandir de manera decisiva y durable nuestras fuerzas productivas, las clases dominantes se han ido haciendo de mas en mas parasitarias, voraces.

El lumpencapitalismo, visible desde mediados de los 70, estaba latente en una élite que impregnó con su subcultura cortoplacista, de especuladores periféricos, al conjunto de la sociedad argentina.

La decadencia abierta de la última década no es por consiguiente una sorpresa, ella estaba de alguna manera escrita en la conducta de nuestra vieja oligarquía que nació del pillaje y la especulación, perpetuó su dominio de la misma manera hasta fusionarse mas recientemente con nuevos aportes provenientes de las Fuerzas Armadas, la industria o el comercio.

Impotente para extenderse hacia afuera, bloqueado internamente por un mercado local que su propia logica tiende a deteriorar, el capitalismo decadente no tiene otro camino que la práctica del canibalismo, la reproducción ampliada negativa.

¿Qué puede ahora ocurrir?

Estamos frente a una segunda tentativa fracasada de control recesivo de la crisis.

Como ya ocurrió hace casi ocho años el parásito especulativo-financiero ha crecido mas de la cuenta (o dicho de otra manera, la víctima productiva, en caída libre, esta llegando al punto de agotamiento).

En efecto, el monto y número de quiebras crecen vertiginosamente (1). Por otra parte la reducción del saldo del comercio exterior unido a una deuda externa que no deja de crecer coloca al país al borde de la cesación de pagos.

Pero la situación económica es mucho mas grave que la de 1979/80. Luego de varios años de desinversión en numerosos sectores y sin esperanzas de mejoras en los mercados interno o externo (tanto para los productos agropecuarios como para los industriales) el tejido productivo esta a punto de sufrir "rupturas", hundimientos graves. En consecuencia,

el caos y la recesión previsibles deberían ser muchísimo más fuertes que en 1975 o en 1980/81.

Además de las catástrofes sectoriales o subsectoriales nos encontraremos con catástrofes regionales (varias economías provinciales están al borde de la bancarrota).

A esto debe agregarse la combinación explosiva entre derrumbe económico y crisis militar.

6.- Alternativas

El escenario de colapso (o de situación-al-borde-del-colapso) previsible sugiere distintas alternativas de "solución" o de "etapa posterior" dados el nivel del deterioro económico, la coyuntura internacional (signada también por una crisis importante), la correlación actual de fuerzas sociopolíticas, etc.

Una primera opción es la que podríamos denominar de "putrefacción lenta" con prolongación de la situación actual, con fachada constitucional o semiconstitucional, intentos militaristas insuficientes seguidos por regímenes civiles también impotentes.

La permanencia de este tipo de imagen parece sin embargo difícil en un país como la Argentina con cerca del 80% de la población urbanizada, muy concentrada, donde las explosiones sociales y los golpes de mano de una derecha tradicionalmente feroz son muy probables.

Una segunda opción es la de la profundización democrática y antiimperialista de la "democracia" presente.

Las movilizaciones de Semana Santa parecerían apuntalar esta hipótesis; sin embargo la creciente desmoralización popular, el carácter conservador de la mayor parte de la superestructura política (peronismo-radicalismo) y sindical, la debilidad de la izquierda y de los (incipientes) mo-

vimientos de base juegan en sentido contrario.

Una tercera alternativa es un "segundo 1976", más cruel y devastador que el primero, es decir la "solución fascista". La presencia dominante de la alta lumpen-burguesía y de su séquito de especuladores de todo pelaje cuya voracidad exige más y más concentración de ingresos y por consiguiente poco o nada de libertades democráticas confirma esta hipótesis. A ello se agrega, por supuesto, el desarrollo actual de audaces y muy extendidas tendencias fascistas renovadas en el seno de las Fuerzas Armadas, la existencia de una extrema derecha civil que no debe ser subestimada y también la inseguridad de las capas medias que recrea en permanencia el mito del orden autoritario.

Sin embargo, otros factores no menos importantes, nos llevarían a dudar de la posibilidad fascista o de su durabilidad.

Por ejemplo el elevado grado de putrefacción del aparato estatal y la profunda corrupción del conjunto de las clases altas. Por otra parte las propias Fuerzas Armadas se encuentran en una crisis-decadencia que condiciona los distintos proyectos grupales.

En fin, no se ve muy bien que modelo económico superador podría proponerse la derecha a no ser el ensayo de un sistema totalitario, sumamente rígido, de superexplotación, basado en una economía muy pobre. ¿Con qué instrumentos podría ponerse en marcha semejante modelo?, ¿como serían controlados los millones de marginales urbanos concentrados en unas pocas ciudades?...

(1) Si tomamos el período febrero-mayo veremos que en 1987 el número de quiebras aumentó casi en un 100% con respecto de 1986 y el monto de esos pasivos en más del 300% (en términos reales), (Pelliza. E.G., 1987).

Otras alternativas son imaginables, por otra parte todas las opciones consideradas deben ser referidas, vinculadas a un siste-

ma internacional cambiante o más directamente al contexto latinoamericano.

7. BIBLIOGRAFIA

- Banco Central de la República Argentina-Gerencia de Investigaciones y Estadísticas Económicas: "Estimaciones Trimestrales sobre Oferta y Demanda Global", Buenos Aires, Septiembre de 1986 y Marzo de 1987.
- Beinstein, Jorge: "Argentine a l'heure du bilan". *Les Temps Modernes*, N° 420-421, Juillet-Aout 1981, Paris.
- Cardenal, Eduardo: "Cada vez menos dólares". *Clarín - Suplemento Económico*, Buenos Aires, 31 de Mayo de 1987.
- IEERAL: "Estadísticas de la evolución económica argentina, 1913-1984" en ESTUDIOS, Año IX, N° 39, Julio/Septiembre 1986, Córdoba.
- OECEI, Oficina de Estudios para la Colaboración Económica Internacional (FIAT); "Argentina Económica y Social", Buenos Aires 1973.
- Pelliza, E. G.: "Vale el frío o la sensación térmica?". *Clarín - Suplemento Económico*, Buenos Aires, 28 de Junio de 1987.
- Starm, Randolph: "Metamorfosis de una noción. Los historiadores y la crisis" en *El concepto de crisis*, Ediciones Megapolis, Buenos Aires 1979.

Democracia y liberación ¿términos contradictorios?

MANUEL JUSTO GAGGERO

Abogado. Centro de Investigación y Estudio de la Realidad Argentina (CIERA)

I.- INTRODUCCION

No hay ninguna duda de que la sublevación militar de Semana Santa nos tomó de sorpresa a todos porque no respondía a la lógica racional con que solemos analizar los hechos políticos.

En realidad, y debemos reconocerlo autocríticamente, pese a pensarlo y escribirlo en múltiples artículos, no teníamos real conciencia de la profundidad de la crisis de un sistema de dominación que si pervive no lo hace por la fuerza de su inexistente vitalidad; sino, al contrario, por la debilidad orgánica en que aún se encuentran las fuerzas que lo enfrentan.

Es en este contexto crítico en el que tenemos que hurgar para encontrar alguna explicación al hecho fáctico del "motín de los carapintadas" y a sus consecuencias: el deterioro creciente del poder civil y de las instituciones de la democracia formal.

La otra cara de la moneda es la movilización de una franja importante de la sociedad civil en defensa de los espacios democráticos conquistados. La expresión de una conciencia democrática en desa-

rollo que nos propone nuevos interrogantes ya que marca, en un grado más alto, la ruptura de grandes sectores populares con sus "representaciones" los partidos y la dirigencia política.

Tratando de salir de los esquemas rígidos, a los que a veces apelamos para interpretar realidades complejas, es que vamos a tratar de interpelarnos sobre una serie de cuestiones que forman parte del debate en que está inmerso el campo nacional y popular en su fase de recomposición.

Es posible que en la dirección que nos planteamos nos encontremos, al final, con preguntas sin respuestas, que la práctica política y social puede ir despejando.

El primer interrogante que nos hacemos es que elementos pueden determinar la recomposición del partido militar y su violenta entrada en el escenario nacional, con un discurso que no es novedoso; pero que, en el marco de la crisis, confunde y pretende lograr aliados entre los sectores populares, a partir de que reivindica "lo nacional".

Antifondomonetarista y al mismo tiempo reformulando la Doctrina de la Seguridad Nacional, la carta del ideólogo

de los comandos Coronel Schinelli Garay aparece como muy incoherente. Sin embargo es otra la lectura que provoca en algunas franjas de la dirigencia peronista, ubicadas a la derecha del espectro político. Para estas, las iniciativas de los "carapintadas" se asimilan a las del viejo Grupo de Oficiales Unidos -GOU- que protagonizara el golpe militar de 1943 y del que formó parte el entonces Coronel Juan Domingo Perón.

¿Hasta donde este "fascismo criollo" puede tener consenso? ¿Es este el pensamiento dominante de las fuerzas armadas? ¿Cómo se comportan las diferentes tendencias? ¿Qué piensan los sectores dominantes de esta "pretensión" castrense? y por supuesto, en un país periférico y dependiente como el nuestro, la pregunta central: ¿qué valor le adjudica el imperialismo norteamericano a la democracia, y qué papel deben jugar, en esta transición, los militares?

Este es un plano de la realidad que trataremos de desbrozar; el otro es la presencia popular en las calles defendiendo la democracia; oponiéndose a un regreso al medioevo, a las tinieblas y al horror del Terrorismo de Estado. Cuál es la magnitud de esta relativa "jacobinización" de la sociedad argentina, o de parte de ella? Importa sólo a las capas medias la democracia? Los episodios de Budget, Dock Sur, Tigre y otros lugares en los que se enfrentó la prepotencia y criminalidad policial, son episodios aislados o revelan el creciente desarrollo de una conciencia democrática asumida por nuestro pueblo?

Y hay dos interpelaciones finales que debemos hacernos en tanto y en cuanto pensamos en la necesidad de integrar la "cuestión democrática" en la lucha por la liberación.

Cuales son los límites de esta democracia? Podemos avanzar en el diseño de un proyecto liberador, del que será protagonista y sujeto principal el pueblo,

organizando la espontaneidad popular en la defensa de este sistema democrático, con todas las limitaciones que tiene, pero con el horizonte puesto en la Independencia Nacional; o, por el contrario, volveremos a pensar que "las democracias burguesas distraen la atención de las masas populares?"

Dejemos las preguntas y empecemos a reflexionar sobre nuestro pasado más inmediato, para poder descubrir como se escribe esta historia en la que el mañana está en el ayer, y este puede conducir al hoy.

II.- HACIENDO MEMORIA

El 10 de diciembre de 1983 asume el gobierno democrático intentando, al comienzo, desarrollar un plan económico basado en una combinación de una política de redistribución de ingresos, con una renegociación de la deuda externa planteada desde posiciones de relativa dureza.

Alfonsín, expresión de un sector no hegemónico de la burguesía pretendía recrear un modelo de relativo desarrollo autónomo, liderado por dicha franja de empresariado. Es decir por la fracción "reformista" de la burguesía.

De algún modo, y con todas las diferencias del caso y del momento histórico, era como una reformulación de aquel diseño gelbardiano que tuvo un final no previsto por su inspirador.

Este proyecto que los propios actores caracterizaban como "de transición a la democracia", se apoyaba en un discurso que apelaba a la ética, a la solidaridad y a la vida. Valores muy sentidos para una sociedad que dejaba atrás al Estado Terrorista.

Concordantes con los objetivos económicos en que funda su acción el nuevo régimen, se plantea alianzas sociales y un enfoque en el tema de los derechos huma-



nos que, pese a las limitaciones con que se había accedido a la democracia, tenía cierta dosis de audacia; si lo comparamos con experiencias similares como las de Uruguay y Brasil.

Efectivamente, y siempre en el terreno de la memoria, recordemos que Alfonsín intenta que la democratización alcance a la vida sindical con un proyecto de reordenamiento de las asociaciones profesionales que concita la absoluta oposición de la dirigencia burocrática. La llamada "ley Mucci", pese a las reservas con la que podemos enfocar la misma, iba dirigida a transferir la dirección de los sindicatos a dirigentes que realmente representarían a sus bases.

Esta normativa era consecuente con un plan que se dirigía a ampliar el mercado interno, elevando la capacidad de compra de los asalariados.

Dicha meta no se logró, y las cúpulas gremiales obtuvieron la renovación de sus mandatos; con algunas excepciones.

La otra cuestión sentida por amplias franjas de nuestra sociedad civil era la referida a las violaciones a los derechos de la persona humana cometidas durante la Dictadura Militar. Ningún horizonte era posible de imaginar en un país que había vivido inmerso en el terror durante más de 7 años y que registraba miles de desaparecidos, torturados y asesinados.

En verdad, ninguna sociedad puede planificar su futuro, si no logra saldar este pasado inmediato. Y eso solo era posible, castigando a los responsables, en todos los niveles, de estos crímenes de lesa humanidad.

El actual presidente encaró el tema desde dos ángulos. Por un lado conformó la CONADEP con el objetivo de generar una instancia de recepción de denuncias; de recuento del horror. Al mismo tiempo, con la modificación del Código de Justicia Militar, abrió un camino para que las Fuerzas armadas se "autodepuraran". Esta concepción tenía relación con la tesis de los diferentes grados de responsabilidad expuesta en la campaña electoral por el titular del Ejecutivo.

Se trataba de sancionar a los "responsables", a los que "habían emitido los órdenes" y a los que se habían "excedido" en su ejecución; los cuadros medios se "preservaban", al mismo tiempo que se pretendía la subordinación del partido militar al gobierno constitucional.

Pero la realidad siempre va más lejos de las elaboraciones de escritorio; aunque no alcance a satisfacer el reclamo de justicia de quienes esperábamos que el Estado de Derecho fuera una expresión de ruptura con el Estado Terrorista y no contuviera formas de continuidad que, poco aportaban a la difícil artesanía de la democracia en un país

que había convivido con el miedo y el autoritarismo por varias décadas; aunque con diferentes gradaciones.

Todo este enfoque se completaba con una política exterior renovada, que intentando establecer "relaciones maduras con el Imperio" expresaba en el apoyo a Contadora o en la propuesta de Cartagena la intención de recomponer los lazos con el Continente; al mismo tiempo que, ratificando el "Documento de los seis", reafirmaba una vocación pacifista frente a la política guerrillera del "reaganismo".

Sin recurrir a un esquema, y sin dejar de advertir la profundidad que en la conciencia popular y en el tejido social, adquiere esta transición democrática, digamos que el giro de casi 180 grados del programa que se trazó el alfonsinismo tiene mucha relación con la imposibilidad de la burguesía "reformista" para impulsar su propio proceso de democratización; la abdicación final de sus propios principios por temor al avance de las masas populares; su debilidad creciente en la esfera de las relaciones de producción y circulación frente a los sectores más concentrados y transnacionalizados del capital y su progresiva asociación subordinada a tales sectores como recurso para subsistir en el mercado. En conclusión, esta franja social está incapacitada, históricamente, para conducir la lucha por la democracia —incluso en su más estrecha acepción de "democratización institucional".

III.- "DONDE MANDA CAPITAN..."

Desde la década del 60 se va afianzando la penetración de los monopolios internacionales en diferentes ramas de la industria; al mismo tiempo se produce un entrelazamiento con grupos económicos nacionales que se transnacionalizan en los 70 y que conforman corpora-

ciones o "holdings" que integran el nuevo poder económico en la Argentina de los 80.

Estos llamados "capitanes de la industria" desarrollan actividades diversificadas en lo económico, que están estrechamente vinculadas con el predominio de la oligarquía financiera; la que consolida definitivamente su hegemonía en los últimos años del proceso militar.

Este dato de la realidad no fue contenido en el programa inicial del radicalismo que naufraga ante una creciente inflación; una fuerte retracción en la inversión; la dura presión de los acreedores externos y el boicoteo de la dirigencia gremial.

El viraje producido en febrero de 1985 coloca en la conducción económica a un equipo que diseña un modelo de desarrollo basado en un impulso a las exportaciones, lo suficientemente fuerte, como para financiar tanto el pago de los intereses de la deuda, como la reposición del ritmo de inversión.

Esta nueva concepción, a la que le prestan el consenso las grandes corporaciones económicas, requería de un nivel de precios estabilizados y de ajustes monetarios que expropiaran, aún más, la tasa de ingresos de los asalariados.

Se vislumbraba un nuevo modelo de país, que se debía insertar en forma pasiva en la nueva división internacional del trabajo que impulsan los países desarrollados.

Como dice la canción "todo cambia, todo cambia". Se acepta como legal toda la deuda reclamada por los acreedores; se impulsa un blanqueo fiscal que apunta a repatriar los 20 mil millones de dólares fugados; se reglamenta la capitalización de la deuda, y se destinan los saldos de la balanza comercial al pago de los intereses del endeudamiento externo.

Este se completa con nuevas alianzas políticas y sociales. Los representantes

de los poderosos "holdings" acompañan al presidente en sus giras al exterior; una fracción de la burocracia sindical es seducida por las ofertas del oficialismo y los partidos de "centro derecha" —muchos de ellos cómplices de la Dictadura Militar— conforman la Convergencia Democrática.

El horizonte de la "modernización" reemplaza al objetivo de la Independencia. Aumenta la "población sobrante" —7 millones de argentinos por debajo de los niveles de subsistencia, conforme a estadísticas gubernamentales—; se incrementa el "cuentapropismo" y, al mismo tiempo, las altas tasas de interés convierten a la Argentina en el paraíso financiero.

"Privatizar", "achicar el estado", aumentar la "eficiencia", "dejar atrás el pasado", y, por supuesto, como no podía ser de otra manera, "reconciliarnos" con los represores, pasan a ser los mensajes que transmite una dirigencia política que, tanto desde el Gobierno como desde la oposición, implementa un discurso que aumenta el quiebre, y amplía las distancias, con una sociedad civil que vive con amargura, esto que aparece como una nueva frustración.

IV.- ENTRAN EN ACCION LOS "CARAPINTADAS"

Pero, y este es un hecho contradictorio que no debemos dejar de valorar, mientras en el terreno de la economía no se sentía el oxígeno de la democracia, y todo parecía igual, con todas las observaciones justificadas de los organismos de derechos humanos, proseguía el juzgamiento de algunos militares directamente involucrados en violaciones a los derechos de la persona humana.

En efecto, no podemos ignorar que el Juicio a las Juntas, más allá de las sentencias, tuvo un extraordinario valor

pedagógico para nuestra sociedad.

No debemos olvidar los presupuestos ideológicos autoritarios que han presidido nuestra formación desde que la llamada "generación del ochenta" programó al país "moderno".

La influencia de la jerarquía eclesial —la más reaccionaria del continente—; el carácter de "guerra santa" que esta misma jerarquía otorgó al enfrentamiento con los Movimientos de Liberación son elementos que han contribuido a internalizar valores que obstaculizan el crecimiento de la conciencia democrática de nuestra sociedad.

Y es en las Fuerzas Armadas donde encuentran refugio las concepciones más retrógradas; ya que para el Imperio, —estas son el reaseguro de su dominación y por lo tanto deben estar consustanciadas con la Doctrina de la Seguridad Nacional que convierte a todo demócrata en "enemigo al que hay que aniquilar".

Retomemos el hilo.. Los juicios, como decíamos, prosiguen, pese al Punto Final y a las diversas escaramuzas legales que realiza el Gobierno para evitar la "irritación" de los mandos castrenses.

Esto hace que, para nuestro pueblo todo militar sea "un ciudadano bajo sospecha" lo que resulta intolerable para quienes están convencidos de que "con su acción salvaron al país de caer bajo las garras del marxismo internacional". Es evidente que la conspiración de los "carapintadas" no empezó en Semana Santa. Ya en 1983, el entonces Teniente Coronel Seineldín había conformado un grupo del que formaban parte Aldo Rico, el mayor Venturino, Schinelli Garay y otros.

Estos se reivindicaban "nacionalistas", ya que abjuraban de la política de Martínez de Hoz, pero al mismo tiempo, rescataban la "guerra antisubversiva" por su rechazo a las "ideologías foráneas".

Con estrechas vinculaciones con la CIA, con la que diseñaron el asesora-

to a "los contras nicaraguenses" que combatían desde Honduras a la triunfante Revolución Sandinista; con nexos directos con algunos obispos, y con parte de la dirigencia sindical, estos "hombres de armas" consideraban que la democratización de la sociedad los convertiría de vencedores en vencidos.

Su discurso, muy similar al de las S.A., que precedieron a las S.S. en la Alemania prehitleriana atacaba, por igual, a los banqueros y al judaísmo ateo y marxista que conduciría la gestión oficial.

En Semana Santa pasaron a la acción para lograr la impunidad, que les permitiera recomponerse internamente. Luego estarían en condiciones de avanzar, no hacia la subordinación al poder civil; sino, por el contrario, para convertir a este en un apéndice del poder militar.

¿Pero esto se da de patadas con el modelo que tan trabajosamente tejen los grandes "holdings", con un relativo beneplácito oficial? Es cierto, pero también es una realidad que la democracia permite reconstruir el tejido social; recuperar las formas de organización natural de nuestro pueblo; confrontar ideas y discutir proyectos que puedan culminar en la elaboración de una opción alternativa. Es en libertad donde las masas recrean nuevas formas de lucha para seguir avanzando y profundizando esta democracia. Y eso no se puede permitir.

V.- LA RESPUESTA POPULAR

Si, como plantea Gramsci "los hombres toman conciencia de los conflictos de la estructura en el terreno de las ideologías; cuanto más determinante sea este tipo de clase y fracciones en la formación social, más determinante será el papel de la lucha política-ideológica en el desenvolvimiento de la formación social en su conjunto".

De ahí, por lo tanto, la enorme rele-

vancia de las interpelaciones democráticas, patrióticas, religiosas, y en general, de lo ideológico, en la determinación de las definiciones y alineamientos de estas masas populares, en su constitución como sujetos de acción política.

Partiendo de esta premisa teórica es que debemos analizar el significado de la respuesta de nuestro pueblo al intento golpista. Pensamos que reveló un alto grado de "jacobinización" de una sociedad, que por lo menos en una amplísima franja, se va despojando de sus permanentes reciclajes hacia los modelos autoritarios, para reafirmar que desea construir en libertad.

De alguna forma era como si librara las luchas por la democracia que se debía, por no haber comprendido la profundidad del deterioro causado por la Dictadura Militar y no haber respaldado a los que la enfrentaron.

No era un pueblo culposo el que ocupó las plazas el 19 de abril; era, por el contrario, la expresión de una conciencia democrática que luego se volvería a plasmar en Ingeniero Budge, enfrentando la prepotencia policial, o en la actitud de los trabajadores de prensa, gráficos y canillitas al impedir la publicación de una solicitada en apoyo a Videla.

Fueron sólo los sectores medios los que se movilaron? La movilización de los trabajadores de Villa Constitución, de Neuquén y de Córdoba, para dar algunos ejemplos, pareciera demostrar lo contrario.

Sin embargo, y aunque aceptáramos que hubo un gran componente pequeño burgués de estas jornadas. ¿Eso invalida el valor de las mismas? Para nada, ya que, y esto nos lleva a otra discusión, para nosotros el actor y protagonista de los cambios sociales en un país periférico y dependiente como el nuestro es el pueblo; sujeto social que engloba en su seno a trabajadores, profesionales, comerciantes, productores rurales, pequeños y media-



nos empresarios.

Reflexionando sobre el valor de estas jornadas, que sin lugar a dudas superaron el horizonte del proyecto demoburgués, consideramos que las mismas dibujan una contradicción que conmueve a todos los argentinos; atraviesa las formaciones políticas; van más allá de estas y aún no tiene expresión orgánica. Es la confrontación entre la vida y la libertad, por un lado y la muerte, el miedo y el terror, por el otro.

Es el enfrentamiento entre quienes aspiramos a construir desde la democracia, el camino hacia la liberación; y quienes pretenden retrotraernos al medievo ideológico, atornillando aún más la dependencia.

VI. CONCLUSION

Como era de esperar el Gobierno cedió al avance militar, con contradicciones que debemos dimensionar para no caer en el facilismo de dividir mal el campo popular, cuando el enemigo está

enfrente y en plena ofensiva.

La lucha democrática es la forma que adopta ahora la lucha por la Liberación y, por consiguiente, a nuestro juicio, las alianzas en el campo nacional deben incorporar a todos aquellos que quieren defender esta **democracia**, limitada, e indirecta.

El Frente Nacional, de que hablábamos en un trabajo anterior, hoy se mimetiza en el Frente Democrático; esto no significa que se superen las contradicciones, que son muchas, entre los diferentes componentes sociales interesados en la democratización y supervivencia.

Pero siempre hay un enfrentamiento que posterga a los otros. Hoy es el que enfrenta al conjunto de la "civilidad" incluidos los militares democráticos —con la derecha militar y civil.

El partido militar se ha reorganizado y ha comenzado a marchar hacia el poder; de como interpretemos y organicemos la espontaneidad popular expresada en Semana Santa, depende que la resolución final favorezca al campo popular. Y en eso, "el camino se hará al andar".

LA CRISIS EN LA CRISIS

CARLOS A. GONZALEZ GARTLAND

Abogado. Instituto de Relaciones Internacionales (I.R.I.)

La crisis militar de Semana Santa se inscribe en la crisis global de la sociedad y el Estado argentinos. Crisis orgánica, económica, política, social y también moral y espiritual. Crisis, por otra parte, sobredeterminada por una crisis mundial en el modelo de acumulación capitalista, que obliga a la clase dominante de los países periféricos a reinsertar a sus respectivas formaciones nacionales —siempre en situación de dependencia— en el mercado mundial y en el sistema de dominación capitalista.

El poder, la dominación, es la garantía del modelo de explotación que permite subsistir y reproducirse al capitalismo. Sin embargo, se diferencia en los países centrales y en los países periféricos como el nuestro.

El capitalismo central, como consecuencia de la acumulación originaria y la rapiña colonial y, luego, como derivación de la consolidación de capital y poder y su reproducción ampliada en la fase imperialista presenta una articulación de la sociedad y el Estado donde la lucha de clases parece atenuada, mediada, en términos tales que no se avizora que dominación y explotación estén jaqueados internamente. No sólo aparece frente a las masas la ilusión de alguna redistribución, sino que, vistos desde la perspectiva de los pueblos de los países periféricos, sus ingresos resultan confortables. Los europeos, por ejemplo, no sólo están transitados, permeados, por la ideología de la clase dominante sino que los cuestionadores frontales del poder y la explotación, paradójicamente, no se reclutan en la clase obrera tradicional que podría ser la beneficiaria esencial de procesos revolucionarios. Incluso en esta fase de predominio del capital financiero y de remodelación del capitalismo al compás de la revolución científico-técnica, con la creciente exclusión de las capas más explotadas y su transferencia a la desocupación, a la economía informal o a los menos remunerados empleos del sector terciario, el sistema capitalista central aparece jaqueado desde afuera por la presencia de los países socialistas y sólo episódicamente desde adentro por fenómenos tales como el autonomismo, los regionalismos o episodios terroristas que no parecen tener futuro y que no siempre suponen cuestionamientos directos al capitalismo.

En el capitalismo periférico la lucha de clases no aparece ni tan mediada ni tampoco en formas puras, pero la articulación Estado-sociedad aparece sobredeterminada por

la pertenencia en situaciones de dependencia al mercado mundial. El Estado no aparece prístinamente como condensación de las relaciones de fuerzas en la lucha de clases, sino emparentado con la inserción de la formación nacional respectiva en el mercado mundial capitalista. La burguesía de los países periféricos, especialmente en esta etapa de predominio del capital bancario, ha renunciado a cumplir otro papel que el gerencial o derivado y su máxima aspiración consiste en articularse con las grandes transnacionales para mantener cierta porción menor en la tajada de sus ganancias en la apropiación de plusvalía a nivel mundial. Las formaciones nacionales de la periferia se han convertido en reservas estratégicas de materias primas, suministradoras de mano de obra barata, exportadoras netas de "capitales" hacia el centro y satélite del modelo de acumulación mundial en crisis. Dentro de ese modelo no hay espacio para construir sociedades al servicio de los intereses de las grandes mayorías. Ni siquiera para desarrollar burguesías nacionales con cierto grado de independencia, capaces de generar un modelo propio de país. De allí que no por la alegada falta de madurez política de los pueblos de la periferia —que en algunos casos la hay, consecuencia necesaria de su juventud y de las condiciones generales de la producción— sino porque las contradicciones de clase son más agudas y la exclusión hacia la miseria de las grandes masas más brutal —sus Estados— sede de la dominación aparecen actual o potencialmente jaqueados desde adentro.

Estas diferencias —que esbozamos muy linealmente, porque no son el objeto central de este trabajo— permiten explicar junto con la mayor complejidad de las sociedades de los países capitalistas del centro, la diferencia entre las Fuerzas Armadas de ellos y las de la periferia. Parte del aparato del Estado en ambos casos, las Fuerzas Armadas de los países centrales no parecen ser inmediatamente necesarias para un control político interno directo de la contestación, aunque tienen un rol central en el desarrollo de tecnoestructuras militares —industriales: el desafío viene de afuera, de los países socialistas o de situaciones neocoloniales o de alguna "aventura" —producto del mal cálculo— de los países periféricos. De allí que en forma directa e inmediata no aparezcan interviniendo en los conflictos internos. Las Fuerzas Armadas de la periferia, en cambio, cumplen un rol precisamente directo e inmediato en el control de esos conflictos, aunque como aquéllas son garantes del modelo capitalista de dominación y explotación.

Esto conduce a que las Fuerzas Armadas aparezcan muy corrientemente en el centro del quehacer político, sin mediaciones. Represión, golpes de Estado, golpes de mano, dictaduras militares o cívico-militares, las tienen como protagonistas. Y, llegado el caso, se deslizan hacia la estructuración de Estados terroristas.

Dentro de este esquema, las Fuerzas Armadas argentinas tienen una larga trayectoria. Protagonistas de la construcción del Estado moderno por su brutal participación en la expansión de la frontera productiva a fines del siglo pasado; guardianes del orden burgués frente a las primeras expresiones organizadas de lucha obrera y campesina; detentadoras del poder político en alianza con la oligarquía modernizadora después de la crisis mundial de 1929; modeladoras de la tercera etapa de sustitución de importaciones en 1943; restauradoras ligadas a las transnacionales en 1955; dirimidoras de la hegemonía militar con un modelo capitalista dependiente de matices diferenciales en lo ideológico y en la naturaleza de la articulación con el mercado mundial, en el período frondicista y post-frondicista; dispuestas al control directo del aparato estatal por largo plazo en el período Onganía-Levingston-Lanusse; autonomizadas en la lucha contrarrevolucionaria desde 1974 hasta 1983 e instaurando a su servicio un Estado terrorista, las Fuerzas Armadas han mostrado una vocación permanente por ocupar el aparato estatal, conducirlo y administrarlo, sirviendo siempre estratégicamente los intereses del capitalismo, aun-



que cumpliendo cada vez más un rol asignado en la tercera guerra mundial larvada que, según piensan los centros de poder capitalista, está en curso con los países socialistas.

Para cumplir ese rol, las doctrinas militares de los Estados Unidos se trasiegan a los cuadros militares y políticos de las menguadas y cuitadas burguesías periféricas. Según ellas la guerra contrarrevolucionaria debe llevarse ahora predominantemente a partir de los conflictos de baja intensidad y, en esta etapa en la que el fenómeno de Malvinas ha puesto al descubierto la poca confiabilidad política de los militares para disminuir la intensidad del conflicto interno y los riesgos de acentuarlo y sobredeterminarlo con arrestos supuestamente nacionalistas, esa guerra global para defender al capitalismo y la dependencia puede ser conducida sin recurrir directamente a las Fuerzas Armadas, manteniéndolas como garantes pero con un alto grado de inserción en el Estado y dispuestas a intervenir directa e indirectamente, con o sin mediaciones gubernamentales, en la "guerra".

Los ejércitos latinoamericanos, los que están en la zona de influencia casi indisputada de los Estados Unidos, tienen por misión la protección del capitalismo y la dependencia de cara a sus pueblos. Las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, a su vez, protegen el espacio total para mantenerlo incontaminado de las perniciosas influencias de los países socialistas.

Pero así como las Fuerzas Armadas argentinas se reconocen en ese papel y aún se consideran cruzadas del mismo y demostración clara de cómo, con métodos terroristas, se gana la "guerra" contrarrevolucionaria, tienen algunas particularidades que dificultan el acatamiento lineal a las políticas imperialistas. Globalmente los militares argentinos responden a esas políticas. Puntualmente su chauvinismo —grosero, exacerbado, cerril— los conduce a creerse más aptos para delinear políticas específicas para nuestro espacio nacional. De allí la "desmalvinización" de la política argentina que intentan los medios de control ideológico y los intentos del gobierno radical por competir en eficiencia en el control social con los gobiernos militares, por la vía de la intoxicación informativa, la mani-

pulación, el posibilismo y la represión —legal o no— cuando el caso lo hace necesario.

Cuando en 1983 el gobierno pasó a manos de los civiles en una operación de obligado repliegue estratégico de los militares, erosionados en su dominación fundamentalmente por el desastre del Atlántico Sur, se operó un salvataje apresurado y desproljo del sistema de dominación. Apresurado porque no se dieron tiempo ni espacio políticos a la recomposición de alguna fuerza política que pudiera conducir una transición muy acotada por los compromisos; desproljo porque las contradicciones en el bloque militar no habían quedado sintetizadas y las cuentas pendientes entre las fuerzas y al interior de ellas eran muchas y pesadas. Pareció entonces, que los condicionamientos propios de todo régimen no originado en una revolución triunfante podrían ser saldados por el censo activo del pueblo, que manifestaba una repulsa ontológica hacia el estamento militar: represión despiadada, deuda externa y Malvinas aparecían como componentes de esa repulsa.

Para pensar en que tales condicionamientos fueran cada vez menos significativos, hubiera sido preciso imaginar un modelo económico congruente con un modelo político sustancialmente democrático, en forma tal de movilizar a las grandes masas detrás de objetivos sentidos como propios —aunque en realidad fueran los propios de la clase dominante, claro está—. El camino que se eligió combinó el sometimiento a los dictados del capitalismo central, so capa de una modernización más o menos ideal, con una acentuación de la crisis económica que golpea a los sectores más desprotegidos de los asalariados y que desnacionaliza tales objetivos al desnudarlos como propios de las fracciones más concentradas del capitalismo vernáculo y foráneo. La caída del salario real resultaba indispensable a la reinserción dependiente en el mercado mundial; la concentración de la producción y la centralización del capital, también. La producción de cara al exterior, igualmente. Y todo eso, con sucesivas y cada vez más pesadas negociaciones de la deuda externa, es congruente con el modelo del que se excluye, necesariamente, a las grandes masas.

Que no se produzcan estallidos sociales con organicidad —el control social, por ahora, corre por cuenta del aparato ideológico del Estado y del temor no sólo a la represión sino a la pérdida de la fuente del salario— no significa que no puedan producirse, que no sean probabilísticamente posibles. Consiguientemente, el Estado debe contar con la recurrencia a las Fuerzas Armadas como garantes de lo que —llegado el caso— se caracterizará como **subversión** para combatirla inicialmente con medidas legales pero, si la disidencia alcanza un estadio superior, con la fuerza formalmente legitimada del aparato militar. De allí que la articulación gobierno-fuerzas armadas se haya hecho, a partir de 1983, pretendiendo falsamente la dicotomía de comandantes equivocados al combatir la subversión con sus mismos métodos (**teoría de los dos demonios**), cuadros medios e inferiores llevados por mal camino por esos gufas perversos, y sociedad compartiendo en su conjunto la represión, aunque no su metodología: un buen ejemplo de eso son el decreto 158/83 —que mandó procesar a las tres primeras juntas militares— y sus considerandos, y el dato significativo de que el decreto inmediatamente anterior —157/83— igualaba en maldad, pero concediéndole la iniciativa histórica de tales perversiones, a las cúpulas de las organizaciones armadas que florecieron en la década del 70. Como las Fuerzas Armadas no fueron derrotadas en 1983, sino que se replegaron, y como el gobierno no las estigmatizó sino que creó un instrumental de argumentos para absolverlas y siguió una política de doble faz —responsabilizándolas pero alentándolas, diciendo querer subordinarlas al gobierno civil pero admitiéndoles la mensual reivindicación de los mismos actos por los que mandaba procesar a sus comandantes— dio pie a la recom-

posición de dichas fuerzas alrededor de un núcleo central que las homogeneizaba y solidificaba en un objetivo común: la reivindicación de la guerra contrarrevolucionaria y, consiguientemente, la oposición al juzgamiento de lo que ellas consideraban el polo victorioso en la confrontación.

Hubo sucesivos anuncios de la crisis en la relación gobierno-fuerzas armadas. El gobierno radical presionó encarnizadamente para garantizar la impunidad de la mayor cantidad posible de militares acusados de crímenes contra los derechos humanos, tanto como no se ocupó seriamente de los delitos económicos y administrativos del "Proceso" (eufemismo nacional por dictadura terrorista), la necesaria purga de la administración pública y de justicia, y el desmantelamiento del aparato militar en los cuadros directamente comprometidos con los actos que el propio gobierno parecía repudiar.

Profundizada paralelamente la crisis global de la sociedad; alejado todo fervor posible del pueblo por el peso intolerable del recorte del ingreso y la falta de propuestas transparentes, el gobierno ensayó en su búsqueda de absoluciones desde la desembozada presión sobre los jueces —renuentes a cargar con el peso histórico de sancionarla, ante las evidencias reunidas— hasta el retaceo de información a los tribunales, pasando por la protección concedida a civiles implicados mediante el recurso de convertirlos en agentes militares, mientras descalificaba groseramente a los organismos de afectados y de derechos humanos, tratando de aislarlos de la sociedad, como logró en parte hacerlo la dictadura militar terrorista. Fallidos sus intentos, ante el costo político que impediría al partido de gobierno rubricar su manejo del aparato gubernamental y dirigir el proceso de reinserción en el remodelado mercado mundial, con las canonjías que esto supone, recurrió a limitar en el tiempo la actividad investigatoria, que había trascendido los límites que se había fijado con vistas a subordinar a las Fuerzas Armadas a su política. El hito se llamó "punto final".

Las consecuencias no queridas del dictado de la ley —resistida en la sociedad en sus expresiones más dinámicas en el tema— fue el procesamiento en cascada de militares: los jueces seguían sin querer cargar el costo político de conceder la impunidad a evidentes criminales. La autonomía relativa del derecho funcionaba contra el reduccionismo... del gobierno radical. Consiguientemente, se aceleró el distanciamiento entre los cuadros medios e inferiores de las Fuerzas Armadas de toda subordinación al régimen civil, proliferó la conspiración y se cohesionaron algunos cuadros —representativos del sentir del conjunto— para fijarse un primer objetivo: lograr la impunidad de los más y, eventualmente, el perdón por amnistía de todos los responsables. Estalló la crisis de Semana Santa, en la que se verificó empíricamente que el gobierno no podía contar con la más mínima fuerza militar para reprimir a los que terminó por denominar "Héroes amotinados", después de haber utilizado como moneda de negociación la movilización de la sociedad civil, bien que el **popolo minuto** no fuera protagonista central de las reuniones públicas con las que se repudió el intento castrense.

Después vino la ley de obediencia debida, su defensa a rajatabla por el ejecutivo, su ampliación por el Senado, su declaración de constitucionalidad por la Corte Suprema y las esperables justificaciones, que desembocaron en las declaraciones de los virtuales secretarios militares del gobierno en el sentido de que aún la ley es insuficiente: se buscan la amnistía, la reivindicación de los comandantes y demás condenados y, por fin, el aplauso de los políticos a la guerra contrarrevolucionaria, para **legitimar formalmente la autonomía absoluta de las Fuerzas Armadas respecto del aparato gubernamental**, abrir paso a nuevas guerras contrarrevolucionarias y **santificar la democracia limitada**, en la que las Fuerzas Armadas garanticen la política global norteamericana de contrain-

surgencia. Vendrán más presiones, y más concesiones.

Mientras tanto, el panorama económicosocial adquiere tonos cada vez más oscuros. La política de entrega de los resortes de las finanzas y la economía al capitalismo monopolístico, el acotamiento de las funciones del Estado al sostén del sistema capitalista y a ser dispensador de privilegios económicos, y la progresiva limitación de los derechos de la clase obrera, junto con la irrupción de la crisis en sectores medios y de pequeños y medianos capitalistas, constituye una mezcla explosiva que puede desembocar en estallidos a reprimir por las Fuerzas Armadas si las policiales son "rebasadas" (como diría algún Senador radical en ocasión del primer debate parlamentario sobre la ley de defensa nacional), o bien en un deslizamiento hacia alguna forma de populismo autoritario, algún "fascismo dependiente" para decirlo con cierta licencia de lenguaje. No es halagüeño el panorama. Incluso las próximas elecciones del 6 de setiembre pueden marcar un hito en el cambio de la total desnacionalización de la economía y en el comienzo de una etapa donde se acentúe la coerción estatal, a falta de otro término en la ecuación del poder: el consenso. Quizás no sea tan inmediatamente necesaria la coerción, porque las opciones que se presenten no resulten atractivas al pueblo, que intuye que radicalismo y peronismo realmente existente (el peronismo renovador) globalmente no configuran alternativas reales sino que se diferencian por su estilo más que por sus proyectos; o, mejor aún, conforman un pacto burocrático implícito, al que se busca incorporar a la burocracia sindical y a los capitanes de la industria, a través de un pacto social (burocrático) que no necesariamente será aceptado por las masas.

Y, sin embargo, hay respuestas. Hay respuestas si hay voluntad política de generar alternativas en términos tales que obliguen a la sociedad política a modificar el rumbo, ayudada por la insoportable presión que ejerce la deuda externa sobre cualquier modelo de desarrollo nacional, amenazando a crecientes segmentos de la clase capitalista nativa. Generar propuestas con credibilidad, capaces de ir construyendo una contrahegemonía que oponga al proyecto de la dependencia un modelo alternativo de liberación parece ser el camino indicado para servir los intereses de la Nación, que es tanto como decir los de los trabajadores. Pero esto no es esperable ni del gobierno radical ni de su alternancia presunta con el peronismo. Un **amplio frente** que reúna al conjunto de los partidos políticos populares, incluyendo a sectores de los partidos del pacto burocrático, a movimientos y fuerzas sociales comprometidos con un proyecto liberador, es el camino a recorrer por ahora dificultado por gruesas incomprensiones y sectarismos que limitan sus potencialidades o lo ven como simple expediente coyuntural, desconociendo su naturaleza estratégica.

Este frente no puede, en las actuales circunstancias, constituirse como un simple conglomerado de las fuerzas de la izquierda. Debe incluir en su seno a sectores sociales cuyos intereses inmediatos coinciden objetivamente con lo que representa el intento de construir una **alternativa de poder** que limite primero, y elimine, después, la dependencia. Las fuerzas de izquierda deben comprender que el camino de la profundización de la democracia en la lucha contra la dependencia **apunta** a un Estado y una sociedad incompatibles con el actual modelo de acumulación capitalista y **contiene** los gérmenes de su desintegración y derrota; que hay una confluencia entre los intereses de clase y los intereses nacionales y que sólo superando el ideologismo y reconociendo que el camino pasa por las coincidencias políticas de distintas vertientes ideológicas, filosóficas y hasta religiosas es posible la construcción de un polo alternativo de poder.

Hay compromiso y sacrificio en este sendero. Ni es fácil vencer al todavía poderoso capitalismo central, ni es tarea simple derrotar al periférico, dispuesto más directamen-

te a la respuesta interior violenta. El capitalismo imagina la política como la continuación de la guerra; nosotros debemos visualizarla como la disputa por el poder en los términos de referencia que pongan las relaciones de fuerzas y las conductas de la clase con la que nos confrontamos.

Construir una nueva sociedad no es tarea de sólo una generación. Pero quizá la nuestra sea testigo y partícipe de la nueva alborada.

surgencia. Vendrán más presiones, y más concesiones.

Mientras tanto, el panorama económicosocial adquiere tonos cada vez más oscuros. La política de entrega de los resortes de las finanzas y la economía al capitalismo monopolístico, el acotamiento de las funciones del Estado al sostén del sistema capitalista y a ser dispensador de privilegios económicos, y la progresiva limitación de los derechos de la clase obrera, junto con la irrupción de la crisis en sectores medios y de pequeños y medianos capitalistas, constituye una mezcla explosiva que puede desembocar en estallidos a reprimir por las Fuerzas Armadas si las policiales son "rebasadas" (como diría algún Senador radical en ocasión del primer debate parlamentario sobre la ley de defensa nacional), o bien en un deslizamiento hacia alguna forma de populismo autoritario, algún "fascismo dependiente" para decirlo con cierta licencia de lenguaje. No es halagüeño el panorama. Incluso las próximas elecciones del 6 de setiembre pueden marcar un hito en el cambio de la total desnacionalización de la economía y en el comienzo de una etapa donde se acentúe la coerción estatal, a falta de otro término en la ecuación del poder: el consenso. Quizás no sea tan inmediatamente necesaria la coerción, porque las opciones que se presenten no resulten atractivas al pueblo, que intuye que radicalismo y peronismo realmente existente (el peronismo renovador) globalmente no configuran alternativas reales sino que se diferencian por su estilo más que por sus proyectos; o, mejor aún, conforman un pacto burocrático implícito, al que se busca incorporar a la burocracia sindical y a los capitanes de la industria, a través de un pacto social (burocrático) que no necesariamente será aceptado por las masas.

Y, sin embargo, hay respuestas. Hay respuestas si hay voluntad política de generar alternativas en términos tales que obliguen a la sociedad política a modificar el rumbo, ayudada por la insostenible presión que ejerce la deuda externa sobre cualquier modelo de desarrollo nacional, amenazando a crecientes segmentos de la clase capitalista nativa. Generar propuestas con credibilidad, capaces de ir construyendo una contrahegemonía que oponga al proyecto de la dependencia un modelo alternativo de liberación parece ser el camino indicado para servir los intereses de la Nación, que es tanto como decir los de los trabajadores. Pero esto no es esperable ni del gobierno radical ni de su alternancia presunta con el peronismo. Un **amplio frente** que reúna al conjunto de los partidos políticos populares, incluyendo a sectores de los partidos del pacto burocrático, a movimientos y fuerzas sociales comprometidos con un proyecto liberador, es el camino a recorrer por ahora dificultado por gruesas incomprensiones y sectarismos que limitan sus potencialidades o lo ven como simple expediente coyuntural, desconociendo su naturaleza estratégica.

Este frente no puede, en las actuales circunstancias, constituirse como un simple conglomerado de las fuerzas de la izquierda. Debe incluir en su seno a sectores sociales cuyos intereses inmediatos coinciden objetivamente con lo que representa el intento de construir una **alternativa de poder** que limite primero, y elimine, después, la dependencia. Las fuerzas de izquierda deben comprender que el camino de la profundización de la democracia en la lucha contra la dependencia **apunta** a un Estado y una sociedad incompatibles con el actual modelo de acumulación capitalista y contiene los gérmenes de su desintegración y derrota; que hay una confluencia entre los intereses de clase y los intereses nacionales y que sólo superando el ideologismo y reconociendo que el camino pasa por las coincidencias políticas de distintas vertientes ideológicas, filosóficas y hasta religiosas es posible la construcción de un polo alternativo de poder.

Hay compromiso y sacrificio en este sendero. Ni es fácil vencer al todavía poderoso capitalismo central, ni es tarea simple derrotar al periférico, dispuesto más directamen-

te a la respuesta interior violenta. El capitalismo imagina la política como la continuación de la guerra; nosotros debemos visualizarla como la disputa por el poder en los términos de referencia que pongan las relaciones de fuerzas y las conductas de la clase con la que nos confrontamos.

Construir una nueva sociedad no es tarea de sólo una generación. Pero quizá la nuestra sea testigo y partícipe de la nueva alborada.

Agenda abierta sobre cinco cuestiones

JULIAN LEMOINE

Economista y periodista

Aproximadamente desde hace un año, se han producido grandes virajes en el plano de la economía y la política en el plano internacional y nacional. Obviamente, varios de esos cambios ya habían comenzado desde bastante antes. Sin embargo, en el término de un año han salido a la luz algunos acontecimientos que por su importancia permiten visualizar mejor las tendencias.

Los cambios en cuestión, atañen a una decena de problemas, de los cuales abordaremos sólo cinco en este artículo, dejando el resto para otra nota.

Por lo tanto, nos remitiremos a analizar:

- 1) La aparición de una nueva línea política en la URSS y el escándalo "Irán-Contragate";
- 2) el agravamiento de las contradicciones interimperialistas;
- 3) la militarización de las democracias tuteladas en América Latina;
- 4) el agrioramiento de la Inquisición en el Vaticano;
- 5) el aumento de las contradicciones interburguesas en la Argentina;

Las modificaciones producidas en todas estas cuestiones han repercutido fuertemente en lo societal argentino durante 1987, dentro de lo cual se inscribe la profundización de la crisis orgánica en el país y los sucesos de Semana Santa. Por ello es que comenzamos con estas cuestiones.

1. Ahora bien, en primer término, dos vocablos rusos como *glasnot* (transparencia) y *perestroika* (reforma-reestructuración) son tomados en todo el mundo como las palabras-ideas-fuerza de los cambios que se están produciendo en la Unión Soviética. Dejando de lado otras implicancias de esta cuestión —como el problema paz-liberación— para una próxima oportunidad, los cambios en los criterios de gestión económica y el aliento al debate público-mayor acceso a la información por parte de la población soviética, como hechos de la vida política interna, han tenido un correlato hacia el exterior manifestándose primordialmente, en una importante política de desarme nuclear. Así, siendo la paz mundial uno de los problemas más cruciales de la humanidad, la Unión Sovié-

tica en ese punto, ha tomado la iniciativa en la arena política mundial, colocando en una situación de defensiva a los Estados Unidos. Un país cuya praxis e imagen mundial es sinónimo de militarismo, en tanto que sus presiones sobre Europa y Japón para un mayor rearme son resistidas cada vez por más amplios sectores sociales, y en consecuencia, el rearme europeo y japonés no se está realizando con el ritmo esperado por la Casa Blanca.

Esta última problemática, se encuentra estrechamente ligada al affaire "Iran-Contragate". Un escándalo político que ya lleva 10 meses de duración, y por ende, algo mucho más profundo que una tournée de los medios de comunicación, la CIA y el gobierno norteamericano. En efecto, el "Irán-Contragate" estalla en momentos en que el déficit fiscal, comercial y de balanza de pagos en los Estados Unidos ha llegado a un límite muy peligroso para ese país.

Es decir que, el affaire perdura tanto tiempo, porque tiene como marco unas Reaganomics que hacen agua; por lo tanto, sólo puede ser explicado en cuanto a su duración y alcances, a la luz de las luchas internas económicas y políticas en el seno mismo del gran capital norteamericano en particular y de la fuerte lucha interburguesa en general, desatada en los Estados Unidos por la política personificada en Ronald Reagan. En buena medida, el epicentro de este affaire tiene como verdaderos protagonistas que luchan entre sí dentro del Imperio, a los partidarios de seguir potenciando la recomposición de la hegemonía norteamericana —"Unilateral vision"— a cualquier costo, y quienes buscan una salida mediante una vuelta a un mayor Trilateralismo (1). Esta cuestión en particular encierra otras problemáticas. Internamente, como la guerra bancaria (entre los grandes bancos comerciales, la banca de inversión y la mediana banca comer-

cial); la guerra petrolera (entre las Siete Hermanas y el resto de los pulpos del oro negro); la lucha entre la burguesía agraria y los contratistas del complejo militar-industrial, más otras contradicciones en Estados Unidos como las que atañen a la reconversión industrial. Externamente, y lo más importante, a la relación entre las grandes corporaciones y el conjunto de la burguesía de los Estados Unidos, Japón y Europa.

2. Ocurre que las contradicciones interimperialistas, lejos de atenuarse se han incrementado. La internacionalización del capital que puede ser rápidamente ejemplificada en el hecho de que un 4% de la producción japonesa ya se realiza en el exterior, mientras que los Estados Unidos y Alemania Occidental producen el 20% en ultramar, ha operado como un verdadero acelerador de las contradicciones interimperialistas (2). La internacionalización del capital que socava por abajo a los Estados-Nación los refuerza por arriba. La concurrencia cada vez más violenta por la disputa de mercados aumenta la agresividad del imperialismo. El "desmantelamiento" del Estado no significa otra cosa que un cambio en el carácter de esos Estados. Se "desmantela" todo lo que tenga que ver con el Welfare State (salud, viviendas, etc.) y se refuerza directamente, el aparato militar, el aparato represivo del Estado. Los gastos militares de los países altamente industrializados que en 1975 eran de 700.000 dólares por minuto; 41,6 millones de dólares por hora; 1.000 millones de dólares por día; en 1985 fueron de: 1,66 millones de dólares por minuto, casi 100 millones de dólares por hora y 2.397 millones de dólares por día (3). Es decir que han aumentado 2,4 veces en 10 años. Correlativamente, el mundo capitalista vive hoy su quinto año de crisis agrícola, la más grave depresión desde hace medio siglo. El hundimiento del precio de las materias pri-

mas es de tal envergadura que en algunos casos habría que remontarse a mediados-fines del siglo pasado para encontrar precios tan bajos. Desde fines de los años sesenta, pero en especial desde la crisis de 1974/75 la acumulación del capital se hizo con una rapidez cada vez más grande, de tal forma que la ampliación de la producción no pudo seguir el ritmo de la acumulación. Cada vez fueron existiendo menos puntos de inversión lucrativos para el capital disponible que entonces se volcó a las fusiones y a la especulación. Internacionalización del capital y crisis agrícola. Internacionalización y desaceleramiento de la producción industrial y del comercio mundial. Tal el cuadro internacional. El fracaso de la Cumbre de Venecia fue solo la punta del iceberg en cuanto a las contradicciones interimperialistas se refiere. Poco después de Venecia, dos hechos pusieron de manifiesto la gravedad de esas contradicciones. En lo económico, a través de la expulsión del símbolo de los zaibatsu japoneses —Toshiba— del mercado norteamericano. En lo político, a través de la negativa de Bonn a participar junto a los Estados Unidos en sus aventuras militares dentro del Golfo Pérsico. La exacerbación de la competencia intermonopólica con sus guerras comerciales está a la orden del día con las profundas y sucesivas devaluaciones-revaluaciones de las monedas internacionales, de los dumping, elevación de aranceles y reglamentos de "calidad"; en fin, el pasaje del free trade (libre comercio) al fair trade (comercio limpio) no es otra cosa que un punto de inflexión: de la tendencia hacia el libre-cambismo a el recrudescimiento del proteccionismo. En concordancia a esta situación se consolidan tres grandes zonas monetarias: la del dólar en toda América (exceptuando Cuba y quizás Nicaragua); el marco y la unidad monetaria europea (el ECU) que gira alrededor de



esa divisa; y por último, el yen en el sudeste asiático.

Es decir que, los signos de sobreproducción que eran visibles en toda la economía capitalista a fines de 1986 se están haciendo más evidentes en 1987, en un momento donde la posibilidad de acelerar la carrera armamentista —que en alguna medida opera como medio moderno del capitalismo para reemplazar la falta de nuevos mercados— se encuentra trabada por la imposibilidad de incrementar el déficit fiscal norteamericano, que está disminuyendo. Estos preanuncios de una nueva crisis mundial de superproducción como la de 1974/75 y la de 1980/82 va acompañada por la perspectiva de un crack bursátil, bancario y/o la crisis financiera. En efecto, desde 1969/71 cuando estalló por el aire el sistema financiero internacional basado en Bretton Woods, la internacionalización del crédito ha llegado a tal

punto que los flujos monetarios cada vez más están fuera del control de los bancos centrales de los países imperialistas. En un mundo de especulación, ¿que mejor lugar para entronizarlo que revitalizando la Bolsa? El viejo barómetro de las finanzas ha salido a escena, a través de los sucesivos Big Bang ("desregularizaciones") de las bolsas de valores, al compás de la más amplia separación entre la producción, el comercio de mercancías y el comercio de dinero. Donde éste hoy se potencia como comercio de valores (públicos y privados) a límites jamás vistos. La especulación bursátil de los años veinte es un juego de niños al lado de la actual. Sólo en los Estados Unidos las emisiones se duplican año a año. Emisiones que significan una "nueva" forma de encontrar crédito barato por el gran capital, mientras que las cada vez más importantes operaciones a futuro (bolsas a futuro) dentro de la Bolsa, permiten a las multinacionales participar de un mercado sin poseer acciones o mercancías. Así, en la medida que el crédito se separa de la inversión y el consumo convirtiéndose en pivote de la especulación, se ha creado una masa de capital ficticio ya casi inmanejable para el capitalismo que está sentado sobre una montaña de deudas impagables. Los más lúcidos representantes de la intelligenzia imperialista son quienes más alertan sobre una situación donde, la relación de las deudas con las divisas era de 15 a 1 en las vísperas de la Gran Depresión, mientras que en la actualidad esa relación es de 30 a 1.

Así, sintetizando esta problemática, se están creando las condiciones para que en un plazo no muy lejano, converjan en un mismo tiempo una crisis de sobreproducción y una crisis financiera. Dado lo peligroso de una situación de esa índole, equiparable a una Segunda Gran Depresión, los distintos estados imperialistas buscan desesperadamente con-

cretar mecanismos de regulación para que operen como medio anticíclico y desembocuen en una u otra crisis. Al respecto, y como tendencias que anulen lo anterior, aún es muy temprano para apreciar la rapidez-posibilidad de: a) una mayor integración entre los Estados Unidos y Japón, el "Amerippon" como proponen algunos de los Trilateralistas; y, b) una fuerte integración entre la Comunidad Económica Europea (CEE) y el Consejo de Asistencia Mutua Económica (CAME).

3. Para comprender la militarización de las democracias tuteladas en América Latina, es necesario ver los dos cambios que se producen en los últimos cinco años en la política exterior norteamericana, y el actual punto de inflexión. Con la guerra de Las Malvinas en 1982 se abre un nuevo ciclo en toda América Latina y el Caribe, en el final de una fuerte recesión internacional (1980-1982). El imperialismo primero adopta dos tácticas: 1) la guerra abierta en Centroamérica y el Caribe; 2) la línea de las democracias "controladas" (restringidas) en América del Sur.

De esta manera, a partir de 1983 comienza la guerra abierta contra Nicaragua, la ocupación militar de Honduras y El Salvador bajo el eufemismo de "maniobras", cooperación de "instructores" e instalación de bases militares. Las mantanzas se duplicaron en la zona, como las que vivió especialmente Guatemala. En 1983 Estados Unidos invade Granada: la nueva versión del "big stick", los Conflictos de Baja Intensidad, se transforman en ley para Centroamérica.

En América del Sur, aleccionados por los resultados de Malvinas, es planificada la retirada de los distintos ejércitos de ocupación nativos de los gobiernos a los cuarteles. El ciclo arranca en Bolivia en 1982, casi inmediatamente en 1983 en la Argentina, luego Uruguay en 1984 y el Brasil en 1985. Se buscaba

así, legitimar el nuevo modelo de acumulación desarrollado desde los años setenta. A la vez, con el cambio de la visión "trilateral" a la "unilateral" se produce un cambio de giro estratégico en la política exterior global de los Estados Unidos, que tendrá su punto máximo con el intento de poner en marcha la Guerra de las Galaxias. A mediados de 1985, el correlato hacia el Tercer Mundo en el giro de la política exterior de Estados Unidos, es lo que popularmente se ha denominado como "Doctrina Reagan". Con ésta, los Estados Unidos ya no se plegarán a la defensa de las dictaduras "autoritarias" como mal menor frente a los embates de las rebeliones internas de los pueblos. Esta política que habrá sido justificada por Jeanne Kirkpatrick, fue reemplazada por una nueva orientación, en la cual Washington debe prepararse para propiciar cambios de gobierno aliados, cuando éstos se encuentren amenazados por el descontento social interno, y presionados por la opinión pública internacional. Tratándose de preservar en última instancia el control político de los países en cuestión. Tampoco se insistirá en manejar de manera "encubierta" los objetivos y la implementación de las guerras contrarrevolucionarias auspiciadas por los Estados Unidos. Por el contrario, la Administración Reagan propone con su planteamiento doctrinario, elevar al nivel de una política oficial pública, lo que antes había sido el "trabajo" secreto de la CIA. Se hizo necesario no solamente aumentar y legitimar este tipo de prácticas políticas, se hizo más, convirtiéndolas en una bandera.

De esta forma, se elevó la intervención directa (abierta y encubierta) que de selectiva, pasó a ser masiva por parte de las fuerzas armadas estadounidenses, según el grado potencial del conflicto. Simultáneamente, esta estrategia hacia los países del Tercer Mundo, denominada Conflicto de Baja Intensidad, revalo-

rizó la Doctrina de la Seguridad Nacional en el plano nacional. Correlativamente, se diluyó la división entre lo militar y lo civil bajo el concepto de guerra total (4). ¿Por qué? A la actual fase económica de hegemonía del capital financiero, le corresponde en el plano militar un importante rol a la Inteligencia. Desde el momento en que la ciencia se ha transformado en capital y que el indicador más claro para medir el avance de una multinacional es el **quantum** de lo que destina a la Investigación, su correlato en el plano militar es el grado de importancia de los sectores de Inteligencia, más aún en el caso de que la hipótesis de conflicto permanente es el **enemigo interno**, es decir, el pueblo. El capital financiero que levanta con orgullo su bandera de "Contrarrevolución Conservadora", pugna por la destrucción de la solidaridad de los trabajadores, empezando por la destrucción de los sindicatos. Ergo, busca destruir todas las formas de la solidaridad (sindicatos, organismos humanos, centros estudiantiles, etc.), que se le oponen en su camino para elevar la tasa de ganancia y ejercer su reinado sin oposición.

En consecuencia, las tareas de detectar organismos solidarios, de cruzar y relacionarlos con individuos, partidos, etc., lleva a revitalizar todas las tareas de la rama de punta que controla la computación. A esto debe agregársele como central, la lucha por las ideas —bajo una nueva concepción del espacio-tiempo— por el control de la ideología, que adquiere un nuevo piso, dado por el carácter de la DSN como **defensa de una frontera ideológica** ("los valores tradicionales de nuestra forma de vida") para lo cual se desarrolla la **guerra psicológica** como importante medio. Esto lleva a contratar sicólogos sociales, sociólogos, economistas, juristas, técnicos en computación, diagramadores, programadores, demógrafos, expertos en relacio-

nes industriales, y otros que se convierten en algo más que una mera fuerza auxiliar dentro de las FF.AA. Significa incorporar el trabajo intelectual civil, una suerte de incorporar el trabajo político al militar. Así, con prisa y sin pausa, bajo la concepción de **guerra total** de los sectores más reaccionarios del gran capital imperialista, se tiende hacia la militarización de toda la sociedad civil. Junto a ello, esa visión obliga a que por el carácter de su lucha, se dispute la adhesión política de las masas, vía la politización del discurso que encubre la represión. Por ende, a la estrategia de la guerra total le corresponde en el plano institucional, la vigencia de las **democracias restringidas o tuteladas**. Así como el taylorismo significó la constitución de una estructura piramidal-militar en las fábricas durante el fordismo, así también en la actualidad el mayor control sobre el asalariado en fábricas y oficinas (sobre ritmos e intensidad del trabajo, etc.) se extiende sobre el **ciudadano** en general, y en particular sobre las barriadas populares donde habitan los ciudadanos de segunda clase y en las villas de emergencia donde sobreviven los ciudadanos de tercera clase: desempleados, semi-proletarios y semi-asalariados.

En consecuencia, con la tendencia hacia la militarización de toda la sociedad, no hay mayores problemas en mantener un **poder formal institucional**, en tanto que el **poder real** queda en mano de las City y de los militares.

La Democracia Restringida en Latinoamérica no es sólo una necesidad coyuntural de blanquear a los militares como último bastión, sino que es una necesidad estratégica surgida de un planteo, cuya naturaleza busca identificar a la Democracia con la "desregulación" de la economía y con el "desmantelamiento" del Estado. Con el poder establecido. De tal forma que, todos aquellos que se oponen a esa "desregulación", a las "pri-

vatizaciones" o sea que, todos aquellos que se opongan a la desnacionalización de sus países levantando banderas de autodeterminación nacional, sean identificados como los "totalitarios".

Venezuela y Colombia ya han entrado por esa senda. En el Uruguay, los militares actúan como una verdadera guardia pretoriana. En Bolivia los obreros del petróleo, gas, mineros del estaño y otros trabajan directamente bajo control militar. Están militarizados. En Brasil ha comenzado un proceso de bordaberrización del poder. La capacidad de arbitraje del estado reposa en las FF.AA. Como dijo un agudo hombre de armas brasileño, el Brasil es en la práctica un gobierno militar con un presidente civil, ya que el gobierno para implantar su modelo coreano se reclina cada vez más en las FF.AA.

A la vez, así como por ahora no es posible hablar con propiedad de una invasión norteamericana a Latinoamérica, así también es visible que hay esbozos de una tendencia preocupante en cuanto a su presencia militar en el continente. Honduras es en la práctica, un país ocupado por el ejército norteamericano. Miles de soldados yanquis efectúan ejercicios regulares con el ejército hondureño en maniobras donde, cada vez que termina una empieza otra y así de seguido. Ergo, todo el año bajo maniobras.

En Panamá, los Estados Unidos que buscan quedarse con el canal transoceánico cuyo arriendo vence en pocos años más, donde a la vez hay una moratoria de la deuda externa de hecho y donde se ha levantado el secreto bancario, los norteamericanos continúan desestabilizando al gobierno, y como medio de poder atacar libremente desde el sur a Nicaragua con las tropas que ya tienen instaladas en el Canal. Y obvio, como forma de separar Centroamérica del resto del Continente en caso de conflicto bélico abierto en la zona.

En Ecuador, so pretexto de reparar obras viales y oleoductos dañados por inundaciones y movimientos sísmicos, antes 6.000 y ahora 15.000 soldados norteamericanos deambulan diligentemente en el país, a un paso de una Colombia convulsionada. En Perú y Bolivia bajo el pretexto de la lucha antidroga, hace pocos meses se vió desplazar a los helicópteros norteamericanos en lejanas zonas de esos países. Ahora en Bolivia ya hay aprestos para realizar maniobras conjuntas con el ejército boliviano en el norte de ese país. Por último, mientras en el Pacífico y frente a Chile, los Estados Unidos tienen arrendada la Isla de Pascua a la armada y aviación norteamericana; en el Atlántico sobre Malvinas está la fortaleza de sus aliados ingleses.

Obviamente a toda esta situación hay que sumarle el affaire "Iran-Contragate" donde un importante sector del capitalismo norteamericano pugna por cambiar esta situación. Sin este aval habría sido más que dudosa la realización de la Conferencia de Esquipulas en Centroamérica buscando la paz en la región. Sucede en última instancia que, muchísimos sectores de la burguesía al norte y al sur del Río Bravo, desde Alaska hasta Tierra del Fuego, comprenden que una agresión directa de Estados Unidos a Nicaragua sería una locura que pondría a toda América Latina y el Caribe en una situación imprevisible por sus consecuencias.

4. Internacionalmente, el ascenso de Karol Wojtila como Juan Pablo II, es el resultado de la correlación de fuerzas en el seno de la cúspide (los cardenales) de la Iglesia, para pegar un golpe de timón hacia la derecha en la Iglesia Católica. En esta se habría institucionalizado luego de la apertura de Juan XXIII y bajo el reinado de Paulo VI y el cortésimo y fatal de Juan Pablo I, la corriente denominada popularmente como Iglesia "tercermundista", que en forma progresis-

ta ha reivindicado y sigue levantando lo que se conoce como Teología de la Liberación. En particular, esta corriente se encuentra firmemente asentada con el único continente —América Latina— donde la Iglesia Católica tiene fuerte peso. En la práctica, Wojtila es un cruzado de la derecha de la Iglesia que enfiló sus denuestos contra tercermundistas y el clero progresista de Canadá y Europa (en especial el de Holanda) reafirmando su "infabilidad".

Juan Pablo II ha significado un descenso del poder interno de los jesuitas y la ampliación de dos sectores (órdenes religiosos) reaccionarios de la Iglesia: el Opus Dei y el grupo Comunión y Liberación. Lejanos aparecen los días del Concilio Vaticano II (1962-1965) cuando Paulo VI dijo "deseamos personificar al Cristo de los pobres y los hambrientos". La línea de Juan Pablo II es bien opuesta a la anterior: atacar a los teólogos de la liberación, colocar al cristianismo y al marxismo en términos de absoluta incompatibilidad; apadrinar al clero reaccionario; ser el artífice espiritual de las retiradas ordenadas de los gobiernos militares cuando deben irse y de la "reconciliación" del pueblo cuando éste le pide cuentas a los genocidas.

Nada casual por cierto, ya que Wojtila impulsa una **doctrina social** que hoy en día, no es otra cosa que la propaganda del "capitalismo popular". Es decir, de la compra de acciones por parte de sectores populares a los que se les hace soñar con que son dueños, en parte, de las empresas.

Coherentemente con esa situación, de la crítica abierta a los precursores de la teología de liberación en 1984 como el peruano Gustavo Gutiérrez y de sus partidarios más destacados como el brasileño Leonardo Boff en 1985, ha pasado a su persecución a través del agioramiento tecnológico de la Inquisición. Así como los conflictos de baja intensidad están a

la orden del día en el corazón del imperialismo —en Estados Unidos— con su correlato de militarización de las sociedades civiles en el Tercer Mundo, así también en el Vaticano toma nuevos bríos la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fé (Inquisición). Pareciera que de la mano del aumento del capital ficticio, aumenta la irracionalidad. Ahora y en la práctica, el control militar en su grado inferior (policial) dentro de la Iglesia es llevado a cabo por la Inquisición, a través de la creación de un sistema computarizado mediante el cual, se procesa la ficha eclesiástico-policia de todos los sacerdotes que en Latinoamérica apoyan la Tecnología de la Liberación, con terminales a ser instaladas en una primer fase, en Buenos Aires, Río de Janeiro, Ciudad de México y Santo Domingo. A la vez, está proyectado que luego haya terminales en todas y cada una de las diócesis latinoamericanas. En este fichero se almacenarán todos los datos personales de esos sacerdotes, sus obras publicadas, las conferencias pronunciadas en diversas partes del mundo e incluso el número de asistentes a cada una de estas conferencias y otros detalles más (5).

Es obvio que para realizar el conteo de los participantes a las conferencias alguien tiene que estar presente... Con lo cual, las tareas de Inteligencia-computarizadas llegan a la Iglesia, en el preámbulo de la constitución de un nuevo Index. 5. Tres son las fuerzas que convergen hacia el aceleramiento de las contradicciones interburguesas en el país. En primer término, las que atañen a la dominación imperialista sobre Argentina. En segundo lugar, al nuevo realineamiento del gobierno en su política exterior, y por último, al impacto de las contradicciones interimperialistas en el país. Un cuarto problema inscripto también dentro de las contradicciones interburguesas, es el que atañe al modelo de acumulación

y su legitimación en el Estado. Es decir, a las contradicciones en el seno de la sociedad política y por ende, a las relaciones entre el Poder Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial y el Ejército. Vemos cada una de estas cuestiones. Por un lado, la deuda externa como centro económico actual de la cuestión nacional, tiene la virtud de potenciar los choques entre las distintas fracciones burguesas, ya que prácticamente todas verbalmente están a favor del pago, a lo sumo incorporando algún regateo, pero ninguna en concreto quiere pagar. Ni los que efectivamente contrajeron esa deuda ni los que no lo hicieron. Todas transfieren el problema al Estado quien al haberla estatizado, resuelve el problema bajo dos formas de impuestos: el inflacionario y el no inflacionario (incrementos de impuestos indirectos, tarifazos y control salarial). Empero, como es bien conocido, la deuda es sólo el envoltorio de un paquete mayor: la reconversión industrial, apertura comercial-financiera y desnacionalización del aparato productivo estatal y privado. O sea, el medio financiero que posibilite rearticular el país al mercado mundial con un nuevo perfil productivo (6).

Aquí empiezan a despuntar en serio las contradicciones interburguesas, ya que ello implica acelerar el proceso de centralización-concentración-desnacionalización del capital que viene produciéndose en forma acelerada desde hace unos treinta años y en especial desde hace una década. Sin embargo resta mucho aún por terminar en ese camino.

En efecto, si bien es importante tener presente que la mediana burguesía industrial no constituye una clase a nivel nacional entre otras razones de peso por su ruptura interna en cuanto a autoconciencia y organización, no es desdeñable aún el peso que en la economía nacional tiene desparramado por el país, la pequeña y mediana propiedad industrial.

A mediados de los años cincuenta, las sociedades anónimas representaban el 33% del valor de los bienes y servicios producidos en el país en el sector industrial, en tanto que el resto del 67% era producido por empresas que no estaban constituidas como sociedades anónimas. La correlación de fuerzas en la burguesía industrial en 1984 era la siguiente (7):

Total de Establecimientos	
(en %)	
	3
	97
Total de Trabajadores empleados	
(en %)	
	44
	56
Producción Total	
(en %)	
	56
	44

El lector puede apreciar que si bien la concentración es muy alta, aún el peso de la pequeña y mediana propiedad industrial es importante en cuanto a su participación en la producción y en la mano de obra empleada. Dado el incesante ritmo de quiebras, y teniendo en claro que los sectores de la Oligarquía Financiera Nativa (OFN) y del capital financiero extranjero cada vez más buscan una mayor participación en el mercado a través de una expansión horizontal en los primeros e incluso en los segundos, es previsible un fuerte aumento de la lucha en ese sector. Máxime cuando tenemos presente que de toda la producción industrial, sólo el 7% es destinada al mercado externo mientras que el 93% restante es volcado en el mercado interno. Por ende, la verdadera lucha no es por la participación en el pelotón del exclusivo club exportador industrial, sino que es por la conquista del mercado interno esencialmente. A diferencia de lo que sucede

en la industria, en el agro sí existe una fuerte burguesía nacional. El agropower que empuja el capital financiero nativo asociado al extranjero, descansa sobre una importante burguesía agraria aliada. Parte de ésta aparece como miembro de Confederaciones Rurales Argentinas (Carbap incluida) y otra está inserta bajo el manto del cooperativismo (Coninagro y la FAA). Lamentablemente no contamos por ahora con los datos que puedan ilustrar la real correlación de fuerzas en el agro, pero un dato importante del peso de todo el sector cooperativo se puede ver en el siguiente cuadro:

AGRO (8)				
	1282	Pro-	Comer-	Expor-
	coopera-	duc-	cializa-	tan
	tivas	ción	ción	
Cereales	s/d		46%	20%
Leche	40%		40%	50%

Estas casi 1.300 cooperativas con 460.000 productores adheridos, agrupados en 13 organizaciones de segundo grado, obtienen similares índices a los mencionados en el cuadro anterior, en dos productos que como el algodón y la yerba mate se encuentran inmersos en la crisis más profunda del siglo. En síntesis, aquí también es bastante previsible una agudización de las luchas interburguesas que enfrente primero a la pequeña propiedad contra el resto que cada vez más se irá cohesionando en torno al denominado complejo agroindustrial que la Sociedad Rural Argentina alienta como parte y polea de transmisión en el agro, de la Oligarquía Financiera Nativa y el capital financiero internacional. Es decir que, el capital irá continuando su línea expropiatoria sobre la renta. En el plano de la actividad bancaria también queda mucho por concentrar-centralizar aunque el "enfrentamiento" tiene como eje la rapiña del área estatal. Por lo tanto, no es aquí donde radica el enfrentamiento interburgués más importan-

te dentro de las finanzas. El área en cuestión son los seguros, único sector que se ha mantenido prácticamente intocado por el proceso de concentración y centralización operado en las finanzas. Para tener una idea de la importancia actual de las pequeñas y medianas compañías de seguros, baste decir que la cantidad de compañías aseguradoras por cada 1 millón de habitantes es de: 0,6% en México; 0,8% en Brasil; 2% en Colombia; 3% en Venezuela y 8% en Argentina.

Sintetizando en alguna forma esta problemática industrial, agraria y financiera, aparecen dos datos claves. Uno económico:

Total del crédito (9)	
% de Deudores	Acceso al Crédito
1	50%
99	50%

Es decir, una concentración del crédito de tal envergadura que impide toda posibilidad de fuerte acumulación a la pequeña y mediana burguesía, bloqueada a la vez desde el Estado por un mayor control fiscal y de precios.

El otro dato es político. Salvo en algunos intersticios que les deja en determinadas ramas el capital financiero, ni la pequeña ni la mediana burguesía son precisamente un sector en ascenso. Entonces, junto a su situación económica concreta, el objetivo que persigue es sólo tratar de sobrevivir, renegociando un lugarcito bajo el sol que es el máximum de su conciencia y sin organizaciones políticas eficaces que respondan directamente a esos intereses.

Obviamente, éstas no son las condiciones para la victoria de una fracción social.

Por otra parte, el nuevo realineamiento del gobierno en su política exterior está íntimamente ligado al impacto de las contradicciones interimperialistas

en el país. En Junio de 1985 el Plan Austral debutó como el banco de prueba del plan norteamericano que en Octubre de ese año en Seúl tomaría el nombre internacional de Plan Baker. La función de éste apuntó a resolver tres cuestiones de Estados Unidos. Primero, salvar a los grandes bancos comerciales de su hundimiento, achicando la relación préstamos insolventes-capital de los bancos, utilizando entre otros mecanismos el impulsar un fuerte mercado secundario de los bonos. El segundo, fue exigir las refinanciaciones a los créditos - atados a cambios en la estructura económica. Es decir, a la desnacionalización de importantes sectores productivos del Tercer Mundo (estatales y privados) bajo los eufemismos de "privatizaciones", "desregulaciones" y "apertura comercial-financiera", creando de esta forma mejores condiciones para la constitución de mercados cautivos para los Estados Unidos. El tercero, reorientar los flujos comerciales de los países del Tercer Mundo, para poder concretar el punto anterior. Para el cumplimiento del primer punto, el país fue puesto en función de una sola cuestión: pagar la deuda. Para concretar el segundo punto se aceleró la privatización periférica del Estado, y luego directamente se cambió la composición del gasto público. Esto fue importante, ya que el gasto público es simultáneamente una palanca de poder, de mando, que de acuerdo a su composición, volumen y orientación favorece a tal o cual sector específico de la población. Después se pasó ya a la privatización de distintas ramas del Estado. Pero en ese interín, existía un problema previo a resolver y es que, la cuestión del pago de la deuda estaba íntimamente ligada a la orientación del comercio exterior del país. De esta forma, la política exterior argentina y su política interior vivían en perma-

nente cortocircuito. ¿Por qué? La particularidad latinoamericana de nuestro país residía en que dependía comercialmente en alta medida de la Unión Soviética y financieramente de los Estados Unidos. Para pagarle a éste debía venderle más y más a aquel. Claro está, la Unión Soviética planteaba compensar un superávit altísimo favorable a la Argentina, vendiéndole sus productos. Esto generó fuertes problemas no sólo económicos, sino esencialmente políticos. La relación comercio exterior-política exterior argentina se convirtió en una polea de transmisión explosiva sobre la política interna del país.

Detengámonos un poco aquí. Históricamente las relaciones argentinas-estadounidenses fueron entre regulares y malas. A principios de siglo, Argentina y Estados Unidos eran competidores en el mercado mundial. En los años treinta, el Pacto Roca-Ruciman continuó privilegiando a la Argentina como semicolonía de Gran Bretaña. En los años cuarenta, la neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial ponía histórico a los Estados Unidos mientras Churchill agradecía la "montaña de carnes y granos argentinos" simultáneamente que el Estado Mayor del ejército contrataba técnicos nazis al igual que luego haría los Estados Unidos. Aún a mediados de los años cincuenta la Argentina continuaba oscilando entre un realineamiento detrás de Gran Bretaña o Estados Unidos. En los años sesenta y setenta, la Argentina quedó integrada bajo la órbita norteamericana, pero con una influencia del capital europeo de tal envergadura que actuaba como contrapeso del capital estadounidense. En 1973 se ensayó la apertura al Este. Es decir que, durante décadas la lejanía geográfica de las grandes rutas comerciales, el estar ajeno al Pacífico y ser semico-

lonia inglesa, le dió a la Argentina una cierta autonomía frente a Estados Unidos, hechos reforzados por la existencia de una temprana y fuerte burguesía nativa. Más precisamente, por una Oligarquía Financiera Nativa íntimamente ligada a Europa donde realizaba importantes inversiones, a diferencia de su par chilena que lo hacía en los Estados Unidos. Después la Guerra Mundial y el peronismo. Más tarde una mayor dependencia de insumos europeos y el reequipamiento militar ligado a Europa y la cuestión nuclear, por último Las Malvinas. Cuando subió el gobierno radical en 1983 se encontró con que la dictadura le había dejado como principal partenaire comercial a la URSS. Lo que había sido una cuestión coyuntural de filiales multinacionales de los granos, donde algunos de esos directivos eran los hombres claves del staff económico del Proceso (Klein, Whebe y otros) se convirtió en un problema político-militar en momentos que los Estados Unidos impulsaban su "Unilateral vision".

En primer término, desde un punto de vista económico-comercial, los Estados Unidos envueltos en la guerra agrícola con la CEE, directamente querían la vuelta a su territorio del mercado soviético que coyunturalmente tenía la Argentina. En segundo lugar y en el plano político, una cosa era que le vendieran granos a los soviéticos una dictadura ferozmente antimarxista y otra muy distinta el gobierno radical. A éste los soviéticos, apremiados por la caída del precio del petróleo (uno de los principales rubros de sus exportaciones y por ende de adquisición de divisas) le planteaban que seguirían comprando granos a cambio de mayores importaciones suyas. Los Estados Unidos no estaban dispuestos a permitir la entrada de productos soviéticos en el sur de su "patio trasero". En el plano

militar, los Estados Unidos no querían la llegada de buques soviéticos a estas costas en momentos en que Chile vivía fuertes momentos anti-Pinochet y donde el eje central de la diplomacia argentina —Las Malvinas— estaba irremediado.

Para pagar había que vender más al exterior en momentos donde la repulsa al Plan Austral iba en crescendo, repitiéndose los paros generales de la CGT. La visita de Alfonsín a la URSS y Cuba en octubre de 1986 para ampliar los lazos comerciales, tuvo como respuesta: a) en lo interno, la crisis del Banco Alas impulsada por la banca acreedora, amenazando producir un crack bancario. El gobierno cede reemplazando a Concepción en el Banco Central, un hombre ligado a la vieja guardia de la otrora burguesía nacional, y lo reemplaza por un staff ligado en algunos casos y en otros salido directamente de quien dirige el Steering Committee de la deuda externa: el City Bank. b) en lo externo: la ampliación de la "zona de exclusión" de las Malvinas por parte de Gran Bretaña. Estas dos respuestas tienen un hilo en común: los acuerdos pesqueros con la URSS. Estos retrotraen en cuanto a punto álgido de la política exterior argentina, a la Guerra de Las Malvinas. Por un lado, por encima de otras consideraciones, Malvinas es la expresión de un hecho colonial en nuestro territorio. Por el otro, la cuestión de las pesquerías —de una importancia económica similar a la de las exportaciones actuales de carne— fue considerada por algunos "como una provocación similar al momento del conflicto bélico donde se insinuó un desalineamiento del bloque occidental" (10).

Uno de los monjes grises del capital financiero en Argentina, Ricardo Zinn, autor del Rodrigazo en 1975 y destacado asesor de los bunker del liberalismo argentino (AIP, CEA) resumía lo que

pensaba la clase dirigente argentina sobre esos acuerdos: "me parecen un disparate, la Unión Soviética no hace acuerdos económicos, hace solamente acuerdos políticos..." (11). La UceDé por boca del señor Clérico, exigía que se definiera el realineamiento argentino internacional, ya que Argentina para él tenía que ser "un satélite de Estados Unidos".

El resultado de esta situación, es el desenganche argentino del comercio soviético y la reorientación del comercio exterior argentino mediante el aceleramiento de la Integración Argentina-Brasileña y el Plan Okita de los japoneses. Brasil y Japón deberían reemplazar a la Unión Soviética como mercado, para encontrar allí las divisas necesarias para pagar la deuda. Pero este esquema que se encuadra dentro del Plan Baker, se desarrolla en momentos en que estalla el "Iran-Contragate". Simultáneamente, la lucha por el mercado informático y de telecomunicaciones argentino-brasileño (que guarda la misma importancia que a principios de siglo tenían los ferrocarriles) se potencia entre multinacionales norteamericanas, japonesas y europeas. En Argentina, distintos miembros de la Oligarquía Financiera Nativa hacen alianza con unos y otros. Así, las contradicciones interimperialistas se potencian dentro del país (y por la lucha de la renta petrolera y gasífera) saliendo a la luz algo que se venía incubando ya atrás: parte de la clase dominante empieza a ver en el Japón a la nueva metrópoli, en forma similar como otra veía a los Estados Unidos a fines de los años treinta, cuando aún era hegemónica Inglaterra en Argentina. Las contradicciones interimperialistas empiezan a estallar en el país, cual espejo distorsionado de la lucha entre "unilateralistas" y "trilateralistas" en Estados Unidos, Europa y Japón.

Mientras tanto, luego de la ampliación de la "zona de exclusión" de Malvinas, la Argentina vota en las Naciones

Unidas negándose a investigar "presuntas violaciones a los derechos humanos" en Cuba. El general norteamericano Vernon Walters, representante de los Estados Unidos en ese organismo, calificará el voto argentino como una "afrenta a las Naciones Unidas" (12).

De esta forma, bajo un encuadre general de fuertes contradicciones interimperialistas e interburguesas en la Argentina, y en el medio de un realineamiento exterior sin definir, es que pocos días después viene el Papa y luego estalla Semana Santa.

Las relaciones entre el gobierno y la Iglesia son pésimas desde 1984.

La historia argentina demuestra que en los períodos de democracia burguesa, la Iglesia pierde poder ideológico al disminuir su poder cultural sobre el Estado y los distintos medios de comunicación. Empero, esto es casi anecdótico en relación a un hecho crucial que salió a la luz en ese año: la complicidad de muchos de sus miembros durante la represión en el Proceso. Esta cuestión en especial, más la ley de divorcio y el tema de la educación sexual en los colegios, han sido el trípode del enfrentamiento entre la cúpula de una institución más todo uno de sus brazos (las capellanías castrenses) frente al resto de las instituciones del Estado. Donde la crítica a la pornografía es mero envoltorio, ya que fue durante el Proceso que se inauguró el striptease en los cabarets y comenzaron a venderse en los kioscos las revistas porno. Ergo, pongamos cada cosa en su lugar, al margen de una cuestión que merece ser tratada específicamente en otra oportunidad. Pues bien, la llegada del Papa en abril de 1987 en medio de la discusión sobre la ley de divorcio, fue anunciada previamente por televisión a través de tandas publicitarias donde el flash hacía eje en denunciar la lucha de clases equiparándola con la violencia marginal. Cuando llegó Juan Pablo II, dijo que ha-

bía que marchar hacia la "reconciliación" de los argentinos, es decir, tirar un manto de olvido sobre el pasado. Se fue el Papa, y dos hombres del Estado ocupaban uno tras otro el mismo púlpito en una capilla, para acusarse mutuamente acerca de presuntos negociados: monseñor Medina y el presidente Alfonsín. El primero como acusador y el segundo como acusado. Después la Armada tocó a rebato con la causa de la ESMA, y en un mar revuelto por la cuestión pesquera, pidió cambios en la Cancillería. Sin duda alguna, queda para el análisis de los historiadores saber cuántos y de qué signo eran en realidad los golpes de mano y/o estado que estaban en marcha antes de Semana Santa. En cuanto a sus sucesos, no intentamos hacer una anatomía de la crisis militar, sino que buscamos enmarcarla. Entonces, al grano. Los hechos de Semana Santa colocaron a la cuestión militar como el centro de gravedad de la vida política argentina. Aunque claro está, no a la cuestión militar en cuanto al carácter en sí mismas de las Instituciones que cumplen la función de monopolizar la violencia dentro del Estado argentino. Más allá de esta problemática, con Semana Santa saltó a la palestra el carácter militarista del capitalismo argentino. Esta es la verdadera cuestión de fondo. No es posible comprender el fuerte peso que han tenido en la historia argentina las Fuerzas Armadas, sin el correspondiente análisis del rol del Estado argentino —cuyo todo— y de la clase dirigente de ese Estado. Generalmente se hace referencia a que los militares con el golpe de Estado de 1930 iniciaron recurrentes ciclos de gobiernos democráticos y dictaduras militares. Sin embargo, un análisis de las formas bajo las que se ha desarrollado históricamente el capitalismo en el país, del camino adoptado por las clases dirigentes para el desarrollo del capitalismo en la Argentina, demostraría su intrínseca violencia. Es decir,

del carácter militarista de la clase dirigente, y por ende de la fuerte presencia del estamento militar dentro de la sociedad política argentina. En consecuencia, no basta comprender que desde 1930 cada dictadura militar ha sido una dictadura **cívico-militar**. Es necesario ir más allá y replantear la cuestión militar no solamente como parte de la dinámica entre la sociedad política y la sociedad civil bajo un régimen republicano, sino que es imperioso repensar la cuestión militar a la luz del carácter del capitalismo argentino y su articulación dentro de la cadena imperialista de turno. Así, es necesario repensar Semana Santa viendo el impacto de las contradicciones interimperialistas en nuestro país. Una Semana Santa como parte de un conflicto dentro del Estado, y por lo tanto, como parte de las contradicciones interburguesas como punto de partida, salvo que alguien piense que el carácter del Estado no es burgués y que el Ejército no forma parte del Estado. Colocando por último a Semana Santa, como fruto de un tipo de capitalismo y de dominación social. Donde por un lado, una clase dirigente envuelta dentro de la dinámica Nación oprimida-Nación opresora, demostró claramente que prefería perder una guerra, pero no correr ningún riesgo en cuanto al Poder, ante la simple posibilidad de un realineamiento distinto de la Argentina a nivel internacional durante Las Malvinas. Concomitantemente, con unas Fuerzas Armadas divididas ya que el Estado en última instancia es el órgano de dominación del conjunto de la burguesía, y en una semi-colonia como la Argentina, la lucha entre las distintas fracciones de la burguesía nativa y el imperialismo, tiene que hacerse sentir al interior de sus Instituciones armadas con mucha mayor virulencia que en los países imperialistas. Tal como sucedió aunque con otras expresiones, en Ecuador, Perú y Filipinas, ésta última en "par-

tidas simultáneas" a la Argentina.

Más división aún, cuando esas instituciones perdieron una guerra (con mayúscula), cuando tuvieron que demostrar su "rol de brazo armado de la Nación", mientras que no han cesado de levantar su victoria como ejército de ocupación interno, como brazo armado al servicio de la burguesía y contra el pueblo. En tanto que los miembros de esas Instituciones que no comparten esa dinámica, en la práctica han sido tratados como traidores y dados de baja. La dialéctica, es bueno recordarlo, atraviesa a todas las instituciones. Unas Fuerzas Armadas divididas, porque en la práctica al "desmalvinizar" la burguesía no juzga a quienes robaron desde los chocolates hasta el combustible, a los que mostraron cobardía frente al enemigo externo, y menos claro está, a los que pagaban al enemigo la deuda externa y custodiaban sus propiedades mientras morían soldados argentinos. La burguesía "desmalviniza" porque sinó tiene que juzgarse a sí misma. Otro cantar muy distinto, es la cuestión de la eufemística denominada guerra "antisubversiva". ¿quien sino el imperialismo en primer lugar, es el campeón de "desmalvinizar" y reivindicar la lucha "antisubversiva"? Objetivamente, desde 1982-1983 la burguesía buscó separar políticamente lo actuado: buscó separar la política del método, cuando es bien conocido la correspondencia que hay entre ambos. Por eso, la burguesía dijo: "que los militares se juzguen a sí mismos". Simultáneamente, la mayor parte del frente de clases que llegó a la Casa Rosada en 1983, buscó el juzgamiento del símbolo del proyecto político-económico en torno al cual operaron como fuerza de ocupación las Fuerzas Armadas: Martínez de Hoz. Luego de algunos escarceos y presiones del imperialismo mediante (recuerde el lector la visita de Henry Kissinger) quedó libre, al igual que nada más ni nada menos quien fuera el Ministro del Inte-

Unidas negándose a investigar "presuntas violaciones a los derechos humanos" en Cuba. El general norteamericano Vernon Walters, representante de los Estados Unidos en ese organismo, calificará el voto argentino como una "afrenta a las Naciones Unidas" (12).

De esta forma, bajo un encuadre general de fuertes contradicciones interimperialistas e interburguesas en la Argentina, y en el medio de un realineamiento exterior sin definir, es que pocos días después viene el Papa y luego estalla Semana Santa.

Las relaciones entre el gobierno y la Iglesia son pésimas desde 1984.

La historia argentina demuestra que en los períodos de democracia burguesa, la Iglesia pierde poder ideológico al disminuir su poder cultural sobre el Estado y los distintos medios de comunicación. Empero, esto es casi anecdótico en relación a un hecho crucial que salió a la luz en ese año: la complicidad de muchos de sus miembros durante la represión en el Proceso. Esta cuestión en especial, más la ley de divorcio y el tema de la educación sexual en los colegios, han sido el trípode del enfrentamiento entre la cúpula de una institución más todo uno de sus brazos (las capellanías castrenses) frente al resto de las instituciones del Estado. Donde la crítica a la pornografía es mero envoltorio, ya que fue durante el Proceso que se inauguró el striptease en los cabarets y comenzaron a venderse en los kioscos las revistas porno. Ergo, pongamos cada cosa en su lugar, al margen de una cuestión que merece ser tratada específicamente en otra oportunidad. Pues bien, la llegada del Papa en abril de 1987 en medio de la discusión sobre la ley de divorcio, fue anunciada previamente por televisión a través de tandas publicitarias donde el flash hacía eje en denunciar la lucha de clases equiparándola con la violencia marginal. Cuando llegó Juan Pablo II, dijo que ha-

bía que marchar hacia la "reconciliación" de los argentinos, es decir, tirar un manto de olvido sobre el pasado. Se fue el Papa, y dos hombres del Estado ocupaban uno tras otro el mismo púlpito en una capilla, para acusarse mutuamente acerca de presuntos negociados: monseñor Medina y el presidente Alfonsín. El primero como acusador y el segundo como acusado. Después la Armada tocó a rebato con la causa de la ESMA, y en un mar revuelto por la cuestión pesquera, pidió cambios en la Cancillería. Sin duda alguna, queda para el análisis de los historiadores saber cuántos y de qué signo eran en realidad los golpes de mano y/o estado que estaban en marcha antes de Semana Santa. En cuanto a sus sucesos, no intentamos hacer una anatomía de la crisis militar, sino que buscamos enmarcarla. Entonces, al grano. Los hechos de Semana Santa colocaron a la cuestión militar como el centro de gravedad de la vida política argentina. Aunque claro está, no a la cuestión militar en cuanto al carácter en sí mismas de las Instituciones que cumplen la función de monopolizar la violencia dentro del Estado argentino. Más allá de esta problemática, con Semana Santa saltó a la palestra el carácter militarista del capitalismo argentino. Esta es la verdadera cuestión de fondo. No es posible comprender el fuerte peso que han tenido en la historia argentina las Fuerzas Armadas, sin el correspondiente análisis del rol del Estado argentino —co-110 parte de un todo— y de la clase dirigente de ese Estado. Generalmente se hace referencia a que los militares con el golpe de Estado de 1930 iniciaron recurrentes ciclos de gobiernos democráticos y dictaduras militares. Sin embargo, un análisis de las formas bajo las que se ha desarrollado históricamente el capitalismo en el país, del camino adoptado por las clases dirigentes para el desarrollo del capitalismo en la Argentina, demostraría su intrínseca violencia. Es decir,

del carácter militarista de la clase dirigente, y por ende de la fuerte presencia del estamento militar dentro de la sociedad política argentina. En consecuencia, no basta comprender que desde 1930 cada dictadura militar ha sido una dictadura **cívico-militar**. Es necesario ir más allá y replantear la cuestión militar no solamente como parte de la dinámica entre la sociedad política y la sociedad civil bajo un régimen republicano, sino que es imperioso repensar la cuestión militar a la luz del carácter del capitalismo argentino y su articulación dentro de la cadena imperialista de turno. Así, es necesario repensar Semana Santa viendo el impacto de las contradicciones interimperialistas en nuestro país. Una Semana Santa como parte de un conflicto dentro del Estado, y por lo tanto, como parte de las contradicciones interburguesas como punto de partida, salvo que alguien piense que el carácter del Estado no es burgués y que el Ejército no forma parte del Estado. Colocando por último a Semana Santa, como fruto de un tipo de capitalismo y de dominación social. Donde por un lado, una clase dirigente envuelta dentro de la dinámica Nación oprimida-Nación opresora, demostró claramente que prefería perder una guerra, pero no correr ningún riesgo en cuanto al Poder, ante la simple posibilidad de un realineamiento distinto de la Argentina a nivel internacional durante Las Malvinas. Concomitantemente, con unas Fuerzas Armadas divididas ya que el Estado en última instancia es el órgano de dominación del conjunto de la burguesía, y en una semi-colonia como la Argentina, la lucha entre las distintas fracciones de la burguesía nativa y el imperialismo, tiene que hacerse sentir al interior de sus Instituciones armadas con mucha mayor virulencia que en los países imperialistas. Tal como sucedió aunque con otras expresiones, en Ecuador, Perú y Filipinas, ésta última en "par-

tidas simultáneas" a la Argentina.

Más división aún, cuando esas instituciones perdieron una guerra (con mayúscula), cuando tuvieron que demostrar su "rol de brazo armado de la Nación", mientras que no han cesado de levantar su victoria como ejército de ocupación interno, como brazo armado al servicio de la burguesía y contra el pueblo. En tanto que los miembros de esas Instituciones que no comparten esa dinámica, en la práctica han sido tratados como traidores y dados de baja. La dialéctica, es bueno recordarlo, atraviesa a todas las instituciones. Unas Fuerzas Armadas divididas, porque en la práctica al "desmalvinizar" la burguesía no juzga a quienes robaron desde los chocolates hasta el combustible, a los que mostraron cobardía frente al enemigo externo, y menos claro está, a los que pagaban al enemigo la deuda externa y custodiaban sus propiedades mientras morían soldados argentinos. La burguesía "desmalviniza" porque sinó tiene que juzgarse a sí misma. Otro cantar muy distinto, es la cuestión de la eufemística denominada guerra "antisubversiva". ¿quien sino el imperialismo en primer lugar, es el campeón de "desmalvinizar" y reivindicar la lucha "antisubversiva"? Objetivamente, desde 1982-1983 la burguesía buscó separar políticamente lo actuado: buscó separar la política del método, cuando es bien conocido la correspondencia que hay entre ambos. Por eso, la burguesía dijo: "que los militares se juzguen a sí mismos". Simultáneamente, la mayor parte del frente de clases que llegó a la Casa Rosada en 1983, buscó el juzgamiento del símbolo del proyecto político-económico en torno al cual operaron como fuerza de ocupación las Fuerzas Armadas: Martínez de Hoz. Luego de algunos escauceos y presiones del imperialismo mediante (recuerde el lector la visita de Henry Kissinger) quedó libre, al igual que nada más ni nada menos quien fuera el Ministro del Inte-

rior durante la terrorista dictadura fascista de 1976-81: el general Albano Harguindeguy. Fue pasando el tiempo, y en pocos meses el frente burgués a la búsqueda de clientela obrera se fue achicando, la Oligarquía Financiera Nativa en alianza con el gran capital extranjero fue expulsando aliados y concentrando el poder. Así ya en 1985, cambió la composición de clase del gobierno que, cada vez más, fue asumiendo la **continuidad** en cuanto a dominación, de los mismos sectores que se enriquecieron durante la dictadura. Correlativamente, fue cambiando el carácter de la "obediencia debida" y el peso de la justicia burguesa se fue volcando cada vez más hacia abajo. Objetivamente ha existido un contubernio entre las sucesivas cúpulas militares desde 1983 en adelante y el régimen: ¿o acaso no fueron ascendidos por el Senado oficiales fuertemente cuestionados por las organizaciones de derechos humanos? Desde su punto de vista, y racionalmente, es totalmente entendible que un grupo de comandos se subleve pidiendo su amnistía ya que ellos pedían lo mismo que ya habían obtenido muchos de sus jefes. Empero, ocurre que en nuestro pueblo ha calado muy hondo la cuestión de los derechos humanos y entonces, cuando se produce el levantamiento de Semana Santa, cientos de miles de argentinos se volcaron a las calles manifestando su repudio ante quienes buscaban su autoamnistía. Masas que en su inmensa mayoría fueron impulsadas y dirigidas por una dirección burguesa (Alfonsín) y por ello tenían como habitat las plazas oficiales. Pero también existieron los otros. Los que espontáneamente marcharon a los cuarteles. Entonces todo quedó claro, especialmente en Campo de Mayo. De un lado, los comandos sublevados; en el medio el pueblo anónimo compuesto en su mayoría por trabajadores por encima de la cuestión de su cercanía habitacional; y del otro lado, conteniendo e incluso

reprimiendo otra parte del Estado: la policía. Un conflicto en el seno de la sociedad política que primeramente intentó resolverse a través de la utilización de la movilización de masas por una parte de ese mismo poder político para derrotar a otro, se le iba de las manos a las dos partes, al compás de la radicalización de las consignas que se iban levantando y máxime cuando el lunes 20 la CGT había decretado el paro general y la movilización. Después vino la capitulación de la cúpula de la sociedad política con una parte de ella: los comandos. Entonces, el contubernio que antes había abarcado a buena parte de la cúpula de las instituciones armadas, se hizo extensivo hacia abajo. Después quedó claro lo que en la superficie no lo estaba: ¿cuál es la diferencia entre Camps, Caridi o Alsogaray que plantea la reivindicación de las fuerzas armadas, pero no precisamente para enfrentar al imperialismo anglo-yanki? ¿Cuál es la asincronía entre la cúpula de la Iglesia y su pedido de vuelta a "nuestro modo de vida criollo", la reivindicación de la "guerra antisubversiva" por la cúpula del Parlamento y la reivindicación de "nuestros jefes" por parte de Caridi? En esencia, distintas velocidades de distintas instituciones de un mismo Estado. En la medida que se fue acelerando la crisis orgánica entre representados y representantes, acelerando la crisis de los partidos burgueses con rai-gambre popular, fue creciendo en forma paulatina la autonomía política de las Fuerzas Armadas. No debemos separar ni un solo segundo las contradicciones en las FFAA de las contradicciones interburguesas. Todos los periódicos, la televisión y la radio mostraron las declaraciones sobre la famosa entrevista entre Alfonsín y Rico en Campo de Mayo (13). Allí, el presidente de la Nación le formuló al jefe de los comandos Rico, su **fastidio** porque el alzamiento se producía "en momentos en que se estaba por

normar el principio de la obediencia debida". De tal forma, que lo planteado por Alfonsín a Rico es que su actitud creaba la enorme dificultad de que la ley que se estaba por dictar apareciera como producto de una "presión militar. Si medimos las cosas por el compás de la historia, en forma posterior a Semana Santa el crecimiento del poder militar en el seno del Estado, ha sido acompañado por otro paso más en la "modernización" estructural con la privatización del área petroquímica de Fabricaciones Militares, y una más entreguista forma aún de capitalización de la deuda externa. El ascenso militar corresponde a una fase donde el capital financiero va imponiendo la militarización de la sociedad civil. Y así, hemos vuelto a la "normalidad". A la "normalidad" de un capitalismo salvaje y militarista, donde lo central es que el capital no puede integrar a la clase obrera. No en vano, todas las corporaciones empresarias de peso, cual jauría se abalanzaron sobre el Parlamento ante la posibilidad de ínfimos cambios a la legislación laboral de la dictadura. Entonces suena la hora de la Democracia Restringida con su mayor poder militar en el seno del Es-



tado. Sin embargo, este recién es el primer acto de esta obra; el segundo acto tendrá lugar cuando en breve comience la próxima crisis en el mercado mundial.

NOTAS

- (1) La forma pública que adopta este debate puede rastrearse en innumerables artículos y polémicas. La prensa de Argentina en particular, lo ha seguido a través de las notas publicadas por Alvin Toffler y Peter Drucker en "La Nación", las de Lee Iacocca en "Ambito Financiero" y de Zbigniew Brzescny y Willy Brandt en "Clarín".
- (2) Datos del premier japonés en el cierre del año fiscal 1986-1987.

- (3) Calculado sobre datos de "Le Monde Diplomatique", edición latinoamericana Año 2 N° 11.
- (4) Sobre la relación Conflictos de Baja Intensidad-Guerra Total, ver: Jorge Castro, Deborah Barry, Gabriel Aguilera, Jorge Vargas y Raúl Leis en "Centroamérica: la guerra de baja intensidad". Cuadernos de Pensamiento Propio (CPP) de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), Managua, Mayo 1986.
D. Barry, Rodolfo Castro y Jorge

Vergara, en "La guerra total" C.P.P. (CRIES), Mayo 1987.

- (5) El País, Madrid, 21.07.87.
- (6) Julián Lemoine, "Deuda externa y reconversión industrial", en Realidad Económica, junio de 1987.
- (7) Fuente: FIEL, 1986.
- (8) Fuente: CONINAGRO, 1987.
- (9) Cálculo efectuado sobre las declara-

ciones del Director de la Dirección General Impositiva, Marcelo Da Corte, en *Ambito Financiero* 15.12.1986, y *El Periodista* N° 120, pág. 14, 1986.

- (10) *Ambito Financiero*, 23.04.87.
- (11) Declaraciones de Ricardo Zinn, en *El Periodista* 06.02.87.
- (12) *Cronista Comercial*, 23.04.87.
- (13) Ver *La Nación*, *La Razón* y *Clarín* del 22/23/24/25.04.87.

Los caminos de salida a la crisis argentina

FELIX MARCOS

Economista. Comisión de Estudios Económicos, CC del P. Comunista

En el país está planteado un debate, respecto a encontrar un camino para resolver la crónica crisis de su estructura y de su superestructura. En ese debate se inscriben las distintas ópticas ideológicas, en tanto concepciones de clases y capas de éstas.

Estas concepciones se irán explicitando a lo largo de las ideas aquí volcadas.

Sin embargo, es conveniente adelantar que esas distintas y diversas versiones responden a dos grandes campos netamente diferenciados. La línea divisoria de ambos pasa por la definición de concebir a priori que esa crisis pueda o no resolverse dentro del actual sistema de producción, el capitalista.

Que exista con nitidez esa división, de manera alguna presupone que cada uno de estos campos sea un todo único sin contradicciones. Ambos contienen componentes no homogéneos. Expresan, en particular el que concibe la vía de solución no capitalista de la crisis, una realidad de la sociedad argentina: la heterogeneidad (orgánica, política e incluso ideológica) de lo que genéricamente se denomina el campo popular.

En el otro, el que busca la salida de la crisis dentro de los marcos del capitalismo, las contradicciones son inherentes a la propia base social y se reflejan en la fracción burguesa predominante de manera permanente.

Planteada la existencia de estos dos campos, excluyentes en sus términos, es pertinente anticipar las propuestas, generalizadoras, que cada uno de ellos plantean.

Una, en general la sustentada por la burguesía "in totum", pero llevada adelante por su cúpula, la oligarquía financiera -según la concepción leninista-, se propone aplicar cambios en la estructura y superestructura, manteniendo el modo de producción capitalista.

La otra, globalizando los intereses del campo popular se plantea transformaciones reales de la estructura económica, social y política. Sus componentes, en plena recomposición, luego de sucesivas derrotas, levanta como propuesta lograr la plena liberación nacional y social.

Estas dos líneas, antagónicas, volverán a mostrarse en las elecciones del 6 de

setiembre, elecciones que serán un momento en que se expresarán las líneas de tensión y fuerzas que cada proyecto haya logrado acumular en el camino por dirimir el pleito de fondo.

Estamos en medio de un complejo proceso que se expresa en todos los planos de la vida social.

Hoy por hoy, sigue predominando en los hechos el accionar de las fuerzas políticas y económicas que apuntan a mantener el capitalismo en el país. Para lograr ese objetivo tienen un plan, adoptan medidas e instrumentan un discurso. Tienen un proyecto global, lo que no presupone homogeneidad. Esto último cabe subrayarlo para evitar caer en pasadas confusiones desde el campo popular.

Esa heterogeneidad desaparece prístamente en los momentos picos de la lucha social concreta. Pero, igual atención debe prestarse, en cada situación real, a las contradicciones interburguesas, para operar desde el campo popular, siempre afirmando el interés y proyecto propio de éste.

La propuesta de la burguesía

Para entrar a considerarla es imprescindible partir de un dato de la realidad que se ha venido conformando en el último período: la creciente polarización en el interior de la burguesía argentina. Ese proceso, en particular en los últimos años, condujo a un mayor predominio de la burguesía monopólica. La cúpula de ésta, la oligarquía financiera, se ha dado a la tarea de modificar el modelo de acumulación capitalista y para ello instrumentó una política que en sus aspectos centrales se resume en el Plan Austral.

El gobierno surgido en las elecciones de 1983 constituyó en su momento, y lo sucedido con posterioridad lo confirma, un intento de "salida a la burguesía" a la crisis argentina de larga data. Estos

cuatro años han mostrado que toda "salida" sobre esa base actúa de potenciador de los viejos problemas y de partera de los nuevos. La suma de ambos evidencia la crítica realidad actual.

Esa salida a la burguesía se planteó encarar la crisis argentina fundando la IIa. República, es decir, un país modernizado en todos los planos sobre la base del mantenimiento del capitalismo. O sea, remodelar el país. Dicha **modernización en lo económico** va operando sobre el único camino posible: concentrar cada vez más el aparato productivo, comercial y financiero.

En lo **social** apunta a lograr un consenso social a partir de un acuerdo o pacto entre el Estado, los empresarios y la dirigencia sindical, que le cree el "clima" social adecuado. Jurídicamente requiere una reforma y adecuación de la legislación laboral, en la que se inscriba la denominada "emergencia económica" como cuestión vital.

En lo **político** se trata de obtener en el seno de los partidos mayoritarios un realineamiento de fuerzas y hombres que hagan suyo el modelo modernizador en las condiciones de una democracia consensual. La Convergencia Democrática es la propuesta.

Sobre estos presupuestos se intentan conformar dos grandes fuerzas políticas y fundar el bipartidismo.

Con la anunciada reforma de la Constitución Nacional implantar una especie de cogobierno: Presidente "fuerte" y un primer ministro "fusible". A partir de ello, turnos alternativos en la dirección gubernamental.

Cómo se viene operando

Las distintas fracciones de la burguesía coinciden en sostener que el sector más dinámico de la economía, el industrial,

se estructuró para atender en lo fundamental a la demanda doméstica, amparado en medidas proteccionistas.

Consideran que en la hora actual, y especialmente por causa del avance tecnológico, el mercado interno ha agotado su capacidad de determinar el crecimiento y orientación de las fuerzas productivas de manera más o menos persistente.

Arriban a esta conclusión luego de observar que el proceso de desarrollo destinado a lograr una "aproximación" a los países capitalistas desarrollados resulta prolongado y contradictorio si continúa apoyándose en el mercado interno. De allí deducen que el problema de la acumulación no puede ser resuelto de la manera capitalista tradicional, ni de ninguna otra, si sólo se apoya en los recursos interiores. Por lo tanto es condición básica forzar el proceso de industrialización, incluso apelando al expediente de dejar de lado toda acción basada en la "espontaneidad" del mercado.

Miran lejana y cercanamente, e indican que el crecimiento de la industria estuvo y está fuertemente atado al superávit de la balanza comercial, por estar éste generado por las exportaciones del sector agrícola-ganadero, con escasa o nula incidencia de las exportaciones de origen industrial.

También consideran que la existencia de un fuerte movimiento obrero generó niveles salariales elevados que conspiraron y conspiran contra un mayor grado de competencia internacional de la producción argentina, debido a los elevados costos de esa producción.

Por otra parte, cuestionan el grado de participación del Estado en la estructura productiva, al que hacen responsable de la ineficiencia global y del ritmo de la inflación, en razón del déficit fiscal que presenta.

Ubican a estos elementos como los más relevantes dentro de los factores internos.

En lo externo, tienen presente la situación generada por el avance del proteccionismo y la caída de los precios internacionales de los productos agropecuarios y agroindustriales, que conforman no menos de las tres cuartas partes de las exportaciones argentinas.

La sumatoria de todo esto es ubicada por la burguesía como causa esencial de la crisis argentina.

A partir de esta evaluación el gobierno del partido radical, cuya base social es en lo fundamental burguesía no monopolista, capas medias y franjas significativas de asalariados, **se ha definido por el mantenimiento del capitalismo como modo de producción**, dentro del cual se mantiene el latifundismo.

El cumplimiento de este objetivo, partiendo de la realidad señalada, exige una remodelación de la estructura socioeconómica interna, promoviendo la concentración y la inserción de nuestra estructura en la del sistema capitalista mundial. Esto último hace basar su estrategia de crecimiento en la demanda del mercado mundial.

Esta definición repercute, en unos casos más abiertamente que en otros, en la política interna y también en la externa, originando realineamientos respecto a las fuerzas políticas y sociales que le brindan su apoyo. Cada día más las adhesiones que recibe el gobierno argentino provienen de los sectores económicos nativos y extranjeros más concentrados y de las fuerzas políticas más conservadoras. Lo singular es la identificación de las conducciones de los partidos de la pequeña burguesía, en general, con lo esencial de este proyecto.

El apoyo exterior proviene tanto de los organismos financieros internacionales como de la banca acreedora y del propio Reagan en nombre del gobierno norteamericano.

Medidas instrumentales

Desde mediados de 1985 la política económica tiene un basamento concreto en los lineamientos del Plan Austral. El tiempo transcurrido desde su vigencia confirmó, más allá de las variaciones coyunturales, que ese Plan respondía centralmente a lograr los objetivos de remodelación del país dentro del sistema vigente.

Así se ha venido procediendo a adoptar y aplicar una serie de medidas que afectan directamente al mercado interno. Entre ellas cabe destacar:

- a) La aplicación de lo acordado con el FMI, el Banco Mundial y la banca acreedora internacional respecto a la capitalización de la deuda externa mediante el rescate de los títulos de la misma, entregando como contrapartida la propiedad de bienes reales;
- b) Similar criterio se aplicará respecto al **on lending** (représtanos), operación que quedará a cargo de las filiales de los bancos acreedores. Estas últimas contarán con una alta cuota de poder económico y financiero para orientar el crédito interno, así como el costo del mismo, mediante la determinación del nivel de la tasa de interés de esos créditos;
- c) La obtención de nuevos préstamos del Banco Mundial, los que tienen por destino: 1° reestructurar al "sobredimensionado" sistema financiero, es decir, concentrarlo; 2° promover las exportaciones industriales con el fin de obtener un saldo mayor de la balanza de pagos y utilizar esas divisas para pagar los intereses de la deuda externa; 3° financiar importaciones destinadas a una mayor producción industrial, en ramas seleccionadas, orientada a la producción para la exportación;

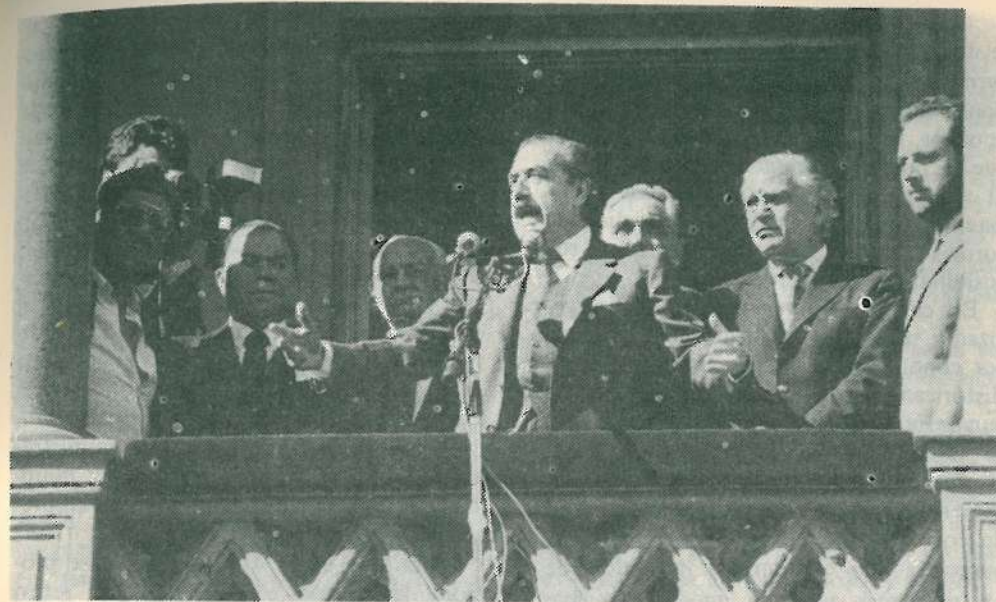
d) Una mayor apertura de la economía, que si bien es considerada más moderada y selectiva que la de Martínez de Hoz, tal como se la viene instrumentando, tendrá similares efectos. Con esta medida se adoptan las recomendaciones del Banco Mundial aparecidas en su Informe de 1987, destinadas a lograr "un crecimiento para poder pagar las deudas externas";

e) Avanzar con la política de privatizaciones, en especial en sectores de la infraestructura vinculados a la actividad exportadora como los puertos argentinos, los que quedarán en propiedad de y operados por los monopolios vinculados a esa operatoria.

Asimismo, se busca mantener en manos estatales a aquellas actividades de alta demanda. Esa demanda será satisfecha por los monopolios privados, con lo que éstos conseguirán mantener su elevada tasa de beneficio, determinada también por los precios de monopolios con que venden al Estado.

Entre otras medidas que también afectan al mercado interno, deben mencionarse el bajo nivel salarial, los reducidísimos montos de las jubilaciones y pensiones, todo lo cual deprime el consumo y provoca un achicamiento de la producción en aquellas ramas vinculadas a la demanda interna. A ello se adiciona la restrictiva política crediticia que cada día se torna más selectiva y atiende primordialmente a las solicitudes de empresas que producen para el mercado exterior y/o bien ocupan posiciones de dominio monopólico dentro del mercado interno.

Por otra parte, la política impositiva acentúa su carácter regresivo en la medida en que está orientada a recaudar en aquellas franjas que se vinculan al consumo, sin haber progresado significativamente en la elevación de los porcentajes asociados a las ganancias y al patri-



monio.

Esta política impositiva, junto con la elevación permanente de las tarifas de los servicios, actúa de manera concreta en la disminución del consumo interno permitiendo incrementar el saldo de la balanza comercial. Es decir: menos consumo interno, más exportaciones, más divisas. Todo para pagar los intereses de la deuda externa.

La IIa. República

El gobierno se ha pronunciado por la "solución capitalista" de la crisis argentina. Esta solución requiere reformas en la estructura y consiguientemente en la superestructura. El logro de este objetivo será la refundación del país, un "nuevo" país. La moderna Segunda República.

Para tal fin se ha propuesto en lo superestructural la Reforma de la Constitución Nacional, reforma que persigue el objetivo de poner en correspondencia los instrumentos constitucionales con las reformas estructurales. Sería una visión

reduccionista ver, con todo lo que ello implica, en la reforma sólo el intento de la reelección de Alfonsín. La introducción de la figura del Primer Ministro es buscar desde las "alturas" cambios para un país modernizado; daría el sustento constitucional al intento que desde lo político se busca a través de un bipartidismo no claramente estructurado hasta el presente.

El traslado de la Capital Federal es otro medio destinado a gobernar de acuerdo a los tiempos en que se comienzan a instrumentar cambios considerados esenciales para la burguesía. Alejada de las grandes concentraciones urbanas, éstas no tendrían la capacidad actual de poder "presionar" sobre el poder político. Esta posibilidad quedaría reducida a los grupos de presión tan experimentados en "admiradas" democracias como la de Estados Unidos.

Para las relaciones entre las fuerzas políticas se busca por medio de la Convergencia Democrática, ámbitos y medios de asimilar a las corrientes y tendencias políticas dispuestas a "salvar al sistema y al estilo de vida" -palabras del Presiden-

te de la Nación- a través del plan de modernización. Para todas aquellas expresiones no asimilables quedará un espacio, opositor, mas no enemigo del sistema, en que se podrán expresar "civilizadamente". El resto será tratado como fuerzas "antisistema", para las cuales podrán dictarse normas legales que determinarán sus posibilidades de supervivencia.

En cuanto al movimiento obrero organizado, se apela a un instrumento que no por conocido se desecha: el Pacto Social. Históricamente ha sido utilizado por la burguesía como "dique de contención" de la lucha de clases en el país. Pero, el Pacto Social instrumentado por el gobierno radical tiene la singularidad de colocar a un lado a los sectores de la burguesía más concentrada -portadora de un país más achicado, moderno y más dependiente- y al otro a los asalariados viviendo una realidad de elevada desocupación, ya estructural, cada día más atomizados y con una caída enorme de ingresos y además con una creciente marginalización.

Por y para ello, el gobierno alienta a lo peor de la burocracia sindical, burocracia que está instalada en las ramas de la producción que domina la burguesía más poderosa económicamente, ramas que buscan expandirse hacia el mercado externo y en la integración con Brasil, Japón y otros. En pos de ese objetivo nombra como ministro de Trabajo a Alderete, un hombre proveniente de la mencionada burocracia sindical. A la vez alienta al "Grupo de los 15", dado que éstos "entienden" la modernización del país y para ello se los empuja a que formen cinco o seis grandes confederaciones: metalmeccánica, petroquímica y plásticos, del sistema financiero reestructurado (banca y seguro) y otras.

También se lleva adelante la **reforma del Estado**. Si durante la última dictadura militar no se llegó a afectar en lo esencial

la estructura del sistema estatal de producción, ahora las exigencias de la modernización del país (transnacionalización de la economía propiamente dicha) no admiten más el "despilfarro" de un aparato que está, más allá de su tradicional "ineficiencia", conformado para la ejecución de una política propia de un capitalismo de Estado que impulsaba al mercado interno y fundamentalmente para cuando el nivel de concentración no había alcanzado la dimensión del presente. Para el gobierno se trata de poner al Estado en consonancia con el proyecto de transnacionalización y lo hace apuntando hacia la Administración pública nacional, provincial y municipal; a los servicios sociales y a las empresas del Estado.

Para ello, en la Administración se propone la reforma administrativa, el retiro voluntario, la baja selectiva de salarios, la modernización por vía informática y la privatización parcial de funciones. Junto a ello está el reforzamiento, perfeccionamiento y profesionalización del sistema represivo.

En cuanto a los servicios sociales: se va produciendo un deterioro en el monto de las asignaciones de las jubilaciones y pensiones (se estima en cerca de 25.000 millones de australes el total de lo pagado en menos a los beneficiarios en tales rubros) y se plantea la transferencia del sistema jubilatorio a favor de entidades financieras, facilitando así también el manejo de una apreciable franja del capital dinero a favor de grupos monopólicos.

Respecto a las empresas estatales, se propone la privatización total o parcial de empresas; la reducción y eliminación de las funciones de control y regulación del sistema financiero estatal (bancos y seguros). Está prevista la privatización de ciertas funciones. Se creó el holding Directorio de Empresas Públicas.

Este último es el más acabado, hasta ahora, exponente de la fusión de los monopolios con el Estado, base de nuestro

Capitalismo Monopolista de Estado en las condiciones de un país dependiente. Con ello se busca regular más coherentemente en favor de las grandes empresas, acelerar el proceso de privatización y desarrollar políticas de tarifas e inversiones selectivas en favor del proceso de monopolización y de la elevación de la tasa de ganancia monopólica. Pero también encarará la prestación de servicios eficientes en términos de calidad y precio en beneficio de los sectores más concentrados y del objetivo mismo de la transnacionalización.

En la conformación del Directorio de las Empresas Públicas se expresa una aguda contradicción entre capas de la burguesía monopólica. En él se alinean, en general, las empresas y grupos que tienen mejores perspectivas de desarrollo en la transnacionalización. Quedan fuera de él aquellas en la que por lo menos una parte importante de su operatoria dependen del mercado interno.

En general, la pequeña y mediana burguesía no tiene arte ni parte en la reforma del Estado, pero bajo la influencia del discurso modernizador y privatista, adopta posiciones cómplices y/o provee de base social para este proyecto reaccionario de la gran burguesía.

En el seno del pueblo campea la confusión, producto del accionar ideológico oficialista, del acuerdo básico del peronismo renovador y del de una dirigencia sindical que a lo sumo se parapeta tras un nacionalismo hueco y acIASista.

La cuestión de la democracia

También en este tema hay un debate abierto. Para abordarlo consideramos oportuno recordar que en los países capitalistas que hoy ostentan el mayor poderío económico, el desarrollo de las formas de la democracia burguesa fue una parte orgánica del desarrollo capitalista en su

conjunto. El sistema político integrado con su parlamento, el sufragio universal, las libertades ciudadanas, etc., se establecieron en el período cuando la burguesía se afirmó como una clase hegemónica, tomó en sus manos todas las palancas del poder político, económico e ideológico. El ulterior desarrollo de la democracia en estos países fue el resultado de la lucha de la clase obrera.

De otro modo se dieron las cosas en nuestro país. Ello es bien conocido como para tratarlo aquí.

Pero sí corresponde encarar la realidad que vivimos con respecto a las normas e institutos de la democracia representativa. Las mismas han demostrado, en los hechos, que por sobre todo son un instrumento para el mantenimiento del statu quo y no de su cambio. Los sectores populares, y en primer lugar las masas trabajadoras, no han podido ni pueden utilizar estas instituciones en la lucha por sus intereses estratégicos de clase. Por el contrario, tanto la cúpula de la gran burguesía como la pequeña burguesía se incorporan activamente al actual proceso democrático para defender y fortalecer sus posiciones de clase (los primeros) o sus estrechos intereses económicos y gremiales (los segundos).

De allí que la consigna "defensa de la democracia" se haya convertido en plataforma ideológica-política de los defensores del orden establecido, opuestos a la solución de los problemas materialmente maduros. Es, de hecho, la democracia de lo no transformador. Es la democracia burguesa, no una democracia atemporal. Como tal, su eficacia y su necesidad están limitadas históricamente.

De lo que se trata es de **romper** con este **contenido** de la democracia ("la democracia en general), como condición indispensable de cualquier cambio profundo e instaurar una democracia popular. Esto abre un proceso de luchas que pone en entredicho valores "fundamentales

y eternos" de la democracia representativa. En el desarrollo de ese proceso de lucha este conflicto también es asumido por lo más reaccionario de la sociedad, de allí que no deba descartarse que el resultado pueda devenir en regímenes autoritarios. Sólo la lucha popular puede lograr un resultado, salto, progresista hacia la democracia popular.

Las transformaciones necesarias

La dimensión y gravedad de la crisis argentina, así como su carácter, es una realidad que puede expresarse tanto en indicadores económicos, sociales y políticos, como en análisis más desagregados de nuestro pasado reciente y más lejano. En apretada síntesis podría decirse que es una clara expresión de la crisis que vive el sistema capitalista desde hace un prolongado tiempo y, en tanto formamos parte de él, en condiciones de país dependiente, se expresa la misma de manera agravada.

Hemos sostenido que es estructural y superestructural, generalizada. Más allá de la posición ideológica que se sustente esto es reconocido y expresado abiertamente.

Una expresión de esta grave crisis la revela claramente el hecho de que en nuestro país, hoy no es viable satisfacer la más mínima reivindicación de los sectores mayoritarios sin afectar a los intereses de la oligarquía financiera, nativa y extranjera.

Pero, esa afectación en lo económico tiene un correlato inmediato, inseparable, en lo político. Es lo uno y lo otro, en una unidad. Esto no puede ni debe perderse de vista, antes, durante y después de encarar acciones transformadoras reales. Ese correlato es en lo político la afectación integral del capitalismo argentino. Es abrir un camino para reformas reales, en un camino no capitalista. Y entre capitalismo y esto último, sólo se vislum-

bra el socialismo.

Que aquellas transformaciones sean necesarias no significa que se logren fatalmente, ni siquiera que estén predeterminados los cursos de acción.

Sólo una cuestión es indiscutible: la inevitabilidad de la desaparición de la estructura ya anacrónica.

El interrogante de qué vendrá a sustituirla lo responderán únicamente las luchas, luchas que protagonizarán -sin duda- las fuerzas sociales que encarnen cada uno de los proyectos en pugna.

Nuestra proposición de transformaciones parten de una idea rectora: hay que instaurar en el país una sociedad que brinde condiciones de vida en que haya fuentes de trabajo suficientes, se resuelvan los problemas de la salud, todos tengan acceso a la educación en todos sus niveles y cuenten con una vivienda adecuada. En una palabra: donde las riquezas con que cuenta el país estén al servicio y a disposición de quienes las crean cada día con su trabajo.

Son transformaciones reales, profundas, en que la clase obrera, encabezando a los demás sectores populares, pueda detentar el poder del Estado y desde allí instaurar nuevas relaciones sociales y económicas.

Al campo popular, y a la izquierda en particular, se le plantea luchar por esos cambios, como condición básica para resolver la crisis que afecta a la sociedad argentina.

Para lograr este objetivo, ¿qué es lo determinante? ¿la propuesta económico-social a presentar o, contrariamente, la estructuración de una propuesta política (que necesariamente devenga en fuerza organizada) para llevar adelante esos cambios? Entendemos que se trata de esto último. Esa propuesta política transformadora es sustentada por fuerzas que aún no han confluído en una dirección única. Este es un problema que exige rápidamente una respuesta de fondo. La urgencia está dada por la gravedad de la situación y por la propia experiencia

de las revoluciones triunfantes.

En primer lugar, es un imperativo lograr la unidad en el más amplio plan para asegurar un proceso victorioso, distinguiendo bien dos aspectos y dos tipos de unidad: la de las fuerzas de izquierda y la amplia unidad democrática, y la jerarquía de su importancia.

En segundo lugar, lograr la unidad de las fuerzas de izquierda, nudo vital del frente más amplio de las fuerzas que se pronuncian contra los responsables de la crisis presente.

En tercer lugar, la articulación de un programa realista, susceptible de alinear en la lucha revolucionaria un frente de fuerzas amplio.

Por último: elaborar una estrategia que no deje de considerar la compleja situación internacional que hoy vivimos.

Teniendo presente lo señalado, deberá desterrarse la tendencia, muchas veces manifestada, de hacer analogías respecto a otras experiencias revolucionarias. Cada país, el nuestro no puede ser una excepción, presenta una realidad propia. Cuenta con una historia, posee una determinada estructura social, un complejo de ideas, tradiciones y hábitos, todo lo cual nos obliga a pensar en un específico camino de transformaciones.

En este abigarrado cuadro ¿cuál es el eslabón principal? La experiencia histórica y la realidad presente nos da una respuesta sustantiva: sin unidad del campo popular, y de manera específica de la izquierda, no hay posibilidad de impulsar el proceso revolucionario.

Desgraciadamente, esta cuestión no ha resuelto aún en nuestro país. Las elecciones del 6 de setiembre muestran un parcelamiento negativo. Ello es un talón de Aquiles que los revolucionarios argentinos aún presentamos.

Sobre esta cuestión hay que seguir pensando, escribiendo, hablando y discutiendo. En particular analizando las

consecuencias que trae aparejada esta dispersión.

Seguramente uno de los puntos claves pasará por responder si es factible la unidad de la izquierda argentina, o si -teniendo en cuenta que los diversos sectores que representan a igual base social y se basan en similitudes ideológicas- no estarán dispuestos a avanzar unidos, hasta tanto logren hacer primar sus propias variantes, siempre parciales, sobre las demás.

Puede encararse esta cuestión desde otro enfoque: no se trataría de centrar la discusión en una cuestión de factibilidad o no. Por el contrario, habría que plantearla como una cuestión de necesidad. Si es así, la discusión se centraría en ver hasta qué punto es posible y eficaz la unidad entre las distintas fuerzas revolucionarias de izquierda, en la medida en que se den más relaciones de tolerancia mutua, de enriquecimiento recíproco y de colaboración. Aún manteniendo posiciones tácticas diferentes, es posible aprender unos de otros, no poniendo el empeño en "ideologizar" las diferencias.

Concebimos la unidad de las izquierdas como imprescindible para movilizar y aglutinar -a través de un programa- a las más amplias masas y a diversos sectores políticos, destruir el viejo aparato estatal y llevar al poder a las fuerzas revolucionarias.

Aquí volvemos al "programa" de estas fuerzas, el de la "transición". Importa, tanto más que éste, la claridad con que se exprese la dirección revolucionaria del frente antiimperialista más amplio posible, precisamente en la etapa democrática popular del proceso.

Es decir, lo determinante para la realización de los objetivos finales de las transformaciones revolucionarias consiste en la máxima actividad y voluntad de poder por parte de los revolucionarios en esta etapa, bajo sus consignas, y no tanto en poner el acento en el programa de la lucha posterior.

Félix Marcos.

Democracia y poder popular: una discusión teórica e ideológica

MARCELO GOMEZ
ERNESTO VILLANUEVA
Sociólogos - DONAC

I. Algunos Antecedentes del Pensamiento Político revolucionario

La problemática del poder popular reconoce sus antecedentes lejanos en las discusiones, dentro de las distintas vertientes del iluminismo, acerca del origen, el fundamento y la fuente del poder. El concepto de soberanía popular significó una ruptura con el pensamiento político anterior y repercutirá con notable profundidad en todos los acontecimientos revolucionarios del siglo XVIII y XIX. Es a partir de él, que las masas pueden pensarse como sujetos políticos con creciente eficacia histórica. Asociado inmediatamente, tanto en lo teórico como en lo histórico, con los derechos políticos y la igualdad civil, "la soberanía del pueblo" viene a refundar la concepción de las relaciones entre el Estado y las Masas.

Sin embargo, dentro mismo de la matriz ideológica de la Ilustración surgían profundas contradicciones entre un radicalismo revolucionario y un escepticismo y desconfianza hacia las capacidades de las masas para "dirigir" el Estado y, aún más, desconfianza a su aptitud para "gobernar" a sí mismas. Desde el punto de vista de su proyección histórica el jacobinismo revolucionario francés y el parlamentarismo reformista británico serán las

cristalizaciones arquetípicas de ambas posiciones doctrinarias.

La importancia de esta antinomia primigenia, para el debate actual del "estatus" teórico e histórico del principio de soberanía popular, reside en que sentó las premisas que permiten pensar la relación de las masas con la política. Por un lado, para el pensamiento revolucionario, el poder es el proceso por el cual las masas se constituyen en sujetos históricos y llegan a manifestar su capacidad de autodeterminación sobre sus condiciones de existencia social. Por otro lado, para las filosofías liberales, el poder y "lo político" (el Estado) se hallan constituidos con autonomía, como una esfera independiente de la actividad y las condiciones sociales de existencia, con su propia "lógica" (la "legalidad", el "orden político", etc) y, por tanto, las masas sólo participan externamente o son asimiladas por las mediaciones preestablecidas (la delegación del poder, los mecanismos de representatividad, etc.). Como se ve, la pregunta por la posibilidad del acceso de las masas al gobierno, a la esfera de lo político, se vincula, por un lado, con la exterioridad o interioridad de las masas respecto al poder, y, por otro, con la problemática del Pueblo como verdadero sujeto político, es decir, si es posible

constituir "una política" a partir de las acciones colectivas y de la actividad que desarrollan las masas. Estamos apuntando, entonces, a determinar la especificidad del orden político fundado en las clases dominadas: ¿Cómo y Qué orden político puede surgir de la actividad, casi siempre "desordenada", de las masas?

Más modernamente el problema de la validez de la soberanía popular fue negado de plano por los principales teóricos de este siglo: Mosca, Pareto, Weber, Michels, que con distintas argumentaciones (teoría de las elites, separación absoluta e irreductible entre gobernantes y gobernados, la burocracia como necesaria autonomía estatal en la sociedad de las masas, etc) procuraban restringir el ámbito de la política al Estado, los "especialistas", estableciendo una nueva asociación entre Saber y Poder. La única política emergente de las masas sólo podía ser concebida como irracionalidad, confianza ciega en un jefe, fanatismo, etc. Weber denominaba "cesarismo" este tipo de fenómeno de crisis y desborde del Estado.

En un sentido diametralmente opuesto, la tradición revolucionaria proveniente del jacobinismo ha desarrollado la antigua distinción de Rosseau entre voluntad general y voluntad de la mayoría, que tiende a sustraer el problema de la democracia de criterios cuantitativos de representatividad, postergando o subalternizando las instancias electorales, y aún el concepto mismo de ciudadanía, en la medida que la "soberanía" no puede ser reductible a la suma de decisiones individuales. El concepto de voluntad general o voluntad popular configura sin dudas un esbozo de contraracionalidad frente a la racionalidad del Estado y la política separados de las masas. Esta noción intenta concebir propiamente a las masas como sujeto, aún cuando los individuos que la componen no tengan una voluntad expresa o intención conciente.

Es así como el poder o la soberanía van a dejar de estar emparentados y fijados a los procedimientos y normas de selección de representatividad, mecanismos de elección entre alternativas, de delegación del poder, donde el protagonismo re-

cae en los individuos, para vincularse a la expansión de la acción y sobre todo, no la forma sino el contenido de las decisiones. La validez histórica del poder será hallada, no en un sistema de procedimientos específicos de representatividad y toma de decisiones, sino en lo que las masas hagan o sean capaces de hacer.

Desde la perspectiva de la actual discusión de la democracia, la problemática del poder popular viene a poner en tela de juicio justamente su contenido sustancial: ¿qué concepción posee de la participación en los procesos decisivos y la resolución de los conflictos?

La "participación" es concebida dentro de los moldes tradicionales de pensar lo político como inserción individual o grupal en el ámbito mediatizador de la política, conformado por una lógica (relación de fuerzas, arte del buen gobierno) y una dinámica y validez (legalidad-legitimidad) propia. La concepción de la democracia, vista desde el poder popular, lejos está de teorizar la participación como una actividad humana separada o separable de la práctica social concreta, sino que es más bien a partir de esta que se constituye lo político como un "constructo": la política es construcción del poder y sólo en este proceso de producción de lo político se comprende la participación individual o colectiva.

Los riesgos de este planteo residen en tomar el proceso de construcción del poder popular a partir de un sujeto preconstituido, con lo cual, la política se transforma en un fenómeno derivado y secundario, cuando no en un simple problema técnico-organizativo por el cual las decisiones son tomadas en un nivel y el proceso de construcción transcurre linealmente sin contradicciones, ni diferencias internas en otro nivel(1)

Considerando la problemática desde la perspectiva de la investigación histórica y empírica, es decir, el poder popular como objeto de estudio, tenemos que es muy dificultosa su delimitación precisa ya que comprende experiencias de muy distinto tipo, en diferentes etapas históricas, en distintas coyunturas políticas.

Una primera aproximación teórica como

definición indicativa del fenómeno: el poder popular es un conjunto de prácticas por las cuales las clases subalternas, o una parte de ellas, llega a controlar directamente, total o parcialmente, transitoria o permanentemente sus condiciones de existencia, o, por lo menos, llega a poseer la facultad de elaborar, tomar y ejecutar decisiones al respecto. Extendiendo al máximo el campo analítico tenemos que si anexamos el problema del Estado, el poder popular pasa a ser el gobierno del conjunto de la sociedad por las clases populares. Sin embargo, puede entenderse por poder popular cualquier fenómeno de ejercicio autónomo del poder por parte de estas clases por más restringido que fuese aunque no involucrara directamente al Estado o al poder legal. El espectro de fenómenos así demarcados comprende desde simples "actos de afirmación" inorgánica de las masas hasta la formación de organizaciones complejas como milicias populares, etc.

Otro aspecto importante, decisivo, es que estos fenómenos no necesariamente surgen en el nivel del proceso de producción, en el terreno de la "sociedad civil", sino que es común detectarlos dentro del mismo aparato estatal y aún de la sociedad política (Medios de comunicación, partidos políticos, Iglesia, etc.). Tampoco significan una oposición necesaria respecto al poder estatal, aunque generalmente supongan un segundo poder; un poder subyacente, muchas veces sordo, que no aflora en la superficie, pero que va adquiriendo una "molesta" eficacia respecto de no pocos aspectos importantes.

Vemos así que cualquier investigación histórica o empírica de estos procesos contemplan dimensiones tales como: grado de autonomía o condicionamientos externos (institucionales, legales), formas organizativas y elementos de espontaneidad, carácter público o privado, formas de liderazgo y gestión y, obviamente, su contenido político, reivindicativo e ideológico. En este apunte nos proponemos brindar algunos de los elementos teóricos supuestos o implícitos en el tratamiento de la problemática del poder popular. A nuestro

juicio se presentan tres nudos significativos:

- a) La naturaleza del "poder de clase" o las relaciones entre la dimensión política del poder y la dimensión social de la clase;
- b) El momento "coyuntura", o etapa en que surge el poder popular como problema histórico que adquiere un significado específico;
- c) La constitución de los sujetos revolucionarios y la construcción de nuevos universos políticos, propiamente el tema de la construcción del Estado.

II. LA NATURALEZA DEL PODER EN LAS CLASES SUBALTERNAS

Uno de los principios más arraigados del análisis político marxista es la estrecha vinculación de los acontecimientos políticos con respecto a las bases sociales y económicas del proceso histórico. La dialéctica explotación-dominación permite centrar la problemática del poder en el campo definido por la lucha de clases. Así el poder no es más que la capacidad de una clase para realizar sus objetivos imponiéndolos a las demás clases. Con esto el poder sólo puede ser analizado en las condiciones económicas (carácter de la acumulación-distribución-situación de mercado, etc.); políticas (desarrollo organizativo, aptitud de las direcciones, estrategias, etc) e ideológicas (medios propagandísticos, intelectuales, etc.).

Por otra parte, el poder siempre es, así, resultado condicionado enteramente por la lucha de clases, y a la vez, el elemento central de la resolución de la lucha de clases al punto que las correlaciones de fuerzas entre clases dan la piedra de toque para cualquier análisis de coyuntura.

Visto así, el problema del poder, la reflexión sobre el poder popular, debe orientarse hacia la puntualización de los principios generales que guían el incremento de las capacidades de las clases

dominadas para resistir y revertir la dominación, o imponer sus intereses históricos a través de un proceso revolucionario.

La pregunta es: ¿Cómo deben aumentar su propio poder las clases subalternas? Al decir "su propio poder" en verdad no hacemos más que cometer una redundancia puesto que todo poder es poder de clase. Sin embargo, es una redundancia necesaria puesto que uno de los recursos más modernos de la lucha de clases es anular, neutralizar, mediatizar o desnaturalizar (represión, burocratización, cooptación) las capacidades actuales o potenciales de las clases dominadas; con lo cual queda pendiente la pregunta acerca de cuales serían las formas genuinas del poder de las clases populares, o de otra manera ¿Cuáles son las formas verdaderamente adecuadas de incrementar las capacidades objetivas de las clases populares?

El criterio de la autonomía viene de la mano de los "intereses de clase" que deben orientar la construcción o el ejercicio del poder. Así, solamente pueden ser considerados como poder popular las prácticas económico-políticas-ideológicas de las clases populares que se correspondan única y necesariamente con sus intereses, cuestión esta que da lugar a una problemática mucho más difícil de resolver. Es justamente de la resolución de esta adecuación de las prácticas de la clase a sus verdaderos intereses de donde sale la clave de la concepción teórica del poder popular.

La solución leninista, desideratum de todo el pensamiento político revolucionario, pasa por la distinción entre proceso social y proceso político. El primero generado a partir de las condiciones objetivas del enfrentamiento de clases, el segundo como proceso de apropiación-construcción del poder. Que el proceso político sea diferenciable (aunque no independiente) del proceso social no significa más que dos cosas:

- 1) El proceso político, siendo consecuencia, es condición necesaria de la resolución definitiva del proceso social;
- 2) sólo mediante la universalización, es decir apropiación total del poder, se

produce la revolución.

Llama aquí la atención la centralidad que asume el proceso político como preparación de las masas para destruir el poder del Estado burgués y extender el suyo propio a toda la sociedad. La problemática de la revolución es la instauración de un Estado que universalice el poder de las clases populares.

Ahora bien, la separación de las prácticas sociales y las políticas lleva el presupuesto de que el ajuste de la práctica de clase a sus propios intereses se opera por intermediación de una instancia política exógena: el Partido Revolucionario, portador de la conciencia de los verdaderos intereses de clase y de las capacidades organizativas necesarias para llevar adelante las tareas de la revolución. Ciencia de la Sociedad, Técnica de la Organización y Arte de la Insurrección conformaban la trilogía sobre la que se asentaba la teoría y práctica leninista.

En este sentido, aparece cierta subestimación de las capacidades espontáneas de las clases dominadas para darse sus propias herramientas político-ideológicas con las que afrontar el proceso revolucionario.

El papel del Partido como articulador central del proceso político revolucionario, como "destacamento de vanguardia" de la clase, "dirección consciente", etc. no llega a agotar el problema del poder popular en tanto que se mantiene sólo dentro del campo del proceso político, de la conducción de la lucha, sin llegar a abordar el problema de las instancias en que anidan las raíces, los gérmenes que condensan originariamente el poder de clase. En este sentido, la duplicidad entre lucha y organización económica-reivindicativa encarnada por los sindicatos y lucha político-ideológica asumida por el Partido es superada en la instancia del Soviet o Consejo Obrero donde encuentra un punto de síntesis. El reconocimiento de Lenin de la importancia de estas instancias integradoras del poder de clase en los prolegómenos del 17 llevó al Partido Bolchevique a priorizar el fortalecimiento de los soviets, que ante la

desintegración del gobierno burgués se erigió como un gobierno paralelo, un verdadero contraestado unificador de las prácticas de las clases populares. Junto con la situación de doble poder comienza a teorizarse acerca del Estado de clase, virtualmente presente en el transcurso del proceso revolucionario en la forma de Comités de fábricas, de campesinos y soldados.

Así el poder popular no aparece sólo como "expropiación" dirigida por el Partido del aparato del Estado a la burguesía, sino fundamentalmente como construcción independiente y con elementos espontáneos de su propio aparato, de una organización autónoma, íntimamente ligada a las prácticas sociales cotidianas de las clases.

La dualidad del poder significa para Lenin el surgimiento en el transcurso del proceso revolucionario de las "protoformas" del Estado socialista, es decir, de un poder de clase que aún no es capaz de unificar o universalizar todo el poder. Es ésta una situación necesariamente transitoria y, aún más, Lenin explica el desarrollo sorprendente de este poder autónomo por una particularidad de la Revolución Rusa como es la contigüidad y aún superposición de una revolución burguesa rápidamente agotada, que no pudo ni supo crear un Estado que sea capaz de contener al conjunto asimilándolo a sus intereses con una revolución obrera y campesina que finalmente logró articular su propia forma estatal. (3)

La tradición "consejista" concibe una dualidad irreductible a nivel del proceso de producción: el consejo obrero expresa la experiencia del poder de clase en un órgano de lucha que inicia el camino hacia formas protosocialistas de Estado. En Trotsky aparece la idea de una maduración, desarrollo dialéctico evolutivo del poder de clase como proceso de adquisición, gestación, de sus propios instrumentos superestructurales.

Para Gramsci los consejos, no solamente

de fábrica, constituyen la trama del estado socialista allí donde se genera el poder de la burguesía en tanto que "organizadora" del proceso productivo. Es en la fábrica donde la clase desarrolla su "espíritu estatal" primitivo al tiempo que sintetiza la lucha reivindicativa con la política.

La valorización de estas formas arquetípicas del PP obedece a la constatación histórica post-revolucionaria de que tanto los sindicatos como los partidos políticos son o pueden ser absorbidos por el universo político ampliado del Estado democrático-burgués. Cuando más dependiente es un partido en su origen de las condiciones de la democracia burguesa (mecanismos electivos, derechos políticos, etc.) menor es su tendencia a constituirse como un propio Estado de clase. Estos embriones de PP representados en los comités de fábrica poseen una potencialidad revolucionaria explosiva en la medida en que desafían la soberanía misma del capital. Esta potencialidad sin embargo solo a veces puede desarrollarse como enfrentamiento abierto con el Estado burgués.

El Consejo de fábrica conformado por delegación directa de los propios productores en Asamblea de Sección constituye la voluntad colectiva de los trabajadores directos en el lugar de trabajo. La delegación es mínima y el control colectivo sobre el mandato es máximo. La representación surge enteramente condicionada por el proceso de producción y no en el proceso de discusión salarial.

Los productores afirman su voluntad de control sobre el proceso de trabajo y así su organización implica un cuestionamiento potencial del poder de decisión del capital en la fábrica.

Asimismo la coordinación de una red extendida de consejos inevitablemente entra en conflicto con el poder del Estado como ha ocurrido en las experiencias históricas de Rusia 1905 y 1917, Hungría



1918, Alemania 1919, Italia 1920, España 1936, y otras no tan conocidas. Cuando la actividad de la clase desciende o enfrenta coyunturas adversas, la acción de los consejos es reabsorbida por los sindicatos o los partidos parlamentarios que retoman el primer plano.

En general todos los organismos de trabajadores a nivel de planta: comisiones internas, cuerpos de delegados, o consejos, plantean reivindicaciones que penetran en la jurisdicción "sagrada" del capital: la organización de la producción y el control de los obreros en el proceso de trabajo: ritmos de producción, intensidad del trabajo, eliminación de premios o disminuciones por rendimiento, salubridad, accidentes, etc. Asimismo los métodos de lucha tienden a complejizarse: ocupación de fábricas, manifestaciones públicas, paros repentinos, desorganización de la producción, etc. que necesitan un elevado grado de conciencia y disciplina obrera.

De igual modo, el derecho de reunión en horario de trabajo, las asambleas abiertas a la comunidad, incorporación de

demandas de sectores de la comunidad ajenos a la fábrica (jubilados, trabajadores domiciliarios). Ofrecen una tendencia a desbordar el ámbito fabril para extender estas formas celulares de democracia obrera al conjunto de los sectores populares. La experiencia histórica indica que la coexistencia conflictiva entre el Estado Burgués y estas formas del PP es siempre inestable y transitoria; o el proceso deriva hacia una desarticulación y reabsorción de estas organizaciones populares o se desata un proceso revolucionario orientado a la destrucción y sustitución del sistema político de las clases dominantes. Sin embargo, a pesar de su precariedad, estas experiencias dejan un legado importantísimo a las generaciones siguientes: una educación en la lucha político-reivindicativa y una aptitud organizativa que se constituye en punto de referencia inestimable de cualquier lucha futura.

Produce también una modificación cualitativa en la conciencia obrera en la medida en que es en la fábrica, en el lugar de trabajo y no en la ciudad el ámbito donde se genera la soberanía social y sus

organismos que elaboran y ejecuten las decisiones que los obreros toman en función de sus intereses.

Frente a la representación parlamentaria, los consejos encarnan la soberanía de los trabajadores autónomamente organizados.

En Lenin el Soviet constituye la trama esencial del Estado proletario, su base de sustentación organizativa, un aparato diseñado a la medida de los intereses obreros y populares. Sin embargo, la característica central del poder: la centralización, la unificación, homogeneización están, finalmente, a cargo del partido que debe ver a los organismos de masas, autónomos y reivindicativos, como extensiones, donde las masas asimilan y expanden la política del Partido. La función centralizadora a cargo del Partido hace que el modelo de la Revolución Rusa tienda a basarse en una tendencia a la integración vertical de las distintas instancias de PP a partir del Partido.

En Gramsci una práctica política nacida de la fábrica es, por otra parte, la garantía de una conformación ideológica adherida a los intereses de los productores directos. En su concepción del proceso revolucionario, consejos, sindicatos y partidos componen la red institucional a través de la cual se constituye la hegemonía obrera capaz de articular las voluntades dispersas de las clases populares en el capitalismo avanzado. El Soviet es una "experiencia institucional interna de las clases populares" y, en contraposición a sindicatos y partidos que siguen los patrones de la vida de las organizaciones privadas, adquiere un carácter "público" como abierto al conjunto de las clases dominadas. Luego, el consejo de trabajadores surgido en el mismo ámbito de trabajo representa un "modelo" de la hegemonía obrera y del Estado socialista. Con esto el papel de los consejos, en un largo proceso de conquista revolucionaria del poder, predomina sobre las restantes instancias puesto

que la concepción Gramsciana de la revolución tiende a presentarla como una lenta extensión y desarrollo de esta "institucionalidad" popular, como una paulatina reabsorción del Estado por una Sociedad Civil fortalecida en sus instancias de autogobierno. Los consejos serían así los artifices principales de la construcción de la hegemonía. (4)

Otras experiencias importantes de procesos de liberación colonial, o revoluciones en países atrasados, nos muestran el desarrollo del PP mucho menos como desarrollo espontáneo de la experiencia de la lucha de masas y mucho más, en cambio, como una paciente y voluntariosa labor organizativa de las poblaciones excluidas o apartadas del radio de acción del Estado feudal o colonial (China, Argelia, Cuba, Vietnam, etc.). Aquí la aptitud organizativa valoriza los elementos militares, geográficos y sobre todo "psicológicos" o morales: una compenetración total con los objetivos y la voluntad colectiva. El papel del Ejército Rojo en todo el proceso Chino, como verdadero contra-estado político militar, es el paradigma de este tipo de planteo que se vincula por un lado con la estrategia de guerra prolongada y por otro lado con la "cuestión nacional". En efecto, el objetivo desde el comienzo mismo es disputar al Estado opresor la "legitimidad" como verdadero representante del interés nacional y de las masas.

En tal sentido, el contenido social de las expresiones político-organizativas es adquirido por estas en el proceso de lucha y no como en el modelo ruso, donde el Estado revolucionario aparece por la extensión de los Soviets. La forma organizativa preexiste a su contenido de clase, su base social se irá ganando trabajosamente a expensas del Estado legal. Esquemmatizando, estos fenómenos de masas parten de la omisión del problema de las "condiciones objetivas"; la situación revolucionaria es producida por la guerra

sabiamente conducida por una organización revolucionaria cuasi-estatal.

En conclusión, el poder en las clases subalternas nos muestra dos aspectos ciertamente contradictorios: por un lado es conquista, proceso de apropiación y asalto del poder y el aparato del Estado a partir de condiciones objetivas, relaciones de fuerzas favorables y la adecuada dirección centralizada en un partido, pero por otro lado, es construcción, desarrollo sin solución de continuidad desde las prácticas más puramente reivindicativas hasta la gestación de las instancias más complicadas de la acción política, capaces ya de sustituir al Estado capitalista. En el primer caso el proceso político adquiere preponderancia y entidad propia sobre el proceso social, en el segundo es al revés. Lógicamente, entre estos esquemáticos tipos polares, es posible plantear formas mixtas aunque confusas de poder popular que históricamente se vinculan estrechamente con cuestiones tales como el papel de la voluntad, las condiciones objetivas, los intelectuales, la ideología y la conciencia, problemas nacionales, etc.

En cualquier caso, sin embargo, y éste parece ser uno de los aspectos más oscuros de las teorizaciones gramscianas, es claro que la cuestión del poder es diferente esencialmente para las clases dominadas de lo que es para las clases dominantes. Para la burguesía el poder sólo es deseable cuando puede llegar a oponerse al desarrollo de sus intereses. Históricamente es claro que la clase capitalista recién llega a organizarse como clase en el nivel político desde el control del aparato estatal para universalizar sus intereses.

Para las clases dominadas, su organización política es, en cambio, prerequisite de un acceso al Estado y de su realización como clase. Mientras la burguesía se organiza desde el poder, las clases populares se organizan para el poder, de manera tal que, los principios que rigen la política de la burguesía son fundamental-

mente distintos a los que guían la solución de los problemas que aparecen en el proceso de formación del poder de las clases populares.

El desarrollo del poder de las clases dominadas, según nos enseñan los casos históricos más importantes, responden tanto a una maduración de las formas organizativas autónomas de las clases populares como a una adecuada dirección estratégica y táctica que aprovechara el proceso de desmoronamiento del Estado de las clases dominantes.

III.- EL PROBLEMA HISTORICO

El problema de cuál es la posición y el significado profundo de la aparición de formas de poder popular dentro del proceso revolucionario global, adquiere especial relevancia en el caso específico de los procesos de "transición" desde un Estado burgués "de excepción" a un régimen de democracia política.

Ya habíamos visto que para Lenin el desarrollo del doble poder estaba asociado estrechamente con la superposición contradictoria de las dos revoluciones (proletaria y burguesa). En consecuencia, el dualismo del poder en el proceso revolucionario ruso responde a una circunstancia histórica; pero además, esta vinculación entre el desmoronamiento del régimen burgués y el crecimiento de los soviets constituye una relación causal en el sentido de que es el fracaso de la clase capitalista para estructurar su propio estado la que abre el espacio necesario para el surgimiento y desarrollo de los Consejos, si bien estos, cuando adquieren su propia dinámica, terminan por modificar sustancialmente las relaciones de fuerza.

En los casos de las transiciones democráticas, los problemas son del todo diferentes a los que plantea una "situación revolucionaria" donde es la toma del poder

lo que está en juego.

Sin embargo, el protagonismo que los diversos sectores populares imponen en el proceso parecería demostrar que no constituyen procesos limitados a la "forma" del Estado burgués, a una sucesión de regímenes o tipos de gobierno sino que acarrear cambios profundos en las relaciones de fuerzas y sobre todo nuevas formas de organización y expresión política de las clases populares. De esta manera puede pensarse que el proceso de transición, de algún modo virtual o potencial, pone en duda al conjunto del Estado burgués y no sólo a su forma. Está librado a la demostración histórica tanto los alcances como las características de esta virtualidad en cada caso específico.

Desde el punto de vista teórico el vínculo entre la problemática del doble poder con la de la transición parte del concepto de "momento actual". Este fue definido por Lenin en el sentido de determinadas coyunturas críticas en las cuales emergen las contradicciones profundas del proceso y las tensiones se agudizan hasta el borde de la ruptura. Asimismo designa una paradoja inherente a todo proceso de transición del estado burgués: la formación de una especie de antipoder social frente al poder político del Estado, la dualización del poder, pero de forma virtual en la medida en que no se manifiesta, permanece latente como potencialidad. Así, el cambio de un régimen a otro podría interpretarse como pasaje político actual (de un gobierno a otro, de una forma estatal a otra) pero con una transición social virtual donde surgen formas, aunque sean elementales, de organización y expresión políticas-reivindicativas que cuestionan potencialmente al Estado burgués, o son incompatibles con el mismo. Virtualmente el Estado es puesto en cuestión en su totalidad al mismo tiempo que actualmente cambia su forma como poder político. La transición comprende la coexistencia de am-

bos elementos.

Por último, la cuestión de la legalidad y su ruptura por la emergencia de formas de poder popular se vincula estrechamente con el desplazamiento del poder real al poder formal por parte de las clases dominantes y sus funcionarios. El desconocimiento de la legalidad y el reconocimiento de las organizaciones de clase por parte de las masas configuran la situación de vaciamiento del poder del Estado. Muchas veces, inclusive, se abandonan las instancias periféricas del Estado y se concentra, se atrincheran las clases dominantes en las FF.AA., la justicia y la administración central. Cuando el radio de acción, el alcance de las acciones de las masas llegan a tocar estos reductos, en una situación revolucionaria (casi nunca en las transiciones) el poder de las clases populares se constituye prácticamente en un contraestado capaz de revertir en lo inmediato las relaciones de fuerzas.

IV.- LA CONSTITUCION DE LOS SUJETOS POLITICOS

No cabe duda que las experiencias de poder popular configuran escalones fundamentales en la constitución del sujeto político revolucionario; en la misma medida en que sus expresiones son construcciones gestadas por su misma actividad como clase, por su misma lucha. Sin embargo entre estas experiencias de autogobierno u organizaciones de base y la solidificación de una forma política totalizadora, con unidad de dirección, ideológica, etc, capaz de dar lucha y reemplazar al Estado capitalista, media una gran distancia. Los problemas se agudizan al constatar los enormes obstáculos que internamente presentan las mismas clases y sectores populares en dicho proceso. Las contradicciones internas y la acción disgregadora permanente del Estado bur-

gués contribuyen a impedir que las formas de poder popular adquieran el status de aparatos hegemónicos que permitan articular el conjunto de los sectores populares. Para ello las instancias de síntesis, de procesamiento y superación de los conflictos internos son y deben ser tareas de la construcción de poder popular. Las posibilidades de fusionar en un bloque histórico a las clases dominadas, de consolidar alianzas entre las distintas clases populares, determinan directamente sus capacidades políticas y las relaciones de fuerzas. Asimismo, son condición de posibilidad de instaurar un nuevo Estado revolucionario. El problema de la constitución de la acción hegemónica, agudizado cuanto más heterogénea es la formación social de que se trate, no se resuelve en un proceso lineal que parte de la base y llega a estructurar las formas organizativas más complejas sin solución de continuidad, sino que es un desarrollo fracturado y desigual que supone complicados

camino en la acumulación de poder social, lucha dentro del Estado, "manejo" de la legalidad, disputas en torno a la legitimidad y al consenso, etc.

Entre los distintos niveles de formación del poder popular (desde la base a la superestructura, de lo corporativo a lo político, de lo reivindicativo a lo militar) surgen cuellos de botella y contradicciones rápidamente aprovechadas por las clases dominantes.

Chile, con su proceso de transición democrática al socialismo, se ofrece como un ejemplo típico de desarrollo creciente del poder popular en sus instancias más reivindicativas y organizativas de base barrial, fabril, etc. y, simultáneamente, una paulatina pérdida de terreno a nivel político-gubernamental y estatal que, sumado al aislamiento y enfrentamiento creciente con los partidos políticos y gran parte de los sectores medios, derivará en la caída del gobierno socialista y en una tremenda derrota de las clases populares.

NOTAS

- 1) Las críticas a las teorías del Sujeto revolucionario, sean fundadas en un economicismo (estalinismo) o en un ideologismo (Lukacs) pueden verse con detalle en N. Pulantzas "Estudio de la Hegemonía en el Estado Moderno" Cuad. de P & P N-um. 48 escrito en 1967 y también en el más conocido "Poder Político y Clases Sociales en el Estado Capitalista" Siglo XXI, 1969. También Przeworski y Wallerstein "Soberanía Popular, Propiedad Privada y autonomía estatal" EURAL, 1984.
- 2) Para una forma más detallada de cómo estudiar en una coyuntura los fenómenos de poder popular" Doble Poder y Crisis del Estado Burgués. De la Dictadura a la Democracia en la Argentina. Otoño de 1973" mimeo, 1984 de Ernesto Villanueva.
- 3) Vease esta explicación en Zavaleta Mercado "El poder dual en América Latina Siglo XXI, 1971.
- 4) J.C. Portantiero "Los usos de Gramsci" Folios, 1983.

La crisis de un modelo de sociedad

ALBERTO WIÑAZKY

Economista. Movimiento al Socialismo (MAS)

Como consecuencia de la crisis destada en el capitalismo metropolitano desde fines de los años sesenta, con sus millones de trabajadores desocupados, la absoluta falta de opciones y el creciente desaliento político, las democracias burguesas de esos países resultan cada vez menos gobernables de acuerdo a los cánones establecidos después de la segunda guerra mundial. Por eso la clase dominante necesita encontrar "formas de democracia posibles" que permitan utilizar los instrumentos con los que el capitalismo trata de recomponer el normal funcionamiento del sistema.

Estas premisas incluyen el apoyo al orden y a valores tradicionales que habrían sido severamente cuestionados en las dos décadas anteriores. De esta forma, son postergadas o marginadas las minorías étnicas, sexuales, políticas o ideológicas, al mismo tiempo que la carrera armamentista sustituye aceleradamente los gastos del estado en salud, vivienda y educación. Por otra parte, la lucha por el control de las tecnologías de avanzada, que dominarán el mundo sobre el final del Siglo XX, se constituyen en el eje de la acción

de los grandes conglomerados multinacionales. En ese sentido, los síntomas de una recuperación capitalista, que incluyen una caída en la tasa inflacionaria, la eliminación de los sectores más arcaicos del parque industrial y un crecimiento en los niveles de productividad, por la incorporación masiva de las tecnologías de punta y la automación, van asegurando las posibilidades de supervivencia del sistema.

El movimiento obrero y los sectores populares resisten en alguna medida esta "modernización" del capitalismo del centro y tratan de evitar con su accionar el cierre de las grandes unidades productivas y la marginalidad social de una parte importante del movimiento obrero. Es el caso de las empresas siderúrgicas de Francia y España, las minas de carbón de Gran Bretaña, y en general son las luchas contra la baja salarial y la desocupación que afectan severamente a los trabajadores desde que comienza la crisis.

A diferencia de lo que ocurre en los países centrales, en la periferia del sistema capitalista el control político de los distintos sectores sociales es mucho más

complejo, lo que lleva al fortalecimiento de los aparatos represivos y a los recurrentes golpes militares.

Por otra parte y dada la forma subordinada como la periferia se integra al mercado mundial, la reestructuración política y económica que el nuevo modo de acumulación capitalista requiere lleva a que el capital monopólico intente implantar su hegemonía a través de fórmulas que implican una alteración sustancial del tipo de estado periférico para lograr su adaptación estratégica al modelo central.

De este modo, las estructuras periféricas reproducen en forma dependiente la lógica económica y política del capitalismo internacional transformando en práctica social los principios del capital financiero. El resultado de esta articulación interna con el mundo desarrollado es una dinámica social global caracterizada por su heterogeneidad; el atraso económico, un mercado interno quebrado por múltiples barreras económicas y sociales y la coexistencia de técnicas productivas modernas con producciones que sobreviven en el más completo atraso.

La situación económica y política de la República Argentina no escapa a este esquema general y sus perspectivas son sumamente complejas. Después de superarse la dictadura represiva instalada en 1976, asume el gobierno el radicalismo, instaurando una democracia formal cuya supervivencia depende, en cierto medida, de lo que se ha dado en llamar "la fabricación del consenso" o la "manipulación del consenso". De esta forma, se trata de incorporar como modelo el prototipo de la ambigüedad y la impotencia a través de una enorme y sofisticada maquinaria que permita la dominación de los sectores subordinados de acuerdo con los objetivos estratégicos del capitalismo monopólico. Dentro de este contexto irracional la clase dominante intenta consolidar un orden disuasivo apodóctico ante las posibles reacciones que la aplica-

ción de esta política produzca en la clase trabajadora y en los sectores populares. En su avance hacia ese horizonte el Gobierno Radical va cediendo posiciones ante las Fuerzas Armadas mediante la instrumentación de diversas leyes y disposiciones que permiten la recomposición de buena parte del aparato militar.

Es en estas circunstancias que se produce la sublevación de Semana Santa que provoca la quiebra de la disciplina del Ejército y la insubordinación del conjunto de las Fuerzas Armadas. Esta situación hace imposible que el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, el Presidente de la Nación Dr. Raúl Alfonsín, pueda reprimir a los rebeldes. Se abre así una grave crisis político-militar que comienza a tener elementos de crisis social.

La situación se origina en la negativa del ex mayor Ernesto Barreiro a presentarse a declarar ante la justicia de la Provincia de Córdoba en la causa que se le sigue por haber sido el jefe de un equipo de torturadores, siendo ésta la chispa que desmantela la jerarquía militar y enfrenta a las FF.AA. con las instituciones civiles.

En la semana siguiente, el ex Teniente Coronel Aldo Rico, ex combatiente de la Guerra de las Malvinas, adhiere a la actitud del ex mayor Barreiro conjuntamente con el regimiento ubicado en la Provincia de Misiones. Posteriormente viaja hacia Campo de Mayo, se acantona con más de cien oficiales del Ejército y se solidariza con los rebeldes, resultando evidente que ningún sector de las FF.AA. acepta reprimir la rebelión. Simultáneamente, en muchos regimientos se destituye por la fuerza a sus jefes, quienes son reemplazados por oficiales rebeldes. De esta forma, los oficiales Barreiro y Rico producen el estallido de la crisis, que larvada, ya existía en las FF.AA. y hacen llegar a los poderes públicos dos exigencias básicas: 1) el relevo de la cúpula del Ejército y 2) una "solución política" a la situación jurídica de cientos de militares



de manera de lograr la impunidad para todos aquellos que se encontraban enjuiciados por violaciones a los derechos humanos.

La sublevación de Semana Santa no constituye un clásico golpe de estado, es decir no busca reemplazar el régimen democrático-burgués por uno dictatorial impuesto por los distintos sectores militares, pero el alzamiento significa un enfrentamiento formal de los militares con los tres poderes constitucionales. La justicia es desobedecida, dado que los rebeldes se niegan a cumplir citaciones de los jueces, el Parlamento es desobedecido, pues los militares se alzan contra la ley de punto final y el Presidente de la Nación es desobedecido, como Comandante en jefe de las FF.AA., al ser cuestionada su política por los sublevados.

Así lo reconoce el propio Presidente Raul Alfonsín en su discurso del jueves santo cuando recién comienza la crisis: "...los rebeldes quieren crear un hecho consumado que obligue al Gobierno

a convertir en materia de engociación su política", quieren "...imponer al poder constitucional una legislación que consagre la impunidad", es un "...intento extorsivo", porque "...ningún ciudadano puede negociar con la Justicia ni con ningún otro poder del estado sobre su situación procesal", porque "...eso no es propio de la democracia ni de ninguna sociedad fundada sobre la ley". Pues bien, los militares rebeldes hacen un "intento extorsivo" para "imponer" sus condiciones, "negociar lo innegociable" y de este modo arrastran a la totalidad de las FF.AA. en ese enfrentamiento, provocando, como dice el Jefe del Estado mayor de la Fuerza Aérea un "remezón a la sociedad" (Clarín, 19-4-87).

Durante el comienzo de la crisis militar, el Presidente Raul Alfonsín, con el apoyo de toda la Unión Cívica Radical, del partido Justicialista, de la C.G.T. y en general de casi toda la sociedad civil, no negocia las condiciones que plantean los militares rebeldes y llama a la movilización popular como medio idóneo para presionar y obli-

gar a rendirse a los sediciosos. Pero por la creciente solidaridad del conjunto del Ejército con el ex Teniente Coronel Rico y la radicalización de la movilización popular, el Gobierno cambia de posición cediendo ante los militares rebeldes desalentando la movilización y termina capitulando ante los sediciosos. El acta firmada en la Casa de Gobierno el domingo de pascua es la expresión más acabada de esta situación a la que se suman casi todos los partidos políticos (con la excepción del Movimiento al Socialismo y el Partido Obrero) y por la cual se comprometen a defender la actual situación de hambre y explotación "como único estilo de vida para los argentinos".

Sin embargo, la victoria de los militares insubordinados tiene un costo muy elevado para el Gobierno, dado que las principales instituciones del régimen democrático burgués han quedado debilitadas provocando una situación muy inestable, como lo demuestra la situación creada ante el reciente relevo del Sub-Jefe del Estado Mayor del Ejército.

Es que la fortaleza de un régimen depende, en primer lugar, de la relación que se establece entre sus instituciones fundamentales y las instituciones secundarias. Cuando estas se logran imponer o modifican la relación de fuerzas a su favor, el régimen comienza a tener serias dificultades. Es lo sucedido con la derrota civil de Semana Santa. El Ejército, una institución subordinada a la institución presidencial, al Parlamento y a la Justicia, sale victorioso luego de provocar una seria crisis institucional. De esta forma, se encuentra en mejores condiciones para imponer sus posiciones al régimen democrático burgués y a las instituciones que lo representan. Pero además no se resuelven ninguno de los viejos problemas del capitalismo periférico argentino. La crisis económica sigue siendo el foco principal de la agudización de las contradicciones con los sectores populares e incluso entre

importantes fracciones de la clase dominante. Por eso, la fuente de las contradicciones se mantiene, la crisis de las FF.AA. no se ha cerrado y es posible que una nueva fase de ella reaparezca en cualquier momento.

Todo parece indicar que se atraviesa por un momento decisivo en la relación de las distintas fuerzas políticas, pudiéndose apreciar la valoración del grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por los distintos grupos sociales y especialmente por el movimiento de masas. Asimismo, todo régimen político, imperante en una sociedad dividida en clases, tiene como objetivo central el dominio de clase que en la sociedad burguesa se refleja en la opresión de la burguesía y la explotación capitalista. Para ello necesita de una cierta base social. Cuando esta base social comienza a perderse el régimen entra en crisis.

Además, como el poder del estado descansa en los cuerpos armados, que se encuentran separados del pueblo, y como la crisis económica golpea con toda su fuerza sobre el conjunto de la población trabajadora, el Gobierno necesitará siempre de la presencia represora que le permita mantener la explotación capitalista, al mismo tiempo que la libertad y la igualdad formales, tras la que se esconden la esclavitud y la desigualdad que caracterizan las relaciones capitalistas de producción.

Por otro lado, la posibilidad de revertir esta situación, terminando con la dispersión política y organizativa de las fuerzas populares es uno de los problemas más complejos que enfrenta toda acción revolucionaria. La capacidad de unir el pensamiento de las vanguardias con las necesidades y desarrollo del movimiento de masas deberá ser el elemento vital en la acción de los partidos políticos que luchan por la liberación de los pueblos.

La búsqueda de elementos subjetivos, capaces de generar estrategias sustantivas, que permitan desplazar las relaciones

de producción dominantes, será la cuestión central que dará resolución final a la existencia de la sociedad dividida en clases. Para ello, la clase trabajadora y el pueblo se deben constituir en alternativa de poder a nivel de estado, para

transformarlo en beneficio de las mayorías y crear un modelo de sociedad en la cual las nuevas relaciones de producción permitan el funcionamiento de una verdadera democracia proletaria de masas.

DONDE ADQUIRIR CONFRONTACION

CAPITAL FEDERAL

LIBRO ABIERTO
Corrientes 1706
1042 - Capital

BEUTELSPACHER E.
Sarmiento 815
1041 - Capital

COMUNEROS SRL
Tucumán 816
1049 - Capital

CLASICA Y MODERNA
Callao 892
1023 - Capital

LIBRERIA DIRPLE
Corrientes 1306
1043 - Capital

EDIPO
Corrientes 1676
1042 - Capital

EXPOLIBRO - 1
Callao 467
1022 - Capital

FAUSTO
Santa Fé 1311
1059 - Capital

GANDHI
Montevideo 453
1116 - Capital

HERNANDEZ
Corrientes 1436
1042 - Capital

EDITORIAL KIER
Santa Fé 1260
1059 - Capital

EL LORRAINE
Corrientes 1513
1042 - Capital

LIBRERIA PREMIER
Corrientes 1583
1042 - Capital

RODRIGUEZ
Florida 377
1005 - Capital

LIBRERIA VIA REGIA
Corrientes 1145, local 17
1043 - Capital

CIUDAD EDUCATIVA
Alsina 500
1087 - Capital

**GRAN BUENOS AIRES
Y LA PLATA**

KATOPRION
Esteban Adrogué 1289
1846 - Adrogué

LOPEZ - VERGOTTINI
Esteban Adrogué 1212
1846 - Adrogué

LA POSTA
J. D. Perón 4925
1884 - Berazategui

TRILCE
Laprida 165 - local 25
1832 - Lomas de Zamora

JUVENILIA
Calle 49 N° 544
1900 - La Plata

LIBRERIA RIVADA VIA
Av. Rivadavia 18337
1708 - Morón

EL MONJE
Alsina 285
1879 - Quilmes

EXPOLIBRO - III
Vélez Sársfield 4290
1605 - Munro

PEDRO GUARDIA
Belgrano 139
1704 - Ramos Mejía

**CENTRAL
INTERNACIONAL
DEL LIBRO.**
San Juan 1105
5500 - Mendoza

LIBRACOS
Perito Moreno y Corrientes
8300 - Neuquén

LOGOS
Buenos Aires 1061
8300 - Neuquén

SIRINGA
Avda. Argentina 245
8300 - Neuquén

MILENO SRL
Quaglia 235
8400 - Bariloche
Río Negro

QUIMHUE
España 314
8332 - Río Negro

RUIZ
Tucumán 878
8332 - General Roca
Río Negro

SIDHARTHA
Roca 284
8324 - Cipolletti
Río Negro

CESAR BAGLI
Garrone 43
8500 - Viedma
Río Negro

HOMO SAPIENS
Córdoba 954 - local 1
2000 - Rosario

NUEVE DE JULIO
Córdoba 1701
5000 - Rosario

CIENCIA
San Lorenzo 1318
2000 - Rosario

COPIA FIEL
Sarmiento 574
2000 - Rosario

EL COLEGIO
Caseros 654
4400 - Salta

RAYUELA
Caseros 482
4400 - Salta

LA FERIA DEL LIBRO
Alvarado 602
4400 - Salta

LA FERIA DEL LIBRO
Mendoza 654 - local 3
4000 - S.M. de TUCUMAN

FLORIDA
Rivadavia 89 - Oeste
5400 - San Juan

PAIDEIA
San Martín 1664
2300 - Rafaela
Santa Fé

EL SABER
Sarmiento 144
2300 - Rafaela
Santa Fé

RAYUELA
San Martín 735 - local 10
4600 - S. S. de JUJUY

SANTIAGO LIBRERIA
9 de Julio 28
4200 - Santiago del Estero

TUPAC AMARU
G. Rodríguez 631
7000 - Tandil

EDICIONES MORON
P. Bell 435
9100 - Trelew

ORGANIZACION
HERNANDEZ
Marconi 474
9100 - Trelew

ORGANIZACION
MARCOS VIZOSO
9 de Julio 108
4200 - Santiago del Estero

ROBERTO COTTET
Elflein 90
8400 - S. C. de Bariloche

PEDRO ANELLO
Belgrano 801
5700 - San Luis

GARABOMBO
Córdoba 2227
1650 - San Martín

DANTE ALIGHIERI
San Martín 64, local 5
Galería Plaza
1650 - San Martín

INTERIOR

BIBLOS
Ameghino 678
2804 - Campana

ABEL CABRAL
Entre Ríos 1076
5900 - Villa María
Córdoba

LATINOAMERICANA
Vélez Sársfield 30 - local 28
5000 - Córdoba

EL MUNDO DEL LIBRO
Deán Funes y Trejo
5000 - Córdoba

DE LA NUEVA
ANDALUCIA
Rosario de Santa Fé 286
5000 - Córdoba

RAYUELA
Avda. Colón 678
5000 - Córdoba

EL EMPORIO
DE LAS REVISTAS
9 de Julio 182
5000 - Córdoba

SOCRATES
Córdoba 811
3400 - Corrientes

EL ANAQUEL
Lisandro de la Torre 401
3540 - Villa Angela
Chaco

LA ODISEA
Güemes 293
3500 - Resistencia

MACAYO
9 de Julio 999
9200 - Esquel
Chubut

EL ATENEO DE PARANA
Buenos Aires 33
3100 - Paraná
Entre Ríos

TEMPLO DEL LIBRO
Uruguay y San Juan
3100 - Paraná
Entre Ríos

FLORENZA
Cervantes 172
3100 - Paraná
Entre Ríos

EL GLOBO ROJO
25 de Mayo 219
3600 - Formosa

AMERINDIA
H. Irigoyen y 25 de Mayo
6300 - Santa Rosa
La Pampa

ATOS
San Martín 808
8370 - San Martín de Los Andes

ERASMO
San Martín 3308
7600 - Mar del Plata

S. GLUSBERG
San Martín 2665
7600 - Mar del Plata

LAUTARO
Alberdi 1602 - local 20
7600 - Mar del Plata

CRONOPIOS
Necochea 40 - local 4
5500 - Mendoza

D. y R. SIMONCINI
Espejo 182
5500 - Mendoza

HISTORIAS DE...
Avda. San Martín 1122
5500 - Mendoza

INTI QUIPUS
Avda. España 998
5500 - Mendoza

SUMARIO DE LOS NUMEROS ANTERIORES

Sumario N° 1

Beba Balvé

Los problemas del poder

Manuel J. Gaggero

Los condicionantes de los movimientos de liberación en la transición democrática

Carlos A. González Gartland

Capitalismo dependiente, democracia y modernización: una aproximación

Julián Lemoine

Acumulación del capital y clase obrera

Félix Marcos

La crisis del capitalismo en la Argentina

Carlos F. Dasso y Ernesto F. Villanueva

Políticas asistencialistas y luchas populares

Sumario N° 2

Carlos Abalo

Modernidad y Modernización

Antonio Berthelon

Modernización, lógica dialéctica y epistemología.

Liliana Herrero

"Modernización: Una empresa tolerante"?

Nicolás Iñigo Carrera y Jorge Podestá

La disposición de fuerzas objetiva en la Argentina actual

César Bonanotte, Ernesto Villanueva y Marcelo Gómez

Notas sobre la Convergencia Democrática que nos propone Alfonsín.

Alberto Wiñazky

El Estado en el Capitalismo Avanzado

Sumario N° 3

ALAI (Agencia Latinoamericana de Información)

Conflictos de Baja Intensidad

Manuel Gaggero

*Alianzas de clases y fuerzas sociales.
"De que frente hablamos"*

Sara Miles

¿Qué es el conflicto de baja intensidad?

E. Plimak

El Marxismo-leninismo y la condición de revolucionario de fines del siglo XX

Daniel Rodríguez

Argentina: Democracia, reforma del estado y política económica

Luis Vitale

La inserción de las exportaciones no tradicionales de América Latina en la nueva división mundial del trabajo durante la fase superior de transnacionalización del capital.

Alberto Wiñazky

La clase dominante y el Estado en la república Argentina

Julián Lemoine

In Memoriam